

UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA

Facultad de Ciencias Sociales



Antropólogas de carne y hueso: emociones y corporalidades en
procesos investigativos

Trabajo de graduación presentado por Marcia Palacios Porras para optar al
grado académico de Licenciada en Antropología

Guatemala,

2025

UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA

Facultad de Ciencias Sociales



Antropólogas de carne y hueso: emociones y corporalidades en
procesos investigativos

Trabajo de graduación presentado por Marcia Palacios Porras para optar
al grado académico de Licenciada en Antropología

Guatemala,

2025

Vo.Bo.:



Dra. Ana Vides Porras
Asesora

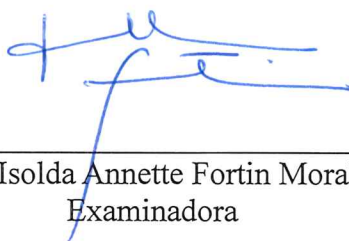
Tribunal examinador:



Dra. Ana Vides Porras
Examinadora



M.A. Andrea Isabel Aguilar Ferro
Examinadora



M.A. Isolda Annette Fortin Morales
Examinadora

**Lugar y fecha de la aprobación
del examen de graduación:**

Guatemala, 28 de noviembre de 2025

ÍNDICE

LISTA DE TABLAS.....	i
LISTA DE CUADROS	ii
LISTA DE GRÁFICAS	iii
LISTA DE FIGURAS	iv
GLOSARIO.....	v
RESUMEN.....	vi
ABSTRACT	vii
1. INTRODUCCIÓN	1
2. ANTECEDENTES	4
2.1 Una antropología reflexiva de sí misma	4
2.2 Antropología de las emociones	5
2.3 Mujeres y emociones	7
2.4 Antropólogas y sus emociones.....	9
3. MARCO TEÓRICO.....	12
3.1 Experiencia subjetiva emocional	12
3.2 Emociones y agencia.....	12
3.2.1 Emociones y movimientos sociales	13
3.3 Corporalidad	14
3.4 Los tres cuerpos	15
3.5 Cuerpos femeninos.....	15
3.6 Interseccionalidad	16
3.7 Ritos de paso	17
3.7.1 Liminalidad y <i>communitas</i>	18
4. MARCO METODOLÓGICO.....	20
4.1 Propósito y justificación	20
4.2 Objetivos	21
4.2.1 Objetivo general.....	21
4.2.2 Objetivos específicos	21
4.3 Matriz de objetivos y variables de la investigación	21
4.4 Enfoque teórico	22

4.5	Etapas de la investigación	23
4.5.1	Revisión bibliográfica	23
4.5.2	Métodos de recolección de datos	23
4.5.2.1	Entrevistas semiestructuradas	23
4.5.2.2	Cartografías corporales	24
4.6	Plan de análisis de datos	24
4.7	Descripción y justificación de las participantes	26
4.8	Datos demográficos de las participantes	27
4.9	Limitantes del proyecto	28
4.10	Consideraciones éticas	28
5.	RESULTADOS	31
5.1	Los primeros encuentros con la investigación antropológica	31
5.2	Entrar en personaje	36
5.3	La carga	40
5.4	Las crisis	45
5.5	Identidades e interseccionalidad	47
5.5.1	Ser antropóloga mujer	48
5.5.1.1	Acoso	50
5.5.1.2	Cubrir el cuerpo	53
5.5.2	Ser antropóloga joven	54
5.5.3	Ser antropóloga maya	56
5.5.4	Clase social	58
5.5.5	Ser antropóloga activista	59
5.5.5.1	Emociones opuestas que conducen a la acción.	61
5.5.6	Otras identidades	62
5.6	El callo antropológico	67
5.7	Una antropología que genera vínculos	69
5.7.1	Trabajo colectivo	72
5.8	Otros regalos que da la antropología	74
6.	DISCUSIÓN DE RESULTADOS	79
6.1	Convertirse en antropóloga como rito de paso	79
6.1.1	Estado preliminar	80
6.1.2	Estado liminal	81

6.1.2.1	La identidad se cuele en la liminalidad	83
6.1.2.2	<i>Communitas</i>	84
6.1.3	Etapas postliminal	86
6.1.4	El rito de paso: una recapitulación.....	87
6.2	El cuerpo antropológico	87
6.3	Antropólogas que sufren acoso	90
6.4	Choques de emociones que producen energía	92
6.5	Emociones como fenómenos socioculturales	93
6.6	Emociones y corporalidades	94
6.7	Antropólogas de carne y hueso	94
7.	CONCLUSIONES	98
8.	RECOMENDACIONES.....	101
8.1	Para las instituciones encargadas de formar a las antropólogas del futuro 101	
8.2	Para futuras investigaciones sobre emociones y corporalidades	102
9.	REFERENCIAS.....	104
10.	ANEXOS	108
10.1	Instrumentos.....	108
10.2	Consentimiento informado.....	111

LISTA DE TABLAS

Tabla	Página
Tabla 1. Objetivos y variables de la investigación.....	21
Tabla 2. Herramientas utilizadas en Dedoose	25
Tabla 3. Criterios de inclusión y exclusión	26
Tabla 4. Autoidentificación étnica o pueblo al que pertenecen las participantes	27
Tabla 5. Nivel académico de las participantes	28

LISTA DE CUADROS

Cuadro	Página
Cuadro 1. Guía de entrevista semiestructurada.....	108
Cuadro 2. Guía para cartografías corporales.....	110
Cuadro 3. Consentimiento informado	111

LISTA DE GRÁFICAS

Gráfica	Página
Gráfica 1. Combinación de herramientas utilizadas en Dedoose.....	25
Gráfica 2. Etapas del rito de paso para convertirse en antropóloga	87

LISTA DE FIGURAS

Figura	Página
Figura 1. Cartografía corporal: antropóloga ladina de 52 años.....	34
Figura 2. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 50 años	35
Figura 3. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 43 años	38
Figura 4. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 28 años	39
Figura 5. Cartografía corporal: antropóloga ladina-mestiza de 46 años	41
Figura 6. Cartografía corporal: antropóloga <i>whitemalan</i> de 51 años	42
Figura 7. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 46 años	44
Figura 8. Cartografía corporal: antropóloga maya kaqchikel de 62 años	47
Figura 9. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 32 años	50
Figura 10. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 26 años	52
Figura 11. Cartografía corporal antropóloga ladina-mestiza de 24 años	55
Figura 12. Cartografía corporal: antropóloga maya kaqchikel de 51 años	57
Figura 13. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 25 años	66
Figura 14. Cartografía corporal: antropóloga maya mam de 50 años.....	68
Figura 15. Cartografía corporal: antropóloga ladina de 58 años.....	70
Figura 16. Cartografía corporal: antropóloga ladina-mestiza de 55 años	71

GLOSARIO

1. **Experiencia emocional subjetiva:** forma en la que las personas deciden nombrar y explicar sus emociones, la cual está estrechamente relacionada con la cultura a la que pertenecen.
2. **Emociones:** fenómenos no solo psicofisiológicos sino también socioculturales que ocurren dentro un contexto, una temporalidad, y también desde identidades específicas.
3. **Corporalidad:** experiencia corpórea que es construida y entendida a partir de una cultura e historia determinada. Desde esta propuesta metodológica el cuerpo es más que un objeto físico; es una encarnación de la conciencia, de significados, de intenciones y de prácticas.
4. **Patriarcado:** sistema de organización sociopolítico de dominio de los hombres sobre las mujeres.
5. **Racismo:** sistema de poder basado en diferencias raciales y/o étnicas que permiten el uso de poder individual e institucional para discriminar, oprimir y limitar derechos.
6. **Adultocentrismo:** sistema social jerárquico en el que se privilegia la visión y necesidades de las personas adultas sobre aquellas de la niñez y la juventud.
7. **Agencia:** capacidad de las personas para tomar decisiones y realizar acciones que les permitan generar cambios en sus vidas.
8. **Rito de paso:** rito que acompaña transiciones y cambios de estatus, en él las personas atraviesan transformaciones.
9. **Liminalidad:** estado de ambigüedad y transformación, en el que las personas se encuentran en medio de quienes fueron antes del rito de paso y quienes serán después.
10. **Communitas:** fuerte sentido de unión entre personas que supera cualquier división impuesta por la estructura social y que ocurre dentro de la etapa liminal de los ritos de paso.

RESUMEN

El estudio de las emociones y corporalidades como fenómenos culturalmente contruidos, más allá del componente biológico, resulta relevante para entender las dinámicas humanas. Esta perspectiva permite un análisis más complejo de las dimensiones emocionales y corporales que atraviesan a las personas en situaciones específicas. Una de esas dinámicas se relaciona con las experiencias de aquellas antropólogas que realizan investigación. Con el fin de aproximarnos a estas vivencias, el presente estudio buscó conocer la experiencia subjetiva emocional de las antropólogas guatemaltecas relacionada con su quehacer investigativo. Para ello, desde un enfoque fenomenológico y desde el paradigma constructivista, se realizaron entrevistas semiestructuradas y cartografías corporales con las participantes, las cuales permitieron un acercamiento a las percepciones y experiencias compartidas entre ellas. Los hallazgos evidencian que el hacer antropología genera experiencias emocionales y corporales en las antropólogas. Esto refleja que las emociones y las corporalidades son fenómenos socioculturales, es decir, ocurren en contextos, temporalidades y desde identidades específicas. Así, la experiencia sensible y corporal de las antropólogas guatemaltecas se ve influenciada por el tipo de investigación que realizan, en dónde y cuándo la hacen, las identidades que las conforman y las personas con las que se relacionan.

ABSTRACT

The study of emotions and embodiment as culturally constructed rather than exclusively biological phenomena is highly relevant for understanding human dynamics. This perspective provides a complex view of the emotional and corporeal dimensions that individuals go through. Among these dynamics are the experiences of female anthropologists as they carry out research. Accordingly, the present research sought to know the subjective emotional experiences of Guatemalan anthropologists as they conduct anthropological research. Drawing on a phenomenological approach and a constructivist paradigm, semi-structured interviews and corporeal cartographies were conducted with participants, which allowed the opportunity to understand their perceptions and shared experiences. The findings show that the practice of anthropology gives rise to both emotions and embodied experiences among researchers. This highlights the understanding of emotions and embodiment as sociocultural phenomena, that is, phenomena that are situated within specific contexts, temporalities and identities. Thus, the emotional and embodied experiences of Guatemalan anthropologists are influenced by the type of research they conduct, where and when they conduct it, their identities, and those whom they interact with.

1. INTRODUCCIÓN

Mucha de la producción antropológica a lo largo de la historia de la disciplina se ha enfocado en estudiar al “otro”, pero pocas veces ha reconocido que también hay un “otro” en el “yo” (Abu-Lughod, 1996). Esto nos recuerda que es posible estudiar lo cercano, aquellos grupos culturales a los que pertenecemos, y no solo lo ajeno. Por tanto, no solo es posible sino importante estudiar a quienes investigan. Este estudio parte de un deseo por entender a ese “yo” que muchas veces se ha invisibilizado y negado: el yo que implica ser una antropóloga que realiza investigación. Así, este estudio indaga en las emociones y corporalidades de aquellas mujeres que estudian a “otros/as”.

Las emociones y corporalidades no siempre han sido entendidas como fenómenos socioculturales, sino que ha predominado una visión biologicista de estas (Le Breton, 2012; Lock y Farquhar, 2007). Sin embargo, con la llegada del giro posmoderno en la antropología y de la perspectiva fenomenológica en la investigación social, tanto las emociones como los cuerpos se convirtieron en fenómenos para entender la cultura. Por tanto, estudiar estas temáticas también se convierte en un esfuerzo por visibilizar problemáticas antes consideradas poco valiosas en la disciplina antropológica.

Tener una visión contextualizada e historizada de las emociones de las antropólogas permite, además, romper con la lógica occidental en la que lo emocional se asocia directamente con lo femenino (Lutz, 1990). Lógica que también vincula a las mujeres más con la naturaleza que con la cultura, es decir, con la emocionalidad más que con el conocimiento (Ortner, 1974). En esta línea, esta investigación busca entender las emociones no como algo fijo o dado en las mujeres solamente por ser mujeres, sino como fenómenos culturales influenciados por el contexto en el que se encuentran inmersas.

Esta investigación busca tener una aproximación holística e interseccional de las vivencias emocionales y corporales de un grupo de antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación. El objetivo general del estudio es: “Conocer la experiencia subjetiva emocional de las antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación”. El punto de partida es el entendimiento de la experiencia emocional subjetiva como la forma en la que las personas deciden nombrar y explicar sus emociones, y cómo esto se relaciona con la cultura a la que pertenecen (Scollon *et al.*, 2011). Para ese entendimiento se indagó en las percepciones y construcción de significados de las propias antropólogas guatemaltecas en torno al tema.

En la investigación participaron 16 antropólogas guatemaltecas de entre 24 y 62 años, tres de ellas se autoidentificaron como mayas y el resto como ladinas/mestizas. La recolección de datos se llevó a cabo por medio de entrevistas semiestructuradas y cartografías corporales. Las cartografías corporales son mapas del cuerpo que permiten ubicar dentro de las siluetas corporales de las antropólogas elementos relacionados al tema de investigación.

Durante la sección de resultados se presentan los testimonios de las antropólogas acompañados de las ilustraciones de sus cartografías corporales. Esta sección muestra a antropólogas vulnerables, pero también fuertes. Tristes, pero también resilientes. Comprometidas con su quehacer antropológico. A veces enojadas y frustradas con la antropología, pero también agradecidas y felices por los regalos que les da. Antropólogas con dolor en los pies, felicidad en el corazón y con hoyos en el estómago.

En la discusión de resultados se realiza una interpretación de los hallazgos con la ayuda de propuestas teóricas como: los ritos de paso propuestos por Arnold van Gennep (1960), el concepto de liminalidad delimitado por Victor Turner (1969) y la propuesta de los tres cuerpos de Nancy Scheper-Hughes y Margaret Lock (1987), entre otros autores y autoras. Los hallazgos arrojan conclusiones importantes sobre la naturaleza sociocultural de las emociones y de las corporalidades de las antropólogas, y reafirman que hacer investigación produce experiencia sensible y corpórea.

Es importante establecer que mis reflexiones y propuestas surgen de manera situada, es decir, surgen de un cuerpo e identidad determinado que también influye en la investigación. Soy una antropóloga que también es una mujer ladina-mestiza, neurodivergente, sobreviviente de violencia. Soy una antropóloga que ha atravesado el trabajo de campo y que ha salido transformada de él. Mi interés por estudiar las emociones y corporalidades de las antropólogas guatemaltecas surgió de un deseo no solo de contribuir a la formación de futuras antropólogas, sino también por un anhelo de poder encontrarme en y con las demás.

Es necesario generar evidencia que permita implementar mejoras a los procesos de formación antropológica porque ser antropóloga trae consigo retos, especialmente en un país como Guatemala. Autoras como Ruth Behar (1996a) y Andrea Aguilar (2022) ya han demostrado que se llegan a experimentar emociones difíciles al hacer antropología, como culpa y dolor. Además, testimonios como el de Eva Moreno (1995) nos recuerdan que la experiencia de ser una mujer realizando antropología puede estar atravesada por violencia de género.

Este estudio relata y analiza la trayectoria de las antropólogas entrevistadas, trayectorias que ellas me compartieron de forma generosa y genuina. Los siguientes capítulos harán un recorrido por esas trayectorias. Entre cada capítulo encontrarás un poema que relata en verso la historia y mapa corporal de las participantes. Estos poemas buscan complementar el contenido, contribuir a su entendimiento y honrar las historias de las participantes. A continuación, te espera el poema de la antropóloga con pecho político como forma de bienvenida a lo que resta del texto.

El poema de la antropóloga con pecho político

Mi mapa corporal atraviesa fronteras.
Empieza en Guatemala,
pero recorre también Timor,
Congo, Baltimore...

En la Sierra de las Minas
y en mi corazón
está la hamaca que
logré conquistar.

En Timor descubrí el amor
del pecho político
que dialoga con mi pensar.

Entre mi pecho,
corazón
y estómago
se encuentra la posibilidad,
esa que también puedo respirar.

Baltimore me enseñó a
confiar en mis oídos
y me dio la oportunidad
de pensar etnográficamente.

Mis notas dependen de mi mano
y yo dependo de ellas.

Las antropólogas menstruamos,
aunque a veces lo tratemos de ignorar.

Comer en campo
también es una decisión intelectual.

Todo lo que recorrí y cargué en Congo,
lo soportaron mis tobillos y pies.

Aunque mi cuerpo siempre le ha servido
a mi mente etnográfica,
a veces también me falla.

La presión por hablar
la siento en mi cuello,
y veces siento que no
tengo voz para afrontar.

Mi hombro izquierdo
lleva la carga
que me produce la culpa
de haberle fallado a la gente.

Pero,
a pesar de lo que debilita mi cuerpo,
resisto y existo antropológicamente.

2. ANTECEDENTES

El hacer investigación es una experiencia compleja que va más allá de los procesos asociados a la recolección de datos, pues a la vez que se investiga, se siente y se experimenta la corporalidad de forma situada. A continuación, buscaré establecer los antecedentes y debates principales en torno a las emociones que genera la investigación antropológica en las mujeres que la realizan. Empezaré por hacer una revisión histórica de los procesos que permitieron a la antropología ser crítica de sí misma. Luego presentaré los principales aportes sobre la construcción sociocultural de las emociones y cómo factores como el género afectan la expresión emocional de las mujeres. Finalmente, aterrizaré en las mujeres antropólogas como sujetas principales de mis reflexiones.

2.1 Una antropología reflexiva de sí misma

El giro posmoderno en la antropología abrió paso a nuevas reflexiones en torno al rol de esta como disciplina científica, así como el papel de los y las antropólogos/as al hacer investigación. Esto representó un cambio en la forma de entender el quehacer antropológico y puso sobre la mesa nuevas formas de aproximarnos a la disciplina desde una postura mucho más autorreflexiva y crítica. Esta sección, por lo tanto, buscará evidenciar cómo el presente estudio se enmarca en una antropología posmoderna.

Para la mitad de los años 80, la antropología estaba atravesando una crítica interna gracias al movimiento posmodernista. A partir de lo que se conoció como una crisis de identidad, múltiples antropólogos y antropólogas cuestionaron el rol tradicional de la disciplina de exotizar al “otro” y de mantener una línea rígida que distinguía al “observador” del “observado”. Las críticas argumentaban que todo esto contribuía a mantener una lógica colonial y asimétrica en la disciplina. Como resultado, el potencial de la antropología para ser crítica de sí misma se amplió (Eriksen y Nielsen, 2001).

Fue así como con la llegada de libros como *Anthropology as Cultural Critique* (1986) de George Marcus y Michael Fischer se comenzó a señalar la importancia de la reflexividad en la antropología. Además, se comenzó a argumentar que el/la antropólogo/a debía desviar su mirada de lo “exótico” y criticar su propia cultura, y, ¿por qué no?, criticarse también a sí mismos/as (Eriksen y Nielsen, 2001). Otro texto fundamental para el giro posmoderno fue *Writing Culture* (1986) de James Clifford y George Marcus. En este texto los autores reflexionan sobre el rol de los y las antropólogo/as a la hora de escribir y cómo los textos que escriben son verdades parciales, ya que es imposible escribir textos etnográficos de una forma completamente objetiva.

La llegada del posmodernismo fue posible gracias a movimientos como el marxismo y el feminismo. Estos movimientos sentaron precedentes importantes para demostrar que el conocimiento y el poder están interconectados y que las visiones del mundo, aunque vengan de científicos sociales, nunca son realmente neutrales (Eriksen y Nielsen, 2001). Fueron estos procesos históricos dentro de la antropología los que permitieron empezar a replantear

la forma en la que se ejercía la disciplina, y que las y los antropólogos/as se reconocieran como agentes y no solo como actores pasivos dentro de los contextos que estudian.

Lila Abu-Lughod (1996), al realizar una reflexión crítica del texto de Clifford y Marcus, publica *Writing Against Culture*, en donde resalta que tanto las feministas como las *halfies*¹ desestabilizan la distinción entre el “yo” y el “otro”. Lila Abu-Lughod establece que el concepto de cultura sobre el que se ha construido y sostenido la antropología solamente refuerza una diferencia que jerarquiza a los grupos humanos. Ella propone, entonces, que es necesario reconocer al “otro” en el “yo” y al “yo” en el “otro”. Así, si el concepto de cultura le ha servido a la antropología para marcar y describir al “otro”, debemos de encontrar maneras de escribir en contra de la cultura, es decir, encontrar formas que superen la tendencia hacia el esencializar al “otro”. Hay que encontrar formas que nos permitan entender y describir a aquellas personas que investigamos como seres complejos y cambiantes.

Estos antecedentes históricos dentro de la disciplina dan una pauta para poder reflexionar sobre el papel de las antropólogas al hacer investigación. Ese potencial autocrítico de la antropología nos permite partir de una posición en la que entendamos a la disciplina, y también a quienes la practican, como entes sobre los cuales reflexionar. Por lo tanto, podemos plantearnos preguntas como: ¿por qué no investigar también a quienes investigan? Asimismo, retomando los aportes de Lila Abu-Lughod (1996), este trabajo de tesis busca trascender la distinción entre el “yo” y el “otro”, partiendo del entendimiento que las antropólogas no solo son productoras de conocimiento, sino que son, además, sujetas epistémicas. Ellas no solo estudian a “otros”; también son influenciadas por esos “otros” e incluso algunas veces forman parte de esos “otros”.

Una vez descrito el debate posmoderno en la antropología, podemos reflexionar ahora sobre la antropología que estudia a las emociones, una rama de la disciplina que no hubiera sido posible sin los antecedentes posmodernistas anteriormente descritos.

2.2 Antropología de las emociones

La antropología de las emociones propone que la forma en que las personas sienten e interpretan sus emociones está influida por la cultura y el contexto en el que habitan (Le Breton, 2012; Villanueva 2019). Las emociones, por lo tanto, se convierten en algo más que solo expresiones biológicas. Esta antropología nos permite aproximarnos a las emociones como algo complejo, lleno de significado y que, además, nos permite entender las relaciones de poder en las que las personas están inmersas.

Las emociones humanas no siempre han sido vistas como fenómenos socioculturales y simbólicos, es decir, como productos de relaciones y escenarios determinados. En los inicios de la producción teórica sobre las emociones, la visión o enfoque que predominaba era un enfoque biologicista, el cual entendía a las emociones como expresiones meramente fisiológicas (Le Breton, 2012). El problema con esta visión, por lo menos desde las Ciencias

¹ Personas cuyas identidades nacionales o culturales están mezcladas o diversificadas gracias a procesos como migraciones, educación en el extranjero, origen de los padres, entre otros.

Sociales y en especial desde la antropología, es que separaba a las emociones de la vida real y las aislaba del contexto en el que sucedían. Sin embargo, disciplinas como la antropología y sociología nos permiten tener una visión mucho más amplia y compleja de las emociones; una visión que supera la perspectiva biológica.

Catherine Lutz y Lila Abu-Lughod (1990) en *Language and the politics of emotion* proponen que una visión sociocultural de las emociones no solo es posible sino importante de desarrollar. Para ello establecen que es necesario dejar de esencializar las emociones, relativizarlas, historizarlas y contextualizarlas. Es decir, es necesario estudiar las emociones no como algo que surge en un vacío y que se manifiesta de manera uniforme y universal, sino más bien como fenómenos informados por la cultura, la temporalidad y el contexto.

Múltiples antropólogas y antropólogos se han preguntado si la dimensión emocional de las personas es un aspecto universal, es decir, si ¿todos y todas sentimos por igual? La antropología nos demuestra que las emociones se producen y manifiestan en realidades sociales y culturales específicas, las cuales influyen en cómo las personas experimentan la dimensión emocional en su vida (Villanueva, 2019). Por lo tanto, al aproximarnos a las emociones desde un lente antropológico encontramos que no todos y todas sentimos por igual, ya que habitamos en espacios distintos, desde identidades diversas y en contextos complejos. En palabras de David Le Breton (2012): “La emoción no es una sustancia, un estado fijo inmutable que se encuentra de la misma manera y bajo las mismas circunstancias en la unidad de la especie humana” (p. 69). Las emociones son, por lo tanto, no solo dinámicas sino también relacionales.

Aunque el estudio específico de las emociones como tal ha sido reciente, múltiples antropólogos y antropólogas han resaltado la dimensión emocional en sus estudios a lo largo de la historia de la disciplina. Por ejemplo, Marcel Mauss (1921) en *La expresión obligatoria de los sentimientos*, al realizar un estudio etnográfico sobre un ritual funerario en Australia, descubrió que las manifestaciones de pena eran diferentes dependiendo de la posición que ocupaban las personas en el sistema de parentesco. Asimismo, Margaret Mead en *Educación y cultura en Nueva Guinea* (1985) y en *Sexo y temperamento* (1982) abordó el tema de las emociones al comprobar que estas se viven de forma distinta de acuerdo con factores como la educación y las diferencias culturales.

Siguiendo con la producción teórica antropológica sobre el tema de las emociones, nos encontramos con que los y las antropólogos/as han demostrado que la distribución de poder en una sociedad (por género, edad, clase, etnia, etc.) influyen y moldean la forma en que las personas sienten (Lutz y White, 1986). Lila Abu-Lughod (1986), por ejemplo, al estudiar a mujeres beduinas en Egipto, encontró que estas aceptan o desafían el sistema jerárquico social en el que están inmersas por medio de discursos sobre emociones. Esta expresión está relacionada con una ideología determinada de honor y modestia. Nancy Scheper-Hugues (1985), por su lado, demostró que las emociones de las madres de un barrio de Brasil mostraban variaciones según su posición de clase.

Las emociones, por lo tanto, no son ajenas a su contexto ni a la experiencia de vida de quien la siente. Por ejemplo, y de acuerdo con Le Breton (2012), para poder ser sentida, percibida y expresada, una emoción tiene que pertenecer al repertorio cultural del grupo

del que forma parte la persona. Por su parte, Michelle Rosaldo (1984), en su texto *Towards and anthropology of self and feeling*, critica la división que históricamente se ha hecho entre emoción y cognición al establecer que las emociones son pensamientos encarnados. Esta crítica resulta importante porque deconstruye la forma en la que se ha entendido la emoción como algo natural, poniendo sobre la mesa el rol de la cultura en la vivencia emocional de las personas.

La literatura presentada en esta sección demuestra que tanto nuestras identidades como nuestros contextos culturales influyen en la forma en que sentimos. La forma en la que las personas sienten no es, entonces, una experiencia uniforme. Por lo tanto, las antropólogas, como sujetas con identidades específicas, dentro de contextos de investigación y trabajo de campo, experimentan sus emociones de una forma determinada y situada. Esto coloca a las antropólogas como sujetas que sienten de una forma influenciada por los contextos en los que encuentran inmersas. Además, y partiendo de esta reflexión, también surge la interrogante sobre qué rol ejerce la dimensión identitaria de género sobre la forma en la que sienten las personas. Esta interrogante se abordará a continuación.

2.3 Mujeres y emociones

Desde un enfoque de género es posible dilucidar diferencias entre las normas sociales establecidas en torno a las emociones que son socialmente aceptadas en mujeres en comparación con aquellas que son socialmente aceptadas en hombres. Las limitaciones en la expresión emocional en una sociedad o contexto específico variarán de acuerdo con el género de la persona que expresa sus emociones (Cornejo, 2016; Villanueva, 2019). Es así como desde la antropología de las emociones podemos ir un paso más allá y no solo tomar en cuenta el contexto sociocultural en el que se producen las emociones, sino la identidad de quienes las experimentan y expresan (Villanueva, 2019). En este caso nos enfocaremos concretamente en mujeres.

El feminismo ha hecho grandes aportes para poder entender las emociones de una forma crítica al proponer que no solo es pertinente sino también necesario estudiar, contextualizar y redimensionar las emociones. Uno de los grandes aportes feministas, que han buscado entender la emoción como algo social, ha sido generar reflexiones que permitan desnaturalizar narrativas que reproducen sesgos, como aquellas que argumentan que las diferencias de género se deben a aspectos biológicos. Otro importante aporte feminista ha sido el romper con la división entre mente y cuerpo, en especial aquella que asocia a la mente con el hombre y al cuerpo con la mujer. Respecto a este último punto las posturas feministas han sido claves para poder entender tanto al cuerpo como a la emocionalidad “no como algo dado, sino como una construcción social” (Cornejo, 2016, p. 92).

En línea con el argumento anterior, la antropóloga Sherry Ortner (1974), en su artículo: *Is Female to Male as Nature Is to Culture?*, nos recuerda que socioculturalmente a la mujer se la ha asociado más con la naturaleza que con la cultura. La autora proporciona tres tipos de justificaciones para dicha asociación. En primer lugar, se considera que, ya que el cuerpo de las mujeres está involucrado en la reproducción humana, ellas están más cerca de la naturaleza que los cuerpos masculinos. En segundo lugar, está el aspecto del entendimiento

del rol social de las mujeres como más cercano a los roles de cuidado y maternidad, lo cual las asigna al espacio privado y limita su movilidad social y, por lo tanto, las aleja también de la cultura. Por último, se suele creer que las mujeres “por naturaleza” tienen una predisposición mental distinta a la de los hombres. Esto se relaciona, de nuevo, con concepciones sobre las mujeres como personas más emocionales que racionales. Por lo tanto, nos damos cuenta de que la asociación de las mujeres con una dimensión “natural” y “emocional” se trata también de una distinción política y contextualizada.

Catherine Lutz (1990) también ha establecido que, desde la academia occidental, la categoría de “emoción” ha sido asociada con lo femenino, lo cual luego conduce al entendimiento que lo emocional define a las mujeres. Es por ello que “cualquier discurso sobre emoción es también, por lo menos implícitamente, un discurso sobre género” (Lutz, 1990, p. 69). Por lo tanto, redirigir nuestra mirada a las emociones como un fenómeno cultural y no como algo dado o fijo, nos permite cuestionar estos discursos y generar nuevos análisis.

Por otro lado, ¿será que el poder expresar o no una emoción específica puede convertirse en un privilegio dependiendo del cuerpo que siente y el contexto en el que lo hace? La evidencia nos indica que, en el caso de ser mujer, la respuesta a esa pregunta puede ser afirmativa cuando se trata de emociones como el enojo y la ira. Estudios como el de Cheryl Hercus (1999) nos invitan a reflexionar sobre cómo las emociones están mediadas por el contexto en el que las mujeres se encuentran inmersas. Hercus (1999) encontró, al estudiar mujeres pertenecientes a un colectivo feminista que, aunque estas expresaban sentir enojo e ira y que ambas eran emociones importantes para su rol de activistas, encontraban rechazo de parte de sus parejas y amigos por sentir ambas emociones.

Recuperando los aportes del feminismo mencionados con anterioridad se puede continuar haciendo una revisión de investigaciones que permitan dimensionar la forma en que las mujeres sienten y aquello que se les ha enseñado a suprimir. Clara Luz Villanueva (2019) encontró, por ejemplo, al trabajar con un grupo de mujeres adscritas a una organización del estado de Chiapas, que hombres y mujeres viven y expresan las emociones de maneras distintas. Uno de sus hallazgos fue que la tristeza es una emoción expresada de forma más abierta por las mujeres, en especial porque “en el imaginario cultural el sufrimiento está ligado a la condición del ser mujer” (Villanueva, 2019, p. 38). Sin embargo, mientras que la tristeza es una emoción permitida en las mujeres, otras emociones, como el enojo son desalentadas y mal vistas.

Las reflexiones presentadas en esta sección nos conducen a entender que el género representa un factor importante en la expresión emocional de las personas. Esto posiciona, entonces, a las mujeres como sujetas con una experiencia subjetiva emocional específica y distinta a la de otras identidades. Ahora bien, ¿qué significa no solo ser mujer sino también antropóloga? Como se explicará en la siguiente sección, la intersección entre esas dos identidades produce experiencias sensibles y corporales complejas.

2.4 Antropólogas y sus emociones

Si resaltamos la capacidad de la antropología de ser crítica de sí misma y reconocemos que también es valioso estudiar lo cercano, podemos aproximarnos a una antropología en la que las mismas antropólogas sean sujetas dignas de ser estudiadas. Una antropología sobre las antropólogas. Este apartado buscará reflexionar sobre la importancia de entender la forma en la que las antropólogas experimentan y expresan sus emociones, ya que, como se establecerá a continuación, esta tiene una estrecha relación con su quehacer científico a la hora de hacer investigación.

Como esta revisión ha demostrado, la antropología, como una disciplina que entiende a las personas y grupos humanos de forma holística y en sus propios contextos culturales, nos permite entender que las emociones que son alentadas o desalentadas dentro de una cultura varían de acuerdo con el contexto y las identidades de las personas que las experimentan. Por otro lado, desde una perspectiva de género, el estudio antropológico de las emociones en mujeres nos permite explorar cómo el contexto en el que habitan influencia la forma en la que experimentan sus emociones y sus cuerpos.

Regresando al texto de *Writing Culture* de Clifford y Marcus (1986) podemos recordar que las antropólogas que estudian otras culturas no son observadoras imparciales, sino sujetas posicionadas. Dentro de la discusión posmoderna podemos preguntarnos no solo sobre qué escriben las antropólogas, sino quiénes son quienes escriben, y qué emociones las atraviesan al hacerlo. Porque las antropólogas no solo se encuentran con los “otros”, sino que se encuentran con los “otros” en relación con ellas; ellas no son seres invisibles. Las antropólogas también están conscientes de sí mismas al hacer antropología.

En esta investigación he decidido enfocarme en antropólogas mujeres no solo porque, como lo demuestra la evidencia de textos como los de Villanueva (2019), las mujeres experimentan sus emociones de una forma distinta a los hombres, sino también porque considero un accionar político dirigir mi mirada hacia las mujeres, precisamente porque yo misma soy una antropóloga mujer. Porque estudiar lo cercano, estudiarnos a nosotras como sujetas, también es un acto político.

Además, es importante reconocer que las antropólogas hacen investigación desde su condición de género; una condición que no se borra al estar inmersas en campo y que, además, trae consigo grandes riesgos físicos, mentales y emocionales, incluido el de violencia sexual y acoso. En *Rape in the field*, por ejemplo, Eva Moreno² (1995) relata su experiencia al sufrir una violación mientras realizaba trabajo de campo en Etiopía. Moreno (1995) recalca que la antropología como disciplina aún no ha reconocido que las antropólogas tienen un género y que este no desaparece al hacer investigación. De hecho, la negación de la identidad de género de las antropólogas hace que, si ponen sobre la mesa lo que les pasa por ser mujeres en contextos académicos y de investigación, corren el riesgo de dañar su autoridad como antropólogas.

² Pseudónimo utilizado por la autora.

Así, las violencias que se pueden experimentar en campo por ser mujeres no se vuelven relevantes en el quehacer antropológico, porque el ser mujer se tiende a separar del ser una profesional; porque a las antropólogas no se les viola ni acosa, a las mujeres sí. Pero, como nos lo demuestra Moreno (1995), en el campo, la falsa división entre el tiempo y espacio profesional y privado, que surge de esta construcción neutral de la identidad de la antropóloga, se derrumban. En campo la antropóloga es percibida por otros y percibida por sí misma como una antropóloga con género, una antropóloga mujer.

Además, durante las diversas fases del hacer investigación las antropólogas experimentan emocionalmente el proceso. Andrea Aguilar (2022), por ejemplo, nos habla de sentimientos como la culpa al hacer investigación: “El sentimiento de culpa después de procesos investigativos conflictivos, en tanto emoción, se ha quedado muchas noches conmigo, me ha costado muchas lágrimas, bastantes sesiones de terapia, y sentirme, ante todo, ilegítima de generar conocimiento” (p. 90). El hacer investigación, por lo tanto, es un proceso emocional complejo.

Siguiendo con las reflexiones de Aguilar (2022), es importante reconocer que los contextos en los que se realiza investigación y la propia investigación como práctica también producen experiencia; una experiencia que afecta a quienes participan de ella. Porque también hay que recordar que las observaciones y ubicaciones de las antropólogas no son inocentes, porque vienen de cuerpos situados (Haraway, 1988). Es decir, cuerpos con posicionamientos, experiencias, emociones, miedos, ilusiones; con sus propias subjetividades y agendas.

Como plantea también Ruth Behar (1996a) las antropólogas son observadoras vulnerables, es decir, son antropólogas que sienten a la hora de hacer antropología. Son científicas que han podido entender a otros/as por medio de conocerse a sí mismas, y que han podido conocerse a sí mismas por medio de conocer a otros/as. Behar (1996b) nos recuerda, además, que las antropólogas tienen pechos, y estos inevitablemente cambian la forma en la que las otras personas las perciben y se relacionan con ellas al hacer investigación. Con esto Behar quiere transmitir que cuando se es una mujer investigadora, la condición de género no desaparece de escena. Los pechos se convierten en símbolos que cambian la forma en la que las personas se relacionan con ellas.

Asimismo, Ruth Behar (1996a) propone que la única antropología que vale la pena hacer es aquella antropología que te rompe el corazón. Y Andrea Aguilar (2022), al dialogar con Behar (1996a), agrega que, es importante “reconocernos como observadoras vulnerables, sin necesariamente normalizar el dolor o sufrimiento en nuestros ejercicios académicos” (p. 95). Y yo coincido con Andrea Aguilar, porque hacer antropología necesaria y valiosa nos atraviesa, pero tampoco debería de ser siempre sinónimo de sufrimiento. Con este estudio no busco que dejemos de sentir, al contrario, estoy segura de que las emociones son fundamentales para conducirnos hacia una antropología realmente comprometida. Solo aspiro a que no normalicemos el dolor y que nos acompañemos cuando lo sentimos.

El poema de la antropóloga con un cayuco en el pelo

Mi cuerpo carga con muchas historias:
la travesía en cayuco
navega por mi pelo.
La gente y sus vidas
se quedan en mi cabeza.
Las conexiones que he generado
envuelven mi muñeca.

Los pickups rebeldes y sus canciones
me llevaron,
mientras que mis piernas
se enlodaron.

En mi corazón vive una tortuga verde
que me recuerda a la comida y la gente.

Hay preguntas, dudas, crisis.
Y muchas de ellas
se enredan en mi pelo.
En mi mano y brazo
habitan mis cuadernos,
con todas esas notas
y relatos plasmados en tinta.

La responsabilidad y el enojo
con esta profesión
las llevo en la espalda,
las cargo conmigo mientras camino.

En mi garganta habita
todo lo que se hizo,
pero no se puede decir,
todo lo que se quiere decir
y no se sabe cómo.
Todo lo que se llora.

Ver mi cuerpo me recuerda
que también necesito
tener compasión conmigo,
porque él me ha llevado y recorrido,
porque la carga que lleva
aún no ha desaparecido.

3. MARCO TEÓRICO

Una vez ya establecidos los antecedentes de investigación de este estudio, procederé a desarrollar los elementos teóricos claves que lo informan. Comenzaré por definir el concepto de experiencia emocional subjetiva, el cual guía mucha de la forma en la que se entiende la dimensión emocional abordada en los antecedentes. Luego, se procederá a introducir el concepto de agencia y cómo este se relaciona con las emociones. Así como también el concepto de corporalidad, el cual nos ayudará a entender que toda experiencia emocional es también una experiencia corporal y viceversa. Por otro lado, el concepto de interseccionalidad nos permitirá entender cómo la superposición de múltiples identidades generará experiencias distintas a la hora de hacer antropología. Finalmente, se explorarán los conceptos de rito de paso, liminalidad y *communitas*, como un marco de análisis que permitirá explicar más adelante las transiciones que atraviesan las emociones y corporalidades de las antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación.

3.1 Experiencia subjetiva emocional

Esta investigación busca estudiar la experiencia subjetiva emocional de antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación. De acuerdo con la definición propuesta por Scollon *et al.* (2011), la experiencia subjetiva emocional se puede describir como aquella experiencia que se relaciona con cómo las personas dicen que se sienten o que se sintieron en un momento determinado. Es decir, cómo deciden nombrar y explicar sus emociones.

Esta experiencia puede abarcar, además, periodos de tiempo más amplios que la expresión emocional, ya que esta última hace referencia a una respuesta emocional inmediata, mientras que la experiencia subjetiva emocional incluye valoraciones retrospectivas de la vivencia emocional de las personas. Por lo tanto, nos permite abordar y analizar no solo las emociones que las personas sienten en el momento presente, sino también aquellas que sintieron en el pasado. Asimismo, algo fundamental de esta definición es que contempla que dicha experiencia está influenciada y moldeada por la cultura (Scollon *et al.*, 2011).

Ya que tenemos una definición desde la cual empezar a reflexionar sobre el tema, podemos pasar también a considerar si las emociones solamente les pasan a las personas o si las personas también pueden accionar antes sus emociones.

3.2 Emociones y agencia

Autores como Arlie Hochschild (1979) y David Le Breton (2008) plantean que las personas tienen el poder de adueñarse de sus emociones. Quienes sienten tienen también, por lo tanto, agencia. Es decir, pueden modificar y actuar sobre sus emociones. Para dimensionar esto basta con pensar en un ejemplo tan simple como el de un actor en un escenario interpretando a un personaje. Este ejemplo nos recuerda que las personas pueden adueñarse de sus estados emocionales y jugar con ellos, alejándose incluso de aquello que sería socialmente adecuado o esperado de ellas. En situaciones sociales como estas

podemos hallar discrepancias entre lo que las personas sienten y lo que quieren dar a entender a otros/as. Como establecen tanto Hochschild (1979) como Le Breton (2008), la expresión del sentimiento es entonces una puesta en escena que varía en función de las audiencias, los temas y el contexto en el que se desenvuelve la obra.

Precisamente, Erving Goffman (1959), al estudiar la interacción social, propone que esta funciona como una actuación, en la que las personas son actores que representan un papel frente a una audiencia determinada. Por lo tanto, el autor nos plantea que “cuando un individuo comparece ante otros, habrá por lo general alguna razón que movilice su actividad de modo que esta transmita a los otros la impresión que a él le interesa transmitir” (Goffman, 1959, p. 16). Esto nos conduce, entonces, a pensar en las emociones como parte del repertorio social de las personas (actores) durante la interacción social en los espacios que habitan (escenarios) como lo pueden ser, por ejemplo, el campo al realizar investigación.

Las personas tienen, así, poder sobre sus emociones. Es decir, no son actores pasivos. Esto abre la posibilidad de preguntarnos sobre las diferentes formas en que las personas ejercen su agencia sobre sus emociones. Una de esas formas, precisamente, está ligada a los movimientos sociales.

3.2.1 Emociones y movimientos sociales

Investigaciones realizadas sobre el rol de las emociones en movimientos sociales nos demuestran que las emociones pueden llegar a tener un rol importante en la acción social (Jasper, 2012). Esto nos plantea que las emociones pueden conducir a acciones concretas, lo cual resulta ser aún más poderoso cuando las personas experimentan emociones opuestas al mismo tiempo. Reflexionemos, entonces, sobre qué pasa cuando una emoción agradable y otra desagradable se encuentran. Porque las emociones también pueden sentirse de forma combinada. Esto lo demuestra, por ejemplo, Helena Flam (2005) quien ha estudiado la existencia de movimientos sociales en los que sus integrantes han sentido al mismo tiempo miedo y esperanza.

James Jasper (2012), al analizar el rol de las emociones en los movimientos sociales, encontró que cuando emociones opuestas se encuentran, estas emociones se convierten en un tipo de batería moral que provee energía a la acción. Cuando una emoción agradable y otra no agradable entran en tensión, el resultado motiva a las personas a accionar. Así como una batería funciona al generar tensión entre polos opuestos, así también la tensión entre emociones como la esperanza y el miedo hace que “el contraste entre la manera como son las cosas ahora y la forma en que podrían ser ayude a motivar la propuesta y la acción política” (Jasper, 2012, p. 55). Este argumento nos recuerda que las emociones pueden motivar a las personas a generar cambios en su realidad y entorno; la combinación de emociones puede producir energía.

En la revisión que hace Jasper (2012) de más de 25 años de investigaciones sobre emociones y movimientos sociales encontró evidencia sobre la existencia de estas baterías morales. Por ejemplo, las personas que pertenecen a los movimientos relacionados con los derechos de poblaciones de la diversidad sexual tienden a experimentar una combinación

de orgullo con vergüenza, la cual les motiva a querer generar cambios. Por otro lado, para integrantes del movimiento en pro de los derechos de los animales esa batería está conformada por emociones de lástima y alegría.

Hasta ahora hemos abordado extensamente la dimensión de las emociones, sin embargo, ha hecho falta profundizar también en la dimensión corporal. Porque, como veremos a continuación, la corporalidad forma parte fundamental de las experiencias de las antropólogas y se relaciona, además, con sus vivencias emocionales.

3.3 Corporalidad

Ya hemos definido a las emociones, entendidas desde la antropología, como un fenómeno no solo biológico sino también sociocultural. Por lo tanto, podemos proceder también a entender el cuerpo que experimenta esas emociones como algo que trasciende lo físico. La siguiente sección busca poner sobre la mesa la experiencia corporal de las emociones como algo importante para entenderlas, ya que nos permite tener una visión más completa de la forma en la que las mujeres experimentan las emociones y cómo estas se encarnan en sus cuerpos.

En el siglo XIX las investigaciones sobre el cuerpo abarcaban una dimensión únicamente biológica. Para inicios del siglo XX ya había una aceptación generalizada sobre lo que Margaret Lock y Judith Farquhar (2007) denominan como el *body proper*, es decir, el cuerpo apropiado. Este cuerpo se caracterizaba por ser un cuerpo biológico, discreto y estructurado. Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XX y con la llegada de procesos liderados por activistas en temas de género, igualdad racial y étnica, y el movimiento por los derechos civiles, la concepción del cuerpo empezó a cambiar.

Gracias a que en los últimos años la concepción del cuerpo se ha transformado, ahora se entiende más como un cuerpo informado por la historia, la cultura y lo político. El cuerpo es más que un objeto físico; es una encarnación de la conciencia, de significados, de intenciones y de prácticas (Lock y Farquhar, 2007). Además, desde la propuesta metodológica del *embodiment* o corporalidad, la dualidad entre mente y cuerpo colapsa, al igual que la dualidad entre objeto y sujeto. El cuerpo se convierte, por lo tanto, en un cuerpo consciente y en una fuente legítima para aproximarnos a la cultura (Csordas, 1990). Así, el cuerpo permite tener una aproximación hacia la persona y hacer consciente eso que se toma por sentado (Lock y Farquhar, 2007).

Por lo tanto, la propuesta metodológica de la corporalidad nos hace entender el cuerpo como un sitio importante para aproximarnos a las experiencias humanas, incluidas aquellas referentes a las emociones. Si la cultura también está en el cuerpo consciente (Csordas, 1990), y las emociones están influenciadas por la cultura, el cuerpo se vuelve entonces un lugar valioso para entender las emociones. Si el cuerpo permite hacer consciente lo implícito (Lock y Farquhar, 2007), el cuerpo puede ser, por lo tanto, un elemento que permita aproximarnos a la experiencia subjetiva emocional.

3.4 Los tres cuerpos

Con este cambio de paradigma el cuerpo deja de ser un término singular y se comienza a hablar de una multiplicidad de cuerpos. El cuerpo, por lo tanto, varía de acuerdo con la historia, el contexto y la persona. Nancy Scheper-Hughes y Margaret Lock (1987), por ejemplo, proponen una aproximación desde la corporalidad para la antropología médica que toma en cuenta la existencia de tres cuerpos: el cuerpo individual, el cuerpo social y el cuerpo político. El cuerpo individual hace referencia a una perspectiva personal del cuerpo, se refiere a la forma en que tomamos consciencia sobre nuestra propia corporalidad y la integración de esta con la mente. El cuerpo social abarca una forma simbólica de entender relaciones entre la naturaleza, lo social y la cultura, en este cuerpo se entiende a la corporalidad como inmersa en un orden social determinado que se ve reflejado en el cuerpo mismo. Por último, el cuerpo político se entiende como un lugar en el que se aplican diferentes mecanismos de control y regulación social y política.

Si hay más de un cuerpo, esto puede permitirnos pensar que hay más de una forma de entender la experiencia corporal de las emociones y sus significados. Esto nos conduce a preguntarnos ¿de qué formas los diversos cuerpos se relacionan con las emociones?, es decir, ¿cómo se experimentan de forma personal las emociones en el cuerpo?, ¿qué formas simbólicas existen entre las emociones, el contexto en el que surgen y los cuerpos que las experimentan?, y ¿qué cuerpos se convierten en artefactos para controlar y regular las emociones? Estas reflexiones demuestran que el cuerpo y las emociones no pueden entenderse por separado, son experiencias simultáneas y que se moldean mutuamente, aspecto que precisamente resaltan Scheper-Hughes y Lock (1987) al establecer que las emociones permiten ser un ente mediador entre los tres cuerpos, generando así un cuerpo consciente.

Otros autores y autoras también apuntan a que es necesario superar el entendimiento por separado de los cuerpos y las emociones. Adrián Scribano (2012) reafirma que “no es posible indagar y reflexionar sobre cuerpos/emociones por separado como si existiera alguna posibilidad de que unos no remitieran a las otras y viceversa” (p. 93). Scribano propone la fusión de ambas categorías en una misma desde una posición teórica propuesta desde el Sur Global, que busca romper con la tradición objetivista y empirista que se le ha impuesto a las Ciencias Sociales. Este estudio, en sintonía con este pensamiento, parte también de un entendimiento en el que los cuerpos y las emociones como dos fenómenos sociales que coexisten en las personas y que deben ser estudiados, por lo tanto, en conjunto.

La experiencia subjetiva emocional, por lo tanto, no puede entenderse como emociones aisladas del cuerpo. Ni las emociones ni el cuerpo se escapan de la cultura, por lo que para entender ambas se debe reconocer que las emociones también son experiencias encarnadas. Profundicemos ahora sobre los significados que albergan los cuerpos femeninos.

3.5 Cuerpos femeninos

Es importante reconocer que el cuerpo femenino adquiere un significado y simbolismo específico. Tal como plantea Barbara Grabowska (2023) se debe entender que la

construcción social de los cuerpos femeninos representa también una politización de estos. El cuerpo, por lo tanto, no es un sitio neutral y libre de significado. Los cuerpos femeninos específicamente ocupan un estatus de subordinación dentro de un contexto patriarcal, en el que han estado sujetos a múltiples formas de control, como lo han sido la prohibición del aborto y la regulación de la sexualidad de las mujeres. El cuerpo de las mujeres, entonces, también es un sitio de poder, en el que no solo podemos entender las emociones encarnadas, sino también comprender cómo las esferas de dominación masculina se ven reflejadas en la corporalidad de las antropólogas.

Elizabeth Grosz (1990) se refiere a los cuerpos como superficies sobre las cuales se pueden plasmar inscripciones. Grosz reflexiona sobre cómo los cuerpos de las mujeres se pueden marcar de formas determinadas dependiendo del sistema social y cultural en el que se encuentren inmersos. Dentro de esta dinámica, la carne se convierte en cuerpo. Además, Grosz recalca la importancia de recordar que las inscripciones socioculturales suceden en cuerpos específicos, es decir, cuerpos sexuados, racializados, jóvenes, etc. Así, y dentro de un contexto patriarcal, los cuerpos de las mujeres se cosifican, se convierten en objetos sexuales disponibles para el placer masculino.

Ya hemos entendido las emociones y corporalidades como fenómenos simultáneos, y cómo esto inscribe significados específicos en la vida de las mujeres que existen en contextos patriarcales. Sin embargo, las antropólogas no solo están conformadas por una identidad, sino por múltiples, las cuales interactúan entre ellas, como veremos a continuación, de forma interseccional

3.6 Interseccionalidad

Es importante reconocer que los cuerpos, al igual que las emociones que habitan ellos, no se viven de forma homogénea por todas las mujeres. Introducir el concepto de interseccionalidad resulta, por lo tanto, indispensable para pensar la construcción social de los cuerpos de una forma compleja y que reconozca una diversidad de opresiones que no solo abarcan la dimensión de género. El concepto de interseccionalidad propone que existe una intersección de las diversas relaciones de poder que atraviesan a las personas, las cuales crean una identidad única con un significado social específico (Chirix, 2012; Settles y Buchanan, 2014). La teoría de la interseccionalidad permite tener un enfoque más holístico y complejo de las diferentes formas de opresión y sus interacciones, ya que las opresiones múltiples son simultáneas, inseparables y entrelazadas (Settles y Buchanan, 2014; Vides, 2018).

El concepto de interseccionalidad fue problematizado en sus inicios por feministas afrodescendientes, quienes reconocieron que no es posible separar las diferentes opresiones que habitan, en este caso, en las mujeres racializadas. Kimberle Crenshaw (1991), quien acuñó el término, plantea precisamente que la violencia hacia las mujeres de color debe ser entendida tomando en cuenta tanto la categoría racial como la de género, ya que estas no se pueden separar. Sus vidas se ven afectadas tanto por el racismo como por el sexismo y la suma de sus opresiones las coloca en una posición de desventaja aún mayor y con más complejidad que la de las mujeres blancas.

Antropólogas mayas como Emma Chirix (2012) han aterrizado este concepto al contexto guatemalteco y a la vivencia de cuerpos mayas en el país. Chirix (2012) establece que “no es posible entender el proyecto nacional guatemalteco contemporáneo sin analizar las jerarquías de clase, raza y género” (p. 105). Dentro de ese contexto, los cuerpos de las mujeres mayas son contruidos dentro de un contexto racista y heterosexista. Por lo tanto, “Hablar de cuerpos e interseccionalidad no sólo rompe con la homogeneización del cuerpo, sino también, cuestiona la hegemonía de género” (Chirix, 2012, p. 106), debido a que permite entender que hay otras formas de poder.

Por lo tanto, resulta importante reflexionar de forma interseccional sobre las emociones y la corporalidad de las antropólogas guatemaltecas, porque no será lo mismo ser una antropóloga ladina/mestiza, que una antropóloga maya. Incluso, y como lo demostrará este estudio, tampoco será lo mismo ser una antropóloga adulta joven, que una antropóloga adulta con más años de trayectoria profesional. Las vivencias de las antropólogas no solo se enmarcan en contextos patriarcales y racistas, sino también adultocéntricos.

Las antropólogas también forman parte de una familia, de una clase social, habitan identidades neurodivergentes, etc. Son antropólogas multidimensionales y todas sus identidades forman parte de su quehacer investigativo. A continuación, exploraremos un lente teórico que permitirá abordar y entender la complejidad de estas sujetas.

3.7 Ritos de paso

La producción teórica antropológica sobre los ritos de paso ha sido importante para entender las realidades socioculturales de los grupos humanos. Esta investigación utiliza esta producción para explicar los resultados obtenidos, ya que permite profundizar en las dinámicas identificadas. Veamos, entonces, en qué se basan estos aportes.

Arnold van Gennep (1960), en su escrito sobre ritos de paso, propone que estos son ritos que “acompañan el paso de una situación a otra y de un mundo (cósmico o social) a otro” (p. 25). Así, los ritos de paso acompañan transiciones y cambios de estatus, es decir, cambios en la forma de ser tanto colectiva como de forma individual (Bowie, 2006). Es importante, además, establecer que para van Gennep (1960), los ritos de paso pueden incluir comportamientos religiosos, pero también seculares. Por lo tanto, los ritos de paso suceden y los encontramos también en los ordinario o cotidiano, y no solo en lo religioso.

Los ritos de paso también pueden implicar cruzar un umbral, ya sea físico (de un lugar a otro) o simbólico (de un estado social a otro) (Bowie, 2006). Este umbral o puerta funciona como un límite entre espacios. En palabras de van Gennep (1960) esto puede entenderse como el “límite entre el mundo exterior y el mundo doméstico cuando se trata de una habitación común; entre el mundo profano y el mundo sagrado cuando se trata de un templo. Así, ‘pasar el umbral’ significa agregarse a un mundo nuevo” (p. 37).

Sin embargo, e independientemente del carácter del rito de paso, este sigue, según van Gennep (1960), una secuencia básica de tres estados: (1) la separación o estado preliminar,

(2) la transición o estado liminal, (3) la incorporación o estado postliminal. El primer estado implica un alejamiento o cambio de cualquiera que fuera el estado previo de la persona o grupo. Es decir, es precisamente una separación del modo de ser anterior al rito de paso. El segundo estado, es un estado de ambigüedad, que implica estar en el medio de un camino entre lo que se era y lo que se será. Por último, la incorporación, representa un estado en el que la persona regresa a un espacio o lugar determinado, pero ya transformada, porque después de atravesar el rito de paso ya no se es la misma persona que se era antes.

3.7.1 Liminalidad y *communitas*

Victor Turner, en *El Proceso Ritual* (1969), profundiza sobre el segundo estado de los ritos de paso: el estado liminal. Para Turner los ritos de paso se relacionan con la estructura social en la que ocurren, y representan un movimiento de la estructura a la anti-estructura, para nuevamente regresar a la estructura. La liminalidad es anti-estructural, es decir, se relaciona con una forma de existencia que se sale de las normas y el estatus establecido y, además, se puede extender de forma indefinida (Bowie, 2006). Por otro lado, debido a que durante la liminalidad se entra en un estado de ambigüedad, también puede caracterizarse por la ausencia de sexo y estatus (Turner, 1969).

Turner (1969) propone que en la liminalidad se llega a experimentar la *communitas*³. La *communitas* tiene que ver con la anti-estructura, ya que representa un fuerte sentido de unión entre personas que supera cualquier división impuesta por la estructura social. Se puede entender como un vínculo social que logra trascender cualquier división o diferencia que exista en la estructura. Este sentido de comunidad “es el no estar más el uno junto al otro (y, cabría añadir, por encima y por debajo) sino *con* los otros integrantes de una multitud de personas” (Turner, 1969, p. 132). Así, la *communitas* implica la creación de conexiones humanas profundas con otras personas que también están en un estado liminal.

Para Turner (1969) existe una relación entre la liminalidad, la marginalidad y la *communitas*, ya que pareciera ser que los ritos de paso involucran a personas o principios con las siguientes características “1) caen dentro de los intersticios de las estructuras sociales, 2) se encuentran en sus márgenes, 3) ocupan sus últimos peldaños” (p. 131). Con esto Turner establece que la *communitas*, que se da dentro de la liminalidad, no sería posible sin la existencia de aquello que se queda en los márgenes y en contraposición a la estructura social. Es decir, el poder experimentar conexiones humanas profundas no sería posible sin que la estructura social estuviera caracterizada por la separación e individualismo. Esto debido a la dialéctica que se da entre estructura y anti-estructura durante los ritos de paso.

Además, Turner (1969) recalca que en los ritos de paso las personas que regresan a la estructura regresan transformadas gracias a haber experimentado la *communitas*. Por tanto, la oportunidad de haber conocido a la anti-estructura, les da la oportunidad de regresar a la estructura desde nuevas perspectivas, sabiendo que existe otra forma de relacionarse con las demás personas. Porque el paso por la liminalidad implica explorarse y conocerse desde otras perspectivas, las cuales después se integran a la identidad.

³ “Comunidad” en Latín.

El poema de la antropóloga con flores en las manos

La antropología es un camino
y yo me he atrevido a recorrerlo.

A pesar del miedo,
veo a la realidad con entereza y
expreso mis ideas con firmeza.

Aunque reconozco que
me lastima el dolor de las otras personas,
porque sus testimonios no me abandonan,
continúo caminando.

Y en el camino me encuentro con flores,
esas que me regalan y, a la vez,
las que yo cosecho también,
para darlas con generosidad y convicción.

Le he perdido al miedo a ocupar espacio,
estoy presente en el mundo
y mi antropología no puede ser otra
que una antropología comprometida.

4. MARCO METODOLÓGICO

La metodología de este estudio fue diseñada para acercarse a las percepciones y significados que las antropólogas guatemaltecas tienen y construyen sobre sus propias emociones y corporalidades mientras realizan investigación antropológica. En este estudio se entenderá por investigación a toda aquella experiencia que vivan las antropólogas en cualquiera de las etapas de una investigación, las cuales pueden abarcar desde el diseño de la investigación, pasando por el trabajo de campo, hasta llegar a la etapa de análisis de datos y escritura.

Las preguntas, objetivos y enfoques planteados buscan recoger las experiencias de las participantes, entendiendo estas como datos valiosos que nos permiten aproximarnos a una realidad sociocultural determinada y necesaria de entender y estudiar.

4.1 Propósito y justificación

El concepto de experiencia subjetiva emocional, planteado por Scollon *et al.* (2011), recalca que la forma en la que las personas relatan y describen sus emociones está inmersa en una cultura y contexto específicos que ayudan a moldearla. Este concepto permite entender a las emociones y la forma en la que estas se experimentan en los cuerpos, como algo que nos ayuda a aproximarnos a la cultura. Por lo tanto, y partiendo de este entendimiento, se planteó la siguiente pregunta de investigación, la cual busca reconocer la naturaleza sociocultural e integral de las emociones que forman parte de las vivencias de las participantes: ¿Cómo es la experiencia subjetiva emocional de las antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación?

Además, los aportes teóricos que guían esta propuesta permiten reconocer que no solo es importante sino también necesario estudiar a las participantes de esta investigación. Esto no únicamente por su condición de género, sino también por su papel de científicas sociales en un país en el que las Ciencias Sociales son poco reconocidas y valoradas. Lo cual hace de sus experiencias emocionales y corpóreas realidades necesarias de investigar.

Entender la experiencia subjetiva emocional de las antropólogas al hacer investigación no solo nos permite hacer explícitos los procesos emocionales que atraviesan como científicas sociales, sino también guiar el acompañamiento de futuras antropólogas en formación. Decidí estudiar esta problemática, ya que autoras como Ruth Behar (1996a), Eva Moreno (1995) y Andrea Aguilar (2022) demuestran que hacer antropología produce experiencia sensible y reafirman que ser mujer haciendo antropología implica vivir desafíos determinados, los cuales incluyen violencia de género.

4.2 Objetivos

Los objetivos de este estudio buscaron garantizar una aproximación holística de la experiencia emocional subjetiva, la cual permitiera no solo entender las emociones de las participantes, sino también su relación con sus cuerpos.

4.2.1 Objetivo general

Conocer la experiencia subjetiva emocional de las antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación.

4.2.2 Objetivos específicos

1. Documentar las emociones que han experimentado las antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación.
2. Analizar las normas y limitantes percibidas alrededor de la expresión emocional de las antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación.
3. Identificar la forma en la que la experiencia subjetiva emocional de las antropólogas guatemaltecas se encarna en sus cuerpos.

4.3 Matriz de objetivos y variables de la investigación

La Tabla 1 resume los objetivos y variables que guiaron este estudio.

Tabla 1. Objetivos y variables de la investigación

Objetivo específico	Variable	Criterios o indicadores	Fuente de información
Documentar las emociones que han experimentado las antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación	Vivencia emocional	1. Construcción propia sobre vivencias emocionales asociadas a la investigación	Entrevista semiestructurada
Analizar las normas y limitantes percibidas alrededor de la expresión emocional de las antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación	Limitaciones en la expresión emocional	1. Existencia o no de censura 2. Comentarios de terceros/as en torno a la expresión emocional	Entrevista semiestructurada

Identificar la forma en la que la experiencia subjetiva emocional de las antropólogas guatemaltecas se encarna en sus cuerpos	Partes del cuerpo en el que las participantes localizan experiencias y emociones	1. Síntomas físicos asociados a emociones 2. Percepción de la localización de las emociones en el cuerpo 3. Autopercepción del cuerpo en el contexto del trabajo de campo	1. Entrevista semiestructurada 2. Cartografía corporal
---	--	---	---

4.4 Enfoque teórico

Esta investigación se diseñó desde un enfoque cualitativo. La investigación cualitativa es una aproximación científica que permite explorar y entender los significados que las personas o grupos adscriben a un problema social. Asimismo, el enfoque cualitativo busca recordar la importancia de reportar la complejidad de la situación que se quiere investigar (Creswell, 2009). Entonces, por medio de este enfoque, se buscó privilegiar la construcción de significados y brindar una aproximación compleja y sistemática de la problemática escogida.

En los inicios de la producción teórica sobre las emociones, la visión o enfoque que predominaba era un enfoque biologicista, el cual entendía a las emociones como expresiones solamente fisiológicas (Le Breton, 2012). Mi investigación se aleja de ese enfoque teórico y rescata, en cambio, una aproximación fenomenológica de investigación. El diseño de investigación fenomenológico privilegia las experiencias de vida de las personas y busca describir e interpretar, por lo tanto, lo que las participantes tienen en común mientras experimentan un fenómeno social específico (Creswell, 2013). Así, la aproximación fenomenológica en esta investigación permitió garantizar que los testimonios regidos de las participantes fueran tratados como fuentes legítimas de información para entender sus cuerpos y emociones.

Además, también es importante mencionar que el paradigma interpretativo desde el que se realizó esta investigación fue el paradigma constructivista. Desde este paradigma se entiende que las personas buscan comprender el mundo en el que habitan y, por lo tanto, generan significados subjetivos de sus experiencias (Creswell, 2013). Así pues, realizar el presente estudio desde este paradigma permitió enmarcar los resultados desde el punto de vista y las percepciones de las participantes.

Es así como en esta investigación, que parte de un enfoque fenomenológico y desde el paradigma constructivista, priorizó la experiencia subjetiva emocional de las antropólogas guatemaltecas, entendida desde sus propias percepciones. Esto para poder entender aquello que comparten en sus experiencias y que se entiende como un fenómeno sociocultural.

4.5 Etapas de la investigación

A continuación, se desarrollan las diferentes acciones que se tomaron en cada una de las etapas de investigación.

4.5.1 Revisión bibliográfica

Antes de comenzar con la recolección de datos se realizó una revisión bibliográfica de los antecedentes de investigación antropológica de las emociones y la corporalidad, especialmente aquella vinculada con mujeres. Con esta revisión se comenzó a construir el marco teórico de este estudio, el cual fue complementado conforme se avanzó en el análisis e interpretación de los resultados obtenidos.

4.5.2 Métodos de recolección de datos

Para esta investigación se utilizaron dos métodos de recolección de datos: entrevistas semiestructuradas y cartografías corporales. Ambas técnicas se realizaron en un mismo encuentro con cada una de las antropólogas. Las entrevistas tuvieron una duración de entre 90 a 120 minutos. En un primer momento se realizó la entrevista semiestructurada con las participantes y luego se procedió a realizar la cartografía corporal. A continuación, se realizará una descripción más a profundidad de ambos métodos.

4.5.2.1 Entrevistas semiestructuradas

Las entrevistas semiestructuradas son un método de investigación ampliamente utilizado en las Ciencias Sociales. Como su nombre lo indica, este tipo de entrevista tiene una estructura con preguntas abiertas, la cual guía la entrevista, pero también permite intervenciones no estructuradas de parte de él/la entrevistador/a según lo que los/las participantes compartan durante la entrevista y la información que resulte relevante para la investigación (Ruslin *et al.*, 2022).

Las entrevistas semi-estructuradas están diseñadas por medio de una guía de entrevista previamente elaborada por el/la investigador/a en base a los objetivos y preguntas de investigación. Esta guía contribuye a que la entrevista permita explorar el tema de investigación de forma sistemática y comprensiva (Jamshed, 2014). Asimismo, este tipo de entrevista cualitativa involucra no solo la recopilación de información sobre los/las participantes, sino también la construcción y reconstrucción de conocimiento de estos/as sobre el tema a abordar (Ruslin *et al.*, 2022).

Se seleccionó esta técnica de recolección de datos para esta investigación ya que permitía entender a profundidad y de forma sistemática las experiencias, conocimientos y percepciones de las participantes sobre el tema de investigación. La guía de entrevista diseñada buscó abarcar los temas correspondientes a los objetivos planteados para la investigación. Para consultarla ver el Cuadro 1 en el Anexo 10.1.

4.5.2.2 Cartografías corporales

Las cartografías corporales son una metodología que “surge en el marco del teatro sensorial, experiencia implementada en Colombia para trabajar con mujeres cuyos territorios han sido invadidos por la violencia y los megaproyectos” (Alvarado *et al.*, 2021, p. 30). La metodología consiste en realizar un dibujo del cuerpo de las mujeres dentro del cual ellas mismas luego trazan elementos de su territorio⁴, por lo que el dibujo se convierte también en un mapa. Según la Guía *Mapeando el Cuerpo-Territorio*, la técnica se implementó en un intercambio entre estudiantes de México y de Ecuador en abril de 2013 y esta nació con el siguiente lema: “dibuja tu cuerpo como si fuera tu territorio para relatar qué está sucediendo con tu cuerpo y tu territorio” (Cruz *et al.*, 2017, p. 34).

En la Guía de Cruz *et al.* (2017), como primer paso para el mapeo corporal, se les pide a las mujeres que realicen un dibujo de su propio cuerpo (de pies a cabeza). Luego se procede a pedirles a las participantes que dibujen sobre sus cuerpos los distintos lugares que conforman su territorio. Se comienza dibujando los lugares importantes, luego aquellos que no son agradables (donde han sentido violencia o inseguridad, por ejemplo) y, por último, los lugares donde se encuentra su lucha y rebeldía. Como último paso se procede a pedirles a las participantes que cuenten, expliquen y reflexionen sobre sus mapas corporales (Cruz *et al.*, 2017).

Para la implementación de esta metodología en este estudio se utilizaron los pasos planteados por la Guía *Mapeando el Cuerpo-Territorio*. Sin embargo, se modificaron los lugares o experiencias que las antropólogas tuvieron que dibujar en sus cuerpos para que estos encajaran dentro de los objetivos planteados. Por lo tanto, en vez de enfocar las preguntas o instrucciones a dibujar al territorio, se enfocaron en dibujar y ubicar experiencias que habían vivido mientras realizaban investigación antropológica. Para ver una versión más detallada de la implementación de esta metodología consultar el Cuadro 2 en el Anexo 10.1.

4.6 Plan de análisis de datos

Para cada una de las entrevistas se realizaron transcripciones utilizando el programa de transcripciones Trint. Sin embargo, cada transcripción fue revisada por la investigadora después de haber sido procesada por el programa para garantizar su precisión. Una vez transcritas las entrevistas, estas fueron analizadas utilizando la codificación temática de datos cualitativos siguiendo los 6 pasos propuestos por Braun y Clarke (2006). Estas dos autoras proponen que, para realizar un análisis temático de datos cualitativos, se deben seguir los siguientes pasos o etapas: (1) familiarizarse con los datos, (2) generar códigos iniciales, (3) buscar temáticas, (4) revisar las temáticas encontradas, (5) definir y nombrar las temáticas, (6) escribir el reporte. Debido a que esta investigación fue realizada desde un

⁴ La metodología fue diseñada por el *Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo*, quienes han trabajado el concepto cuerpo-territorio. Este concepto se vuelve importante para entender la metodología, ya que entiende al cuerpo como el primer territorio y se reconoce al territorio como algo que también habita en el cuerpo.

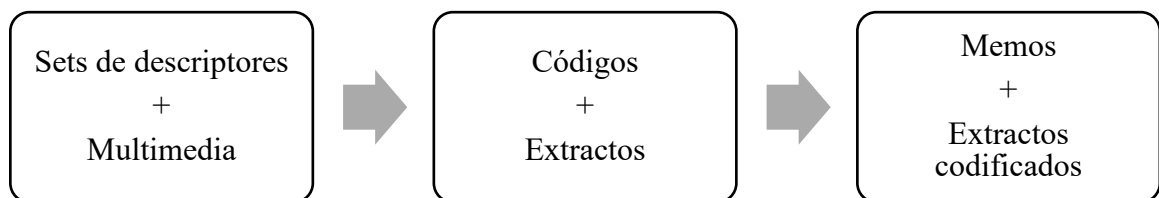
abordaje exploratorio, los códigos no fueron predefinidos, sino que se generaron con base en los datos y mientras se iba avanzando en la codificación.

Para realizar el análisis temático de las transcripciones se utilizó la plataforma Dedoose. Una vez importadas las transcripciones a Dedoose se procedió a vincular cada transcripción con un set de descriptores que permitieron identificar cada una con los datos demográficos de la persona a la que pertenecía. La Tabla 2 muestra de forma resumida las herramientas de Dedoose utilizadas. Una vez caracterizadas las transcripciones se procedió a codificar extractos siguiendo los pasos de Braun y Clarke (2006), para lo que se vincularon extractos de las entrevistas con los códigos en la plataforma. Algunos extractos codificados fueron acompañados por “memos” que permitieron documentar análisis emergentes. Dedoose funcionó, por lo tanto, como una plataforma para organizar y codificar la información obtenida durante las entrevistas. La Gráfica 1 muestra la combinación de herramientas previamente descrita.

Tabla 2. Herramientas utilizadas en Dedoose

Herramienta	Uso
Multimedia	Importar las transcripciones.
Descriptores	Caracterizar las transcripciones de acuerdo con los datos demográficos de la muestra (etnia, edad, nivel académico, universidad, etc.).
Extractos	Seleccionar segmentos relevantes de las transcripciones.
Códigos	Asignar simbólicamente un atributo a una parte de los datos.
Memos	Llevar un registro del proceso y de epifanías de análisis que puedan surgir al codificar.

Gráfica 1. Combinación de herramientas utilizadas en Dedoose



El análisis de las cartografías se realizó después de haber terminado la codificación temática. Para este análisis se buscó vincular elementos de los mapas corporales con cada una de las temáticas identificadas en las entrevistas. Es decir, se combinaron los testimonios con elementos gráficos que coincidieran con la narrativa de los resultados.

4.7 Descripción y justificación de las participantes

Las participantes fueron antropólogas guatemaltecas. La Tabla 3 muestra los criterios de inclusión y exclusión de estas. El estudio se enfocó en antropólogas de Guatemala, ya que son antropólogas sobre las que aún no se ha generado producción teórica respecto a su experiencia subjetiva emocional. Esto permite contribuir a la construcción de antecedentes pertinentes y que puedan contribuir al desarrollo profesional de futuras antropólogas en el país.

Además, se escogió estudiar a mujeres antropólogas, ya que escritos de antropólogas como Eva Moreno (1995) y Andrea Aguilar (2022) demuestran que no es posible borrar el género de una antropóloga cuando esta realiza investigación. Moreno (1995) nos recuerda que ser una antropóloga mujer en campo puede traer consigo el peligro de sufrir una violación. Asimismo, Aguilar (2022) hace eco con el testimonio de Moreno y recalca hacer investigación antropológica trae consigo emociones complejas como la culpa. Así, testimonios y análisis como los de estas dos antropólogas demuestran que ser una mujer haciendo antropología no es lo mismo que ser un hombre ejerciendo la misma disciplina.

Tabla 3. Criterios de inclusión y exclusión

Criterios de inclusión	Criterios de exclusión
A. Antropólogas guatemaltecas con pñsum cerrado, graduadas de una Licenciatura o con un BA en Antropología.	A. Antropólogas que no hayan tenido experiencias en investigación.
B. Antropólogas de cualquiera de las 4 etnias de Guatemala (maya, xinca, garífuna y ladina).	B. Antropólogas que no hayan trabajado en Guatemala.
C. Antropólogas de diferentes Universidades (UVG, USAC o incluso Universidades extranjeras).	
D. Antropólogas con diferentes grados académicos (BA, Licenciatura, Maestría, Doctorado).	

Para este estudio se utilizó una estrategia de muestreo por bola de nieve. Este método responde a que la población de estudio es una población con pocos miembros, especialmente en el caso de Guatemala, un país en el que la carrera de Antropología solo se imparte en dos universidades: Universidad del Valle de Guatemala (UVG) y Universidad de San Carlos de Guatemala (USAC), y que además cuenta con pocos estudiantes.

El muestreo por bola de nieve permite utilizar informantes clave para comenzar luego a encontrar y contactar más personas (Bernard, 2011). Para esta investigación se comenzó por contactar a antropólogas principalmente de la UVG. Conforme se avanzó con las

entrevistas se logró contactar también a antropólogas de la USAC, así como de otras universidades fuera del país en las que las participantes cursaron sus posgrados.

El muestreo se orientó a contactar antropólogas de distintas etnias, edades, universidades, etc., con el fin de aportar una perspectiva interseccional a la investigación, que permitiera identificar diferencias culturales entre las antropólogas y analizar las intersecciones que pueden existir entre sus diferentes identidades. Si la experiencia subjetiva emocional de las personas está moldeada por la cultura, tener una muestra diversa permitiría visibilizar las diferencias culturales que puedan existir entre las múltiples formas de ser antropóloga en este país.

En total se realizaron 16 entrevistas con antropólogas guatemaltecas con cuyas entrevistas se alcanzó saturación teórica. Es decir, hasta que la recolección de datos ya no arrojó nuevas perspectivas teóricas sobre el tema (Charmaz, 2006). Además, debido a que esta investigación tuvo un acercamiento individual con cada una de las antropólogas, el lugar en el que se realizaron las entrevistas fue a conveniencia de las participantes. En cuatro ocasiones la entrevista se realizó en línea, mientras que las 12 entrevistas restantes se realizaron de forma presencial.

4.8 Datos demográficos de las participantes

De las 16 participantes, 15 se identificaron como mujeres cisgénero⁵, mientras que una se nombró como mujer no binaria⁶. Las edades de las entrevistadas varían desde los 24 a los 62 años. Respecto de su autoidentificación étnica o el pueblo al que pertenecen encontramos en la muestra: 2 ladinas, 7 mestizas, 3 ladinas-mestizas, 1 *whitemalan*, 2 maya kaqchikel, y 1 maya mam. Las identidades no mayas representan el 81 % de las participantes (ver Tabla 4).

Tabla 4. Autoidentificación étnica o pueblo al que pertenecen las participantes

Etnia o pueblo	Frecuencia	Porcentaje
Ladina	2	12.5
Mestiza	7	43.75
Ladina-mestiza	3	18.75
<i>Whitemalan</i>	1	6.25
Maya Kaqchikel	2	12.5
Maya Mam	1	6.25
Total	16	100

Finalmente, el nivel académico de las participantes está distribuido de la siguiente manera: una participante con pensum cerrado en Antropología, una con BA en

⁵ Persona cuya identidad de género coincide con con el sexo que se le asignó al nacer.

⁶ Identidades de género que no se consideran exclusivamente masculinas o femeninas.

Antropología, 3 cuentan con una licenciatura, 5 cuentan con una maestría y 6 cuentan con un doctorado. Por tanto, más de la mitad de las antropólogas contaban con un posgrado, representando un 69 % de las participantes (ver Tabla 5).

Tabla 5. Nivel académico de las participantes

Nivel académico	Frecuencia	Porcentaje
Pensum cerrado	1	6.25
BA	1	6.25
Licenciatura	3	18.75
Maestría	5	31.25
Doctorado	6	37.5
Total	16	100

4.9 Limitantes del proyecto

Existe una limitada existencia de investigaciones realizadas sobre el tema, lo cual representó una dificultad para la construcción y revisión de los antecedentes de investigación. Sin embargo, esto también demuestra que es importante generar conocimiento sobre el tema. Otra limitante importante de la investigación es que la experiencia de las antropólogas guatemaltecas no necesariamente será representativa o se podrá extrapolar a la experiencia de antropólogas de otros territorios, de otras temporalidades o incluso de otras disciplinas dentro de las Ciencias Sociales. Asimismo, a pesar de haber alcanzado saturación teórica, es importante recalcar que esto no garantiza que los datos recopilados permitan representar a todas las demás antropólogas guatemaltecas que no fueron entrevistadas.

4.10 Consideraciones éticas

Debido a que la investigación requirió que las participantes recordaran y hablaran sobre sus experiencias personales al realizar investigación se identificó como riesgo potencial la posibilidad de que durante las entrevistas salieran a relucir temas y vivencias sensibles como acoso y violencia sexual. Esto podía haber producido malestar emocional en las participantes. Aunque durante las entrevistas no hubo momentos que necesitaran detenerlas o proporcionar seguimiento de acompañamiento psicológico, se diseñaron las siguientes medidas para minimizar el riesgo:

- Tanto cuando se contactó a las antropólogas para participar en las entrevistas como cuando se les presentó en el consentimiento informado (ver Cuadro 3 en el Anexo 10.2), se les explicaron los temas que se abordarían y que podían surgir durante las entrevistas, haciendo explícito el riesgo que podía significar su participación en la investigación.

- No se insistió en ninguna de las preguntas o ejercicios en caso de que las participantes no se sintieran en capacidad de continuar y se procuró recordarles que existía la opción de detener la entrevistas en caso de que lo consideraran necesario.
- Si las participantes llegaran a experimentar mucho malestar, se les indicó que la investigadora las podía contactar con una organización que les permitiera recibir apoyo psicológico directo y gratuito.

Por otro lado, este estudio no presentó ningún beneficio directo para las participantes. Sin embargo, el espacio de las entrevistas resultó ser una oportunidad valiosa de intercambio y desahogo para las entrevistadas, en el cual pudieron dialogar y compartir sus experiencias como antropólogas guatemaltecas. Además, respecto a los beneficios esperados de la investigación, se espera que esta pueda contribuir a la obtención de conocimientos y comprensión de la dimensión subjetiva emocional de las antropólogas de Guatemala y sus corporalidades cuando realizan investigación. Se espera que esto ayude a contribuir a que los hallazgos y recomendaciones en torno al tema puedan implementarse en iniciativas académicas de formación de otras antropólogas en el país, lo cual permita mejorar la experiencia de futuras profesionales al hacer investigación en Guatemala.

El poema de la antropóloga cuya conciencia despertó

Aquella familia y sus niños
están impregnados en mi corazón.

Son una luz, un horizonte,
que me ayuda a no olvidar.

Las montañas, la vida verde
me envuelve toda,
al igual que mi espiritualidad.

Mi despertar de conciencia,
el senti-pensar,
brillan en mi cabeza,
mis ojos y mi corazón.

Mi fortaleza
me atraviesa completa
con rojo, amarillo, blanco, negro,
verde y azul.

Mi amor y mi vocación
son flores de alegría,
y aunque a veces se marchitan,
por las frustraciones y tristezas,
siempre vuelven a florecer.

Hago antropología desde
el compromiso y la esperanza.
Quiero contribuir al florecimiento
de la vida.

5. RESULTADOS

Durante este capítulo exploraremos las diferentes formas en las que las antropólogas guatemaltecas experimentan sus emociones y cuerpos mientras realizan investigación. Es importante recordar que en este estudio se entenderá por investigación a toda aquella experiencia que vivan las antropólogas en cualquiera de las etapas de un proceso investigativo (desde el diseño, pasando por el trabajo de campo, hasta llegar a la etapa de análisis de datos y escritura). Haremos un recorrido desde sus primeros encuentros con la investigación hasta la actualidad.

Además, antes de comenzar, es importante aclarar que estos resultados corresponden a la experiencia de un grupo limitado de antropólogas, específicamente las 16 mujeres entrevistadas. Por lo tanto, cuando me refiera a “las antropólogas” durante el texto, me estaré refiriendo la experiencia compartida de aquellas antropólogas que forman parte de este estudio.

Esta sección nos presentará a antropólogas con fueguitos en el corazón, con carga en los hombros, con dolores en los pies. Nos permitirá aproximarnos a antropólogas tristes, frustradas y con miedo, pero también a antropólogas valientes, resilientes y felices. Comenzaremos por conocerlas en sus primeros encuentros con la investigación antropológica. Luego exploraremos qué significa para ellas poder entrar en personaje, para pasar después a entender las partes retadoras de hacer investigación. Por ejemplo, tener que escuchar y presenciar testimonios difíciles, así como cuestionar la propia disciplina que ejercen. Exploraremos, además, cómo se relacionan sus identidades con su quehacer investigativo, de qué forma la experiencia acumulada las cambia, y también los regalos que reciben de la investigación, como lo será el poder generar vínculos con otras personas. Descubramos entonces a esas antropólogas.

5.1 Los primeros encuentros con la investigación antropológica

En el caminar por la disciplina antropológica los primeros encuentros con la investigación se vuelven eventos importantes dentro de la trayectoria de las antropólogas. En especial, porque estos no solo tienen que ver con hacer investigación, sino que se relacionan también con el poder aprender a habitar una nueva identidad; con producir a una antropóloga. Al conversar con una antropóloga mestiza de 46 años sobre sus primeras investigaciones en la universidad llegó un momento en el que me explicó, precisamente, que para ella el fin académico de esas primeras experiencias tenía más relación con formarla a ella como antropóloga que con producir conocimiento: “El fin académico, más que yo producir, es producirlo a uno. Porque es producir al antropólogo, a la antropóloga. Es como que usted tiene que aprender y va a hacer esto. El fin es uno”.

Las primeras experiencias investigativas fueron algo sobre lo que reflexionaron en retrospectiva todas las antropólogas de este estudio. Hablaron sobre lo que significó para ellas experimentar algo nuevo y retador por primera vez, lo cual produjo emociones tanto agradables como no agradables, así como sensaciones corporales variadas, como mariposas

en el estómago y dolor en los pies. Estos primeros encuentros con la investigación antropológica se convierten en momentos que se recuerdan con mucha lucidez, al relatarlos no les es difícil a las antropólogas conectar con lo que estaban sintiendo en ese momento, tanto emocional como físicamente.

Las antropólogas comparten la emoción y el nerviosismo de enfrentarse al campo. Las primeras experiencias de trabajo de campo presentan retos grandes para las antropólogas como tener que confiar en ellas y sus habilidades, y superar los “nervios”. Pero también pueden representar una oportunidad para que ellas se conozcan valientes, libres; para descubrir las mariposas antropológicas en su estómago. El término “nervios” fue utilizado por seis de las 16 antropólogas para referirse a la experiencia de sentirse inquietas e inseguras por afrontar algo nuevo o retador. Las demás antropólogas utilizaron términos como miedo, ansiedad e inseguridad.

Una experiencia común entre las antropólogas fue el sentirse inseguras durante sus primeros trabajos de campo. Una de ellas habló, por ejemplo, de sentirse “un poco perdida, no sabía qué hacer exactamente” (Antropóloga mestiza de 26 años). Así, el enfrentarse a un nuevo contexto, el tener que aplicar herramientas y conocimientos, el tener que “tirarse al agua” como una de ellas lo describió, representa estar en una situación desafiante. De forma similar, una antropóloga mestiza de 50 años, al pensar en sus primeras investigaciones, se recuerda a sí misma de la siguiente forma:

Me acuerdo de mí súper tímida, “frikia”. Decía “yo aquí qué estoy haciendo”. Y estamos hablando de que eran encuestas en un mercado, o sea, no era nada. Ahora lo ves y no era nada complicado, pero para mí era un aprendizaje total.

Enfrentarse a la investigación también puede producir emociones encontradas. Hay ilusión, pero también nervios e inseguridad por adentrarte en un espacio nuevo. Como lo relata una antropóloga mestiza de 28 años:

Uno se siente como, bueno, estoy aprendiendo, no sé si estoy del todo lista o si tengo todas le herramientas o si voy a tener todas las respuestas de las cosas que vayan sucediendo en campo; pero también esto es muy emocionante, ¿no?, como el hecho de pensar que por fin vas a ir a campo, que vas a tener esa experiencia.

Para algunas ser una antropóloga en los inicios de su formación se siente como tener que demostrar todo el tiempo que tienen las capacidades necesarias para hacer investigación. Una antropóloga mestiza de 43 años lo relata de la siguiente manera, al hablar sobre lo difícil que ha sido para ella deshacerse de la inseguridad aún después de años de trayectoria antropológica:

Y esta cuestión que yo he estado tratando de irme sacudiendo, que surgió cuando yo empecé a hacer investigación, pero este sentimiento de que tenés que demostrar que podés, y que podés manejar la situación que te toque, porque si no lo hacés no estás hecha para esto. ¡Lo cual no es cierto! Yo sé que no es cierto, pero es algo que como que está metido ahí y que viene de esos primeros años.

Sin embargo, a pesar de que estas experiencias pueden resultar retadoras y sacar a relucir inseguridades, también les permiten a las antropólogas conocerse y reconocerse como

valientes y resilientes. Así lo confirma el siguiente relato de una antropóloga mestiza de 32 años:

Sin haber tenido mucha experiencia en investigación yo estaba haciendo una investigación sola. Entonces para mí eso también fue como un reto digamos, pero esos momentos ahora los veo para atrás y, o sea, son momentos de demasiado valor para mí ¿sabes? O sea, son procesos que yo pasé conmigo misma y nadie más lo sabe, a nadie más le importa por qué fue valioso para mí. Entonces creo que también eso tienen de positivo la antropología y el campo, porque implican retarte y conocerte a ti misma también. Porque te conoces resiliente, conoces tus fortalezas, reconoces lo valiente que puedes ser en algunas situaciones.

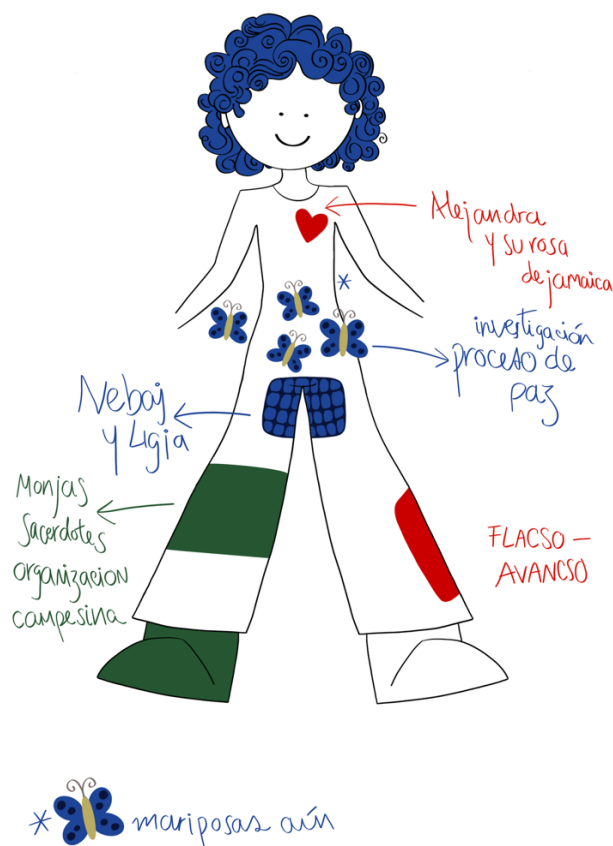
Para algunas, incluso, poder hacer investigación ha sido sinónimo de libertad. Una antropóloga ladina-mestiza de 55 años reflexiona sobre la liberación que representó para ella quehacer investigativo considerando la forma en la que había crecido:

Yo fui una niña vestida de muñeca. O sea, mi tía era la que me hacía mi ropa y yo, por ejemplo, usaba zapatitos de charol. De hecho, ni siquiera me dejaban usar el pelo suelto. Tenía que usarlo, así como agarradito, bien peinado, ningún pelito de fuera. Entonces, para mí, ir a campo, fue una liberación maravillosa. Me encantaba el hecho de poderme mover en los extremos.

Por lo tanto, las primeras experiencias de investigación generan en las antropólogas emociones variadas. El tener que afrontar desafíos nuevos y cambiar de espacio, por ejemplo, son elementos contextuales que contribuyen a generar emociones tanto agradables como no agradables. Así, las investigaciones se constituyen como el telón de fondo que da forma a la experiencia emocional. Encontrarse en una situación que requiere aplicar conocimientos y enfrentar cambios en la rutina cotidiana se convierten en elementos que informan la experiencia subjetiva emocional. Entonces, las investigaciones, en tanto eventos que experimentan las antropólogas, se enmarcan y significan desde la emocionalidad de cada una.

Sin embargo, los primeros encuentros con la investigación antropológica no solo se experimentan por medio de emociones sino también de la corporalidad. Exploremos entonces las sensaciones corporales que se generan durante estas experiencias. Para una antropóloga ladina de 52 años recordar sus primeros pasos por la investigación implica sentir en su cuerpo las mariposas en el estómago que surgieron en aquellas épocas y que también habitan en su cartografía corporal (ver Figura 1). Para ella, además, es importante seguir aferrándose a esas mariposas con el pasar de los años y después de ir acumulando experiencia, ya que es una forma de recordarse de la importancia de seguir sintiendo curiosidad y pasión por su quehacer antropológico. Es por lo que incluye también un asterisco que simboliza las mariposas aún.

Figura 1. Cartografía corporal: antropóloga ladina de 52 años



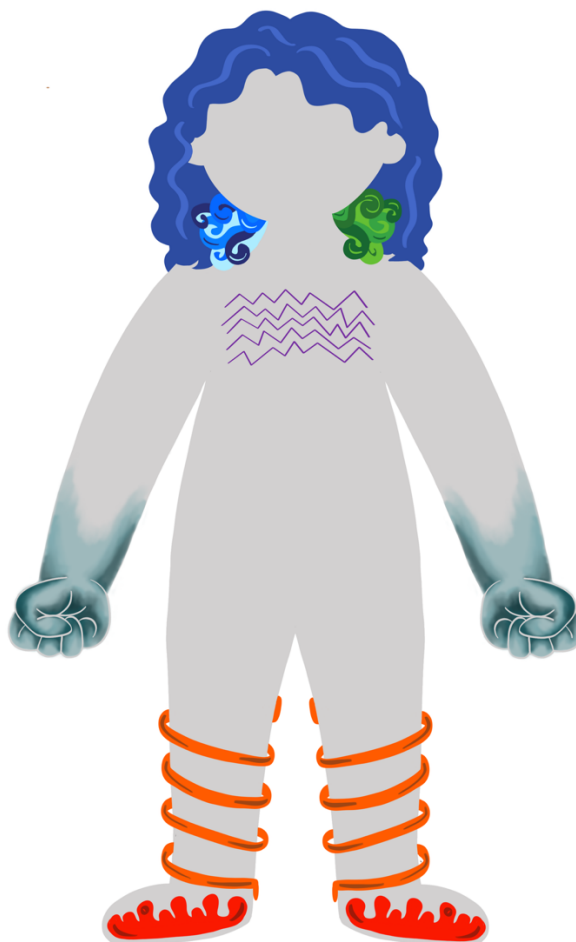
Nota. Las mariposas en el estómago representan curiosidad por la investigación antropológica. Surgieron en las primeras experiencias de trabajo de campo y se aferra a sentirlas aún, he ahí el porqué del asterisco.

(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Por otro lado, la investigación también es físicamente desafiante y demandante. Algunas requieren que la antropóloga camine mucho y esto provoca dolor físico. Por ejemplo, una antropóloga mestiza de 28 años relata: “Del campo una regresa cansada. Se refleja en tu cuerpo ese cansancio. Hay campos en los que toca caminar muchísimo, hasta que te duele la planta de los pies porque pasaste todo el día parada; es agotador”.

El dolor de pies es un elemento que múltiples antropólogas mapearon dentro de sus cartografías corporales, un ejemplo de ello se muestra en la Figura 2. En esta cartografía una antropóloga mestiza de 50 años representa con el color rojo el dolor que le provoca caminar mientras realiza investigación.

Figura 2. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 50 años



Nota. El color rojo en los pies representa el dolor que surge en esa parte de su cuerpo por caminar mientras está realizando investigación. Por otro lado, el color verde de detrás de su cuello representa su primer trabajo de campo.

(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Los primeros encuentros con la investigación también se pueden guardar en el cuerpo. Para algunas antropólogas estos habitan en su estómago o corazón, por ejemplo. Dentro de la cartografía de esta misma antropóloga mestiza de 50 años, el color verde que está ubicado detrás de su cuello representa su primera investigación. La siente en el cuello, ya que ahí ubica el sentirse un poco “perdida” porque no sabía del todo qué estaba pasando y qué debía hacer.

Esta exploración por la dimensión corporal ilustra que los primeros encuentros con la investigación antropológica generan también sensaciones corporales. Estas sensaciones pueden ser de dolor físico, pero también de otra naturaleza, como las mariposas en el estómago. Además, las experiencias pueden quedarse guardadas en sus cuerpos, como lo demuestra el último caso expuesto. Así, las investigaciones interactúan con los cuerpos de las antropólogas y se encarnan en ellos; son eventos que generan experiencia corpórea.

A partir de los testimonios presentados a lo largo de esta sección, se evidencia que los primeros encuentros con la investigación antropológica generan experiencia emocional y corporal. Experimentan emociones relacionadas a su quehacer investigativo, las cuales pueden ser agradables, como el experimentar libertad, y no agradables, como experimentar inseguridad. Además, estos eventos se quedan grabados en sus cuerpos y pueden llegar a producir, incluso, dolor físico. Así, cuando las antropólogas relatan estos eventos también recuerdan cómo se sintieron emocionalmente y cómo percibieron a sus cuerpos en esos momentos.

5.2 Entrar en personaje

Ya que exploramos las primeras experiencias en investigación de las antropólogas, ahora podemos entender qué significa para ellas entrar en personaje. Esto implica adaptarse al contexto en que realizan investigación, significa habitar la identidad de una antropóloga, la cual se diferencia de su cotidianeidad. Aunque de las 16 participantes solamente cinco abordaron este tema, de igual forma sus testimonios comparten elementos que resultan valiosos para aproximarse a la experiencia de ser antropóloga. Porque, así como lo indica una antropóloga mestiza de 46 años, hacer investigación no solo requiere que las antropólogas se cambien de ropa, sino que ellas mismas se transforman también: “El personaje se pone en una posición. Es como la ropa de campo, una tiene su ropa de campo y tiene su psique de campo”.

Entrar en personaje no significa dejar de ser ellas mismas, sino habitar una versión de ellas que les permita hacer investigación en el contexto en el que se encuentran. El repertorio de personajes se vuelve tan amplio como lo requieran los cambios de espacio y contexto en los que realizan investigación. Significa ser flexibles y creativas para poder adaptarse al entorno en el que se encuentran. Esto se debe a que su quehacer investigativo implica muchas veces adentrarse en contextos ajenos a su cotidianeidad y cambiar por completo la rutina a la que estaban acostumbradas.

Entrar en personaje puede resultar desafiante, ya que exige habitar una identidad diferente. Significa hacerles frente a incomodidades que van desde tener que acostumbrarse a una temperatura diferente hasta tener que cambiar lo que comen. Para algunas, incluso, este desafío significa tener que salir de la introversión⁷. En palabras de una antropóloga mestiza de 28 años:

Cuando vas a campo es como si fueras otra versión de ti. Porque estando en campo siento que me permito, no sé si me permito, pero me desafío un poco a salir de la introversión. Y a conversar más con la gente, acercarme más. No sé, como que siento que una se pone como en esos zapatos de antropóloga y entendés que, bueno, estás en campo y que te tenés que acercar a la gente. [...] Es algo que me gusta, es algo que disfruto y que puede ser agotador, sin duda.

⁷ La introversión puede definirse como una dimensión o rasgo de la personalidad que se inclina más por el mundo interno, es decir, por lo reflexivo e introspectivo en comparación con lo interactivo y orientado hacia lo exterior (Janowski, 2001).

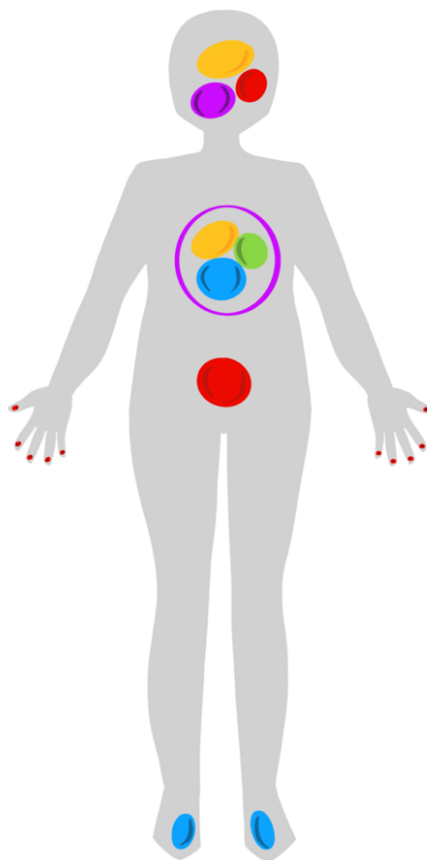
Entrar en personaje significa habitar la identidad de una antropóloga que se ajusta al contexto en el que está haciendo investigación. Es como ponerse y ocupar un par de zapatos distintos a los que utilizan durante su cotidianeidad. Estos zapatos tienen que permitirles caminar en lugares hasta ahora desconocidos e interactuar con personas hasta ahora desconocidas. Habitar la identidad significa poder adaptarse a las exigencias de los lugares en los que hacen investigación. Una antropóloga que se autoidentifica como *whitemalan*⁸ de 51 años, con quien pude realizar investigación antropológica en Petén, me describió este proceso de la siguiente manera y nombrándome a mí como ejemplo dentro de esta obra:

Tenés que habitar la identidad para poder estar en esa identidad. Y para mí, eso es como la habilidad de la antropóloga, es animarte a habitar esa identidad para poder estar ahí sin olvidar que estás aprendiendo, sin olvidar que estás jugando un rol, estás en un personaje [...] Y conmigo vas a ser una Marcia y en La Técnica eras otra Marcia. Tú intencionalmente escogiste la Marcia que querías ser en La Técnica, que no necesariamente es tu Marcia de todos los días, y te funcionó. Entonces esa es una prueba de que tu personaje Marcia en La Técnica funciona y ahora poder ser personaje Marcia en otros lugares, y todo el miedo escénico se te quita en el momento en que empezás a jugar tu rol y la gente reacciona bien a lo que tú estás haciendo. Y al principio tal vez no estás muy segura, pero luego estás ahí habitando ese personaje y te va bien. Entonces tiene mucho que ver también con cómo construir tu seguridad en ti misma.

Además, entrar en personaje tiene efectos en el cuerpo. En su cartografía corporal y como se muestra en la Figura 3 una antropóloga mestiza de 43 años ubicó en sus dedos los “nervios” que le genera tener que entrar en personaje y hacer cosas como facilitar entrevistas o grupos focales. El color rojo representa el dolor físico que atraviesa cuando se pellizca los dedos debido al nerviosismo que siente en esas situaciones.

⁸ El término “whitemalan”, que surge del término “whitexican”, busca describir a las personas que ostentan una posición de privilegio y poder en el sistema étnico, racial y de clase en Guatemala, el cual privilegia la blanquitud y las clases sociales altas. Para profundizar en el tema consultar el artículo “Whitexican: hacia una definición crítica” de Alfonso Forssell Méndez.

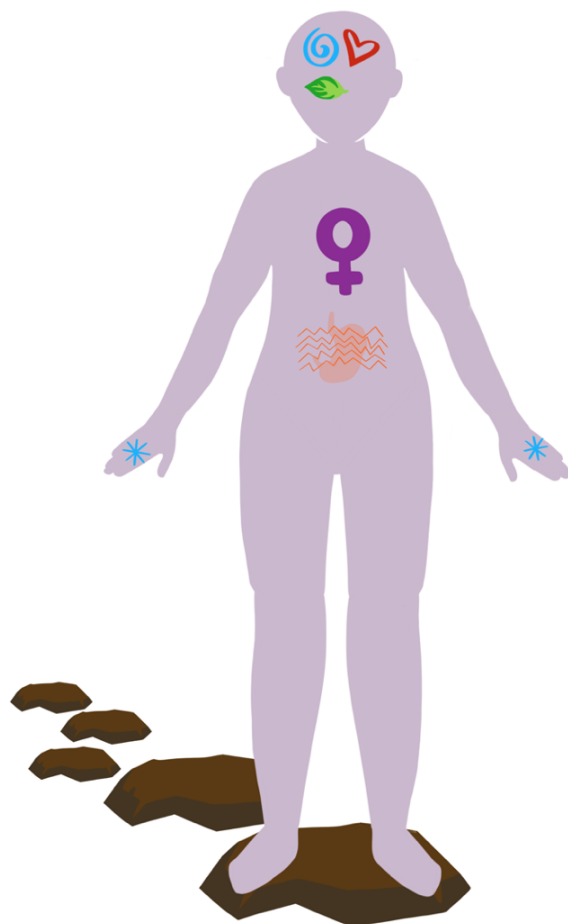
Figura 3. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 43 años



Nota. El color rojo en los dedos representa el dolor que siente en ellos cuando se los pellizca al experimentar “nervios” mientras realiza investigación.
(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Como otro ejemplo encontramos la cartografía de una antropóloga mestiza de 28 años. En sus manos colocó asteriscos celestes que representan el dolor que experimenta en ellas cuando escribe mucho en sus cuadernos de campo (ver Figura 4). Así, el entrar en personaje también requiere realizar acciones como escribir todo lo que se observa y piensa, algo que se diferencia de lo que se realiza en el día a día.

Figura 4. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 28 años



Nota. Los asteriscos en las manos representan la relación que tienen con su quehacer investigativo y el dolor que ha llegado a experimentar en ellas por escribir mucho. Por otro lado, el símbolo que se encuentra en su pecho representa la importancia que para ella adquiere ser mujer en su quehacer investigativo y en su lucha por los derechos de las mujeres.
(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Durante esta sección hemos explorado a antropólogas que se adaptan al entorno en el que realizan investigación por medio de adueñarse de un personaje determinado. Este personaje les permite adecuarse a las exigencias de la situación. Lo hacen, por ejemplo, al atreverse a salir de la introversión para interactuar y conversar con las personas de los contextos que estudian o al desarrollar habilidades para poder adaptarse al contexto. Entrar en personaje resulta una experiencia retadora y que requiere de flexibilidad, además de reflejarse también en la corporalidad de las antropólogas por medio de diversas partes de cuerpo como los dedos, como es el caso de la antropóloga que se los pellizca mientras realiza entrevistas, o las manos, como el caso de la antropóloga que escribe mucho en sus cuadernos de campo.

5.3 La carga

Andar el camino de la antropología no es fácil, ya que las antropólogas van recogiendo diferentes cargas en su camino. Esto debido a que hacer investigación significa escuchar testimonios e historias de vida dolientes. Significa presenciar realidades sumamente desiguales e injustas. Y todo ese dolor e injusticia no pasan desapercibidas por las antropólogas y sus cuerpos.

La “carga” fue mencionada por todas las antropólogas de este estudio y representa todas las historias y realidades dolorosas, de personas que generalmente están en condiciones de vulnerabilidad, que ellas han escuchado, presenciado y acompañado. Estas historias y realidades se quedan con ellas, por medio de recuerdos que generan emociones y sensaciones corporales. Es como recoger algo que pesa en el camino y no soltarlo, y tener un recordatorio constante de aquello que fue difícil de presenciar. Ocho de las 16 antropólogas la nombraron con ese nombre: “carga”, mientras que el resto utilizó expresiones como tristeza y frustración para nombrar aquello que sienten mientras presencian realidades difíciles de afrontar. Esta “carga” se relaciona con estudiar contextos injustos, y la forma en que esas historias se quedan con ellas. Y esto llega a producir emociones como culpa, tristeza y enojo, las cuales luego se sienten en el cuerpo por medio de, por ejemplo, dolores en la espalda o presión en los hombros.

Esta sección permite entender que una antropóloga no sale ilesa después de culminar procesos investigativos. Porque en palabras de una antropóloga ladina de 52 años, hacer investigación “sacude” a las antropólogas:

El trabajo de campo para mí, antes que todo, ha sido un espacio temporal que me ha permitido ponerme en duda. No solo como investigadora, sino como persona. Y muchas veces me ha sacudido, me ha sacudido el trabajo de campo, me ha sacudido y me ha llevado a momentos de profunda desolación y otros de mucha alegría, pero sobre todo esto de ponerte en duda a ti misma. Tienes que tener bastante coraje para entrar al trabajo de campo y ponerte en el límite no solo del espacio donde estás, pero de lo que sos. Yo creo que cuando las personas se toman en serio el trabajo de campo, hay un momento en que no hay persona que salga ilesa de un trabajo de campo a nivel personal. Nos toca de distintas maneras, pero nos toca.

Para una antropóloga ladina-mestiza de 46 años la tristeza se pega entre personas. Se le pega a ella cuando está haciendo investigación y luego eso produce miedo de poder pegársela a alguien más si llegara a hablar sobre lo que presenció y escuchó:

Y por los temas que trabajo, que son generalmente testimonios tristes, gente que enfrenta problemas políticos y todo eso, sí, a veces me produce como melancolía o como una especie de, como que me quedo trabada, no avanzo, porque me quedo ahí como pensando en la vivencia de la gente. Si estoy en campo, quedándome a dormir ahí, sin venir a mi casa, suelo tener miedo a las noches, dormir mal. Siento que a veces se me pegan las tristezas de la gente. Así, literalmente, sería como que se me pega el sufrimiento de la gente. También está el daño no decidido que se hace a las personas al pedirles que cuenten su vida. Haber abierto como una herida en las personas me deja como preocupada siempre. Entonces sí, creo que voy arrastrando, como que llevo en mi

espalda muchas historias tristes y las llevo conmigo y me afectan, y siento que es una carga y que casi no tengo con quién compartirla. Casi nunca comparto con gente, a veces con mi novio algunas tristezas, y hay otras que pienso que no porque pienso que las historias dramáticas, así como extremas de sufrimiento, como que se pegan, entonces contarlas también es como pegarle la tristeza a otro. Entonces mejor me las guardo yo.

Esta misma antropóloga de 46 años, ubicó el daño que le produce presenciar el dolor de las otras personas dentro de su cartografía corporal (ver Figura 5). Para ella este dolor se siente como flechas que atraviesan sus músculos y piel.

Figura 5. Cartografía corporal: antropóloga ladina-mestiza de 46 años

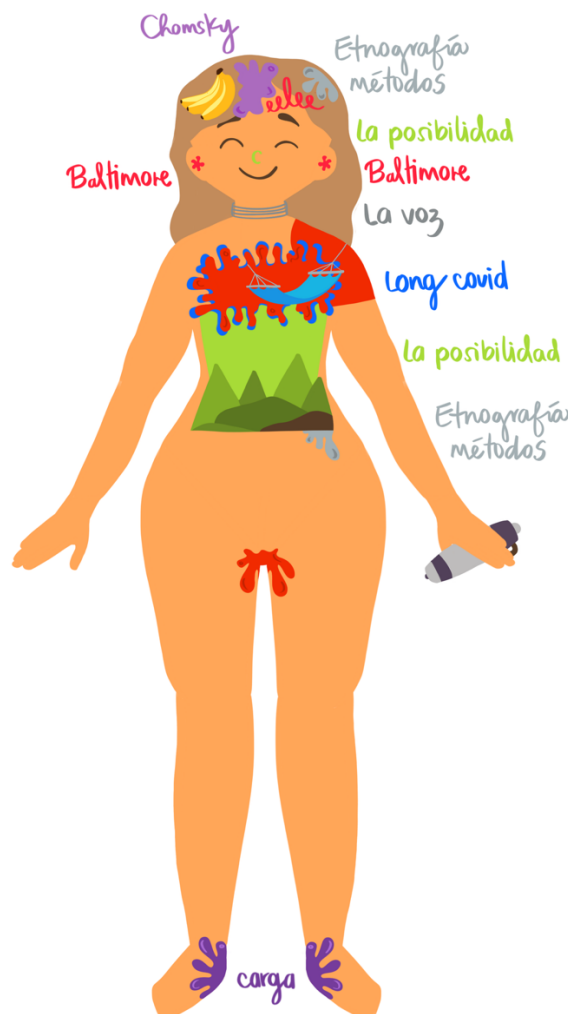


Nota. El daño está representado por las flechas que atraviesan su piel y músculos. Ella acompaña el dibujo con las siguientes palabras: “Me lastima el dolor de otros/otras”.
(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Para una antropóloga *whitemalan* de 51 años la “carga” se guarda específicamente en su hombro izquierdo (ver Figura 6), ya que ahí se queda la sensación de culpa que le genera no poder hacer más por las personas:

Tengo un problema en el hombro izquierdo desde hace un montón de años. Y que, conforme voy creciendo, como que se va expandiendo. Y siento que es un elemento emocional en el hombro izquierdo, que es donde me cae la carga. Y entonces, a veces pienso como que lo negativo de mi ser, que es sentir culpa, o sea, lo principal: siento que le fallé a la gente. Porque siempre estoy pensando que le fallé a la gente, se viene aquí (al hombro izquierdo). Entonces creo que esta es la parte más difícil de hablar y es que no sé si algún día voy a dejar de sentir culpa.

Figura 6. Cartografía corporal: antropóloga *whitemalan* de 51 años



Nota. Para esta antropóloga la “carga” se queda en su hombro izquierdo y por eso lo coloreó con rojo, es ahí donde ella considera que se queda la culpa por no haber podido hacer más.
(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Estas emociones no agradables también pueden llegar a paralizar. Así lo confirma el siguiente testimonio de una antropóloga mestiza de 43 años. Ella explica lo que le pasó después de haber presenciado el caso de una mujer a quien le había dado Zika durante el embarazo y que, como consecuencia de la enfermedad, su bebé había nacido con microcefalia:

Y la actitud del esposo cuando vio a la bebé fue de decir “yo no me hago cargo de esta niña, esta no es mi hija”, y las abandonó. Fue horrible y sobre todo porque el tiempo que ella estuvo ahí, la bebé lloraba constantemente, pero era un llanto como de desesperación, y ella le trataba de dar de comer y por su condición ella no podía, no podía comer bien. Entonces, costaba un montón que comiera y era como unos llantos tan, tan angustiosos. Y yo a veces pienso en ella, yo no sé si esa bebé logró sobrevivir o no. Pero me acuerdo de que esa tarde regresé al hotel donde nos estábamos quedando y lloré, y era una rabia, o sea, todavía me enoja. Fíjate que no pude, no pude procesar los datos. Me atrasé como una semana porque no podía y me enojaba, y cada vez que empezaba a analizar los datos de los grupos focales me enojaba tanto y no, no podía ver con claridad las cosas.

La “carga” se vive de otras formas corporales también. Como lo expresa una antropóloga mestiza de 25 años, en ella la carga produce reacciones corporales como el llanto:

Al final siempre nos quedamos con cositas que no nos pertenecen y nos toca sobrellevar todo ese cúmulo que entre entrevistas y entrevistas se va acumulando. Porque nos llevamos cosas que no nos pertenecen. Por ejemplo, puede que después de un día de entrevistas abordando violencia llego a mi casa a llorar porque solo no puedo y porque también me siento impotente de no poder hacer nada más que la antropología.

Además, la “carga” no solo se recibe cuando se realiza trabajo de campo, sino también en otros tipos de investigación, como el trabajo de archivo. El hecho de estudiar fuentes archivísticas de eventos pasados puede generar frustración, ya que hace aún más difícil visualizar cambios en la realidad. Así lo relata una antropóloga ladina de 58 años:

Lo que estás produciendo son cosas inertes, que están ahí, que las estás evidenciando, pero evidenciarlas no va a cambiar nada, ni ahorita y mucho menos en un momento pasado que ya no existe; solo es así. Y solo puedes ver que esta carga la estoy recibiendo en un presente que se expresa política, económica y socialmente. Llega toda esa carga y sabes que sos parte de esto y que, de alguna manera afecta, te afecta, pero no podés hacer nada al respecto. La frustración, sobre todo la frustración.

Para una antropóloga mestiza de 46 años la “carga” se siente en la espalda, como si llevara una mochila muy pesada, y así lo plasmó dentro de su cartografía corporal (ver Figura 7). También la siente en su estómago, como un torbellino. El color amarillo representa la responsabilidad que siente esta antropóloga y la duda constante de no saber si hizo suficiente, por otro lado, el color rojo representa el enojo que tiene hacia la antropología.

Figura 7. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 46 años



Nota. La “carga” la lleva en la espalda (representada por la mochila) y en el estómago (remolino).
(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Al igual que la sección inicial de este capítulo sobre los primeros encuentros con la investigación antropológica esta sección permite conectar a las emociones de las antropólogas con sus cuerpos. Esto ya que la “carga” produce emociones como tristeza y culpa que luego se ven reflejadas también en dolores y sensaciones corporales en partes como los hombros y la espalda. Así, el cuerpo y las emociones se conectan.

Además, la “carga” produce emociones no agradables como frustración y enojo que también llegan a pesar en el cuerpo de las antropólogas y producir reacciones como el llanto. La “carga” nos recuerda que las historias de las personas no desaparecen de la vida de las antropólogas después de terminar una entrevista o un grupo focal, sino que se quedan con ellas tanto de forma emocional como corporal. Entonces, lo que ocurre mientras realizan investigación no funciona como un ruido de fondo, es más bien un elemento importante para entender sus vivencias.

5.4 Las crisis

Las mismas realidades desiguales e injustas con las que las antropólogas cargan, también conducen a crisis sobre su quehacer antropológico. Las crisis para las antropólogas son momentos de cuestionamiento profundo sobre su práctica investigativa, sobre si la antropología es suficiente. Se preguntan por qué seguir hacer investigación antropológica. Las antropólogas se ven atravesadas por cuestionamientos internos sobre si la antropología está aportando o solamente extrayendo, si las investigaciones están siendo responsables o no con las personas. Y esto evoca emociones como impotencia y frustración. Las antropólogas se sienten interpeladas por las realidades que estudian y atraviesan fases de escepticismo respecto a la relevancia que realmente pueda tener hacer investigación.

Más de la mitad de las antropólogas entrevistadas (11 de las 16) mencionaron de una forma u otra la crisis como parte de su trayectoria antropológica. Para una de ellas la crisis significó pelearse con el trabajo de campo por un tiempo, para otra significa “tener crisis existenciales cada mes”. Lo que comparten quienes tienen crisis con la antropología es la experiencia de tener que reflexionar sobre si quieren seguir haciendo investigación y qué tipo de investigación quieren hacer, lo cual produce emociones como frustración e impotencia. Esto se relaciona con la importancia que le dan al trabajo que hacen y las personas con las que se relacionan.

En el caso de una antropóloga ladina-mestiza de 46 años una de estas crisis la llevó a alejarse del trabajo de campo y dedicarse por un tiempo a hacer solamente trabajo de archivo. Esta crisis venía acumulándose, empezó a surgir después de hacer entrevistas con población maya en Rabinal y San Martín Jilotepeque, y alcanzó un pico después de haber trabajado con hombres jóvenes en un Centro de Prevención para Menores. Ella describe ese proceso de la siguiente manera:

Tenía una sensación de impotencia espantosa de estar solo como documentando vidas sufridas y no tener como chances reales de ayudar en cosas concretas. Sentía como que el trabajo de campo era extractivo, puramente útil para hacer una carrera. Entonces pensaba que realmente yo no estudié antropología para eso, no tiene nada que ver con mis objetivos. Luego, justamente por lo traumático de la experiencia con los hombres jóvenes, entré en una crisis de que la antropología no aportaba nada concreto a las poblaciones. Decidí ya no tener esa relación con poblaciones y mejor dedicarme a hacer archivo por un tiempo.

El conflicto interno con la antropología atraviesa también procesos personales que se relacionan con el tipo de antropología que se hace y el modelo de antropóloga con el que se crece. Para una antropóloga mestiza de 32 años, la crisis representó darse permiso de ser una antropóloga que trabaja en temas de publicidad y mercado. Porque, aunque reconoce y reafirma que desde el espacio en que ejerce la antropología también puede aportar, para ella resultó difícil separarse del ideal de antropóloga que había construido para ella misma. Por lo tanto, describe este proceso como algo que provocó mucho dolor:

En algún punto también fue un dolor como muy personal, en el sentido de que le estoy fallando a mi antropóloga interna, ¿sabes? Como ese choque de identidad profesional para mí, porque claro, yo sí entré a la carrera de Antropología con una visión súper

altruista. Y, cabal, como que toda la carrera de Antro era conocer diferentes líneas de la Antropología, pero siempre con un sentido aplicado de buscar solucionar problemas. Y cuando llegué a publicidad no fue eso. Además, yo entré a publicidad porque necesitaba pagar mi renta, yo nunca busqué trabajar en publicidad. No lo vi de ninguna manera como certero, nunca tuve alguien que me asesorara. Entonces sí, fue un paso, por eso lo digo, doloroso. Primero: afronté los retos de aprender porque yo no sabía nada. Segundo: este conflicto ético de que no estoy ayudando. Pero de cierta forma tengo mi aporte a la sociedad.

Por otro lado, las crisis no solo se dan con la antropología, también pueden ser debates internos relacionados al conocimiento y que se relacionan con la oportunidad de ser pacientes con ellas mismas. Tal como lo relata una antropóloga mestiza de 46 años:

La antropología para mí genera crisis. Un debate interno permanente de no saber nada, que creo que es la sensación más horrible y más hermosa que existe, o el sentir el vacío, decir de verdad yo no sé nada. A mí me gusta sentir el vacío, bueno, el vacío existencial no me gusta sentirlo, pero el vacío de conocimiento sí. Es como ese *shock* de esto es algo que no había pensado, algo que no había comprendido esta forma. Yo pienso como buena experiencia de campo cuando mi cerebro solo se calla y es así como que estuviera el subtítulo de “Oh, por Dios”. Tal vez es la oportunidad de asombrarse. Mi persona de investigación antropológica, de campo antropológico, sí tiene mucha capacidad de dejar sus supuestos. Que es muy distinta de mi yo en mi diario vivir. Como buena nerda crónica, en mi diario vivir creo que me exijo a mí misma saber cosas, no me tengo mucha paciencia, pero en campo es diferente. Y luego claro que hay crisis que sí son devastadoras, hay algunas que son devastadoras porque simplemente uno no puede hacer nada ni para responderla ni para cambiarla.

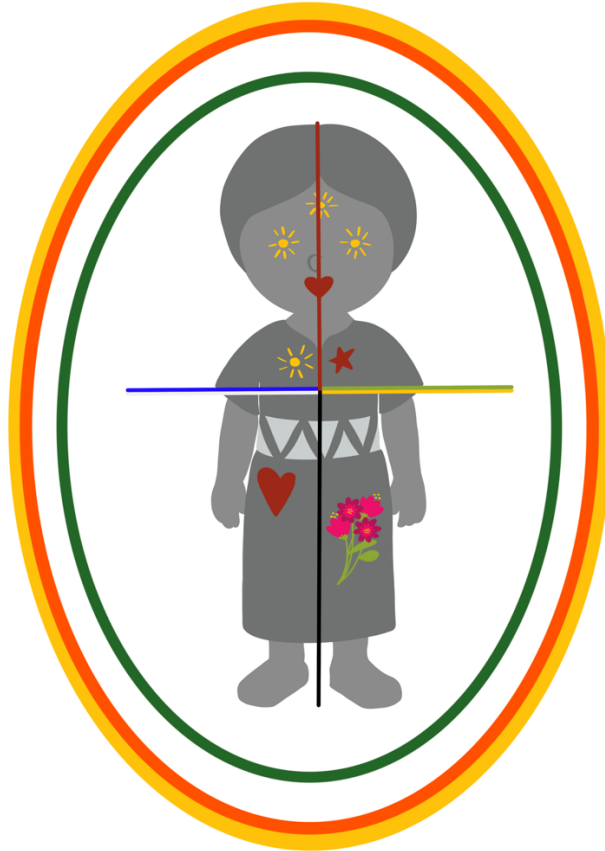
Sin embargo, las crisis no duran para siempre, encuentran resolución. El pasar del tiempo contribuye a ello. Las trayectorias de antropólogas con muchos años de experiencia demuestran que las crisis se superan, como lo ejemplifica el siguiente testimonio de una antropóloga ladina-mestiza de 46 años:

Esas son las crisis que he tenido en varias ocasiones. Pero ahora pienso que mis objetivos son más limitados y ya no tengo la idea de que tengo que cambiar y ayudar y apoyar, y como que son objetivos más delimitados, así como quiero apoyar en algunas cosas más sencillas, más concretas. Y ya no tengo ese como instinto mesiánico, tal vez, de salvación y de búsqueda de cambio social grande, sino como algo un poco más sencillo. Incluso ya no me molesta como entender que tal vez no puedo colaborar en nada y pienso que un texto puede influir como a largo plazo a otras generaciones, pero no inmediatamente.

Además, las resoluciones a las crisis se sienten en el cuerpo, como lo demuestra la cartografía corporal de una antropóloga maya kaqchikel de 62 años quien dibujó flores dentro de su silueta corporal (ver Figura 8). Las flores representan cómo la investigación antropológica le da alegría, esperanza y afectividad. Sin embargo, al igual que las flores, esas cualidades se pueden llegar a marchitar por las tristezas y frustraciones. Pero ella recalca que las cualidades positivas, a pesar de las crisis, vuelven a regresar y a florecer. Así, para ella las crisis no duran para siempre, sino que después de un tiempo se convierten

en emociones agradables. En este caso las flores son una metáfora que ejemplifica cómo el hacer investigación tiene altibajos, es decir, momentos agradables y otros no agradables.

Figura 8. Cartografía corporal: antropóloga maya kaqchikel de 62 años



Nota. Las flores representan regalos que le da el hacer investigación, las cuales, a pesar de que en temporadas de crisis se marchitan, siempre vuelven a florecer.
(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Esta sección ha ejemplificado cómo el hacer investigación viene acompañado de cuestionamientos profundos para las antropólogas. Así la antropología como disciplina y la investigación como práctica interactúan con las emociones y corporalidades de las entrevistadas. Como resultado ellas experimentan impotencia, frustración y dolor emocional. Sin embargo, a pesar de ello, las crisis no duran para siempre, sino que alcanzan resoluciones. Así, las aspiraciones que tienen estas mujeres asociadas a su quehacer investigativo se convierten en un elemento que informa sus vivencias.

5.5 Identidades e interseccionalidad

Las antropólogas no solo son antropólogas, también tienen muchas otras identidades que dialogan y se relacionan con el hacer investigación. Esas identidades incluyen ser mujeres, ser adultas jóvenes, ser antropóloga mayas o ladinas/mestizas. Y se relacionan las unas con las otras de forma interseccional. Es decir, aquellas diferentes relaciones de poder que

atraviesan a las antropólogas se expresan en sus vidas y cuerpos de forma simultánea, inseparable y entrelazada (Settles y Buchanan, 2014; Vides, 2018).

Las identidades que conforman a las antropólogas interactúan con las emociones que experimentan y la forma en que viven sus cuerpos mientras hacen investigación. Ya que, como plantea una antropóloga mestiza de 46 años: “[...] la antropología es algo que hacemos, es una disciplina que nos provee herramientas, pero no es todo lo que somos”. Exploremos entonces cuáles son esas identidades y de qué forma se relacionan con las antropólogas guatemaltecas.

5.5.1 Ser antropóloga mujer

Ser antropóloga mujer tiene implicaciones importantes en la forma en la que se experimenta la investigación, ya que se investiga desde un cuerpo de mujer, un cuerpo sexuado. Para 13 de las 16 entrevistadas ser una antropóloga mujer significa sentirse en peligro o sentir preocupación y miedo por llegar a estar en peligro mientras realizan investigación. Estas antropólogas se ven enfrentadas a una realidad en la que sienten que ellas y sus cuerpos pueden ser violentados. Una antropóloga ladina-mestiza de 46 años lo nombró así:

Yo pienso que ser una mujer antropóloga haciendo campo en donde sea es igual a peligro. Sobre todo si está sola, pienso que con alguien más no, pero estando sola es como fuente de dudas, de potencial seducción, de preguntas, interrogantes. Es muy llamativa, y más una mujer que dice “Soy antropóloga, estoy haciendo trabajo de campo” tiene la mirada masculina encima.

El miedo a que pase algo que las violenten se vuelve algo latente. Sienten miedo sobre que las secuestren, que las violen, que las violenten de cualquier forma. Una antropóloga ladina de 52 años considera que ese miedo se relaciona con que ser una mujer haciendo antropología también implica ser una mujer con un alto grado de libertad en una sociedad que las prefiere cohibidas:

Siempre voy a campo con un poco de nervios, un poco como de miedo también. Porque al final soy una mujer. Y hay lugares, yo diría que la mayoría de lugares en Guatemala, donde una mujer con esos niveles de libertad y de agencia, de que, no sé, ande ahí viajando sin que nadie la acompañe, todas esas cosas no siempre se toman de buena manera. Y en mi experiencia hay personas que intentan como regresarte a lo que ellos creen que es tu lugar. Y eso siempre me da un poco de miedo, porque no sé qué me va a esperar.

Además, significa estar pendiente de los lugares que deben evitar y los horarios en los que no deben salir. Significa buscar estar acompañadas o evitar estar a solas con un hombre. Significa tener que cuidarse de la forma en la que las perciben, de no dar mucha confianza. Incluso, tener que estar pendientes de cómo garantizar su seguridad se convierte en un esfuerzo mental adicional: “Porque, claro, no solo estás pensando en tu trabajo de investigación, sino que paralelo a eso tienes que estar todo el tiempo pensando en cómo cuidarte a ti, y cómo no exponerte; cómo tener ciertos límites” (Antropóloga mestiza de 28 años).

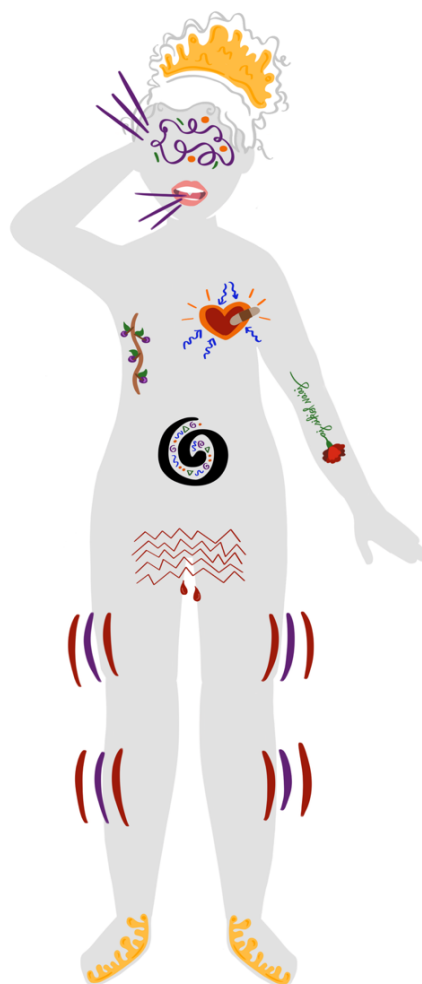
El tener que estar pensando todo el tiempo en el peligro que implica ser una mujer haciendo investigación antropológica se vuelve una limitante. De acuerdo con una antropóloga ladina de 52 años estas limitantes se relacionan con habitar un cuerpo femenino que puede violentarse: “En Guatemala siempre buscábamos ir de dos en dos cuando hacíamos trabajo de campo. Son limitantes que, por género, por el mismo cuerpo de las mujeres, como un cuerpo que puede violentarse, no puedes eludir”. Además, las antropólogas enmarcan estas restricciones y emociones dentro de un sistema de dominación masculina. Por ejemplo, una antropóloga mestiza de 32 años relata lo siguiente:

Creo que una siempre es más vulnerable que un hombre por cómo hemos sido tratadas las mujeres en nuestra sociedad históricamente. Entonces siento que siempre sí o sí somos más vulnerables en campo, simplemente por ser mujeres. [...] Y creo que sí es también muy fuerte que eso detona muchísimas cosas: eso detona el no podés ir sola, eso detona el “tapáte”, eso detona el “es que tú diste pauta a que pasaran cosas”. Entonces creo que la implicación más grande es que somos más vulnerables.

El peligro también habita en los cuerpos de las antropólogas. En su cartografía corporal (ver Figura 9) esta misma antropóloga de 32 años nombró y ubicó dentro de su figura, por medio de líneas con picos, a su chakra raíz y lo describió como un punto muy vulnerable, ya que puede llegar a sufrir una violación. Representó, además, su menstruación, estableciendo que:

[...] en campo es súper fuerte menstruar, y es algo que no siempre se habla. Y es bien difícil y es doloroso porque son días que una ni se quiere levantar y te tenés que levantar a entrevistar o a guiar un grupo focal. Yo valoro y respeto mucho mi menstruación, pero en campo a veces no tenemos el tiempo de respetarla y respetar nuestro tiempo menstrual.

Figura 9. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 32 años



Nota. Las líneas con picos representan una zona vulnerable a ser violentada por medio de una violación. Y las gotas de sangre representan su menstruación.
(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Por lo tanto, para las entrevistadas el ser una antropóloga haciendo investigación es sinónimo de sentirse en peligro. Lo cual las obliga a estar alerta y ser cuidadosas son los lugares que visitan, con quiénes se relacionan y las horas en las que salen. Esto resulta en sentimientos de miedo constante y percepciones de sus cuerpos como vulnerables a ser violentados de diferentes maneras.

5.5.1.1 Acoso

Los testimonios recolectados durante esta investigación demuestran que las antropólogas pueden llegar a sufrir de acoso sexual mientras realizan investigación. El acoso sexual puede definirse como “una conducta no deseada de naturaleza sexual que hace que la persona se sienta ofendida, humillada y/o intimidada” (Organización Internacional del Trabajo [OIT], s. f., p. 1). Además, el acoso sexual puede incluir comportamientos de naturaleza física, verbal y no verbal (OIT, s. f.).

Durante el estudio, cinco de las 16 antropóloga relataron haber sufrido acoso sexual mientras realizaban investigación. Para ellas estas experiencias significaron experimentar emociones no agradables como el miedo, enojo e incomodidad. Estos testimonios demuestran que hacer investigación antropológica siendo mujer también puede implicar exponerse a comentarios u acciones que puedan violentar su ser.

Una antropóloga ladina-mestiza de 24 años relata que mientras realizaba la sistematización de un congreso, recibió un comentario no deseado de parte de un hombre y eso la hizo sentir incómoda. Además, ella reafirma que como antropólogas mujeres les toca moverse en entornos hostiles:

A mí me parece como muy fuerte que seamos tantas mujeres en antropología y que al mismo tiempo nos tengamos que mover en entornos tan hostiles. Sí, hostil desde lo más leve hasta cosas como que estás en peligro físico y así. Pero, por ejemplo, que no creo que sea tan hostil, pero cuando en el congreso un señor se me acercó y me preguntó que si era hija de no sé quién y no entendí de qué me estaba hablando. Y después me di cuenta de que el punto de esa conversación era que yo me parecía a una actriz como porno. Entonces como que esos comentarios no sé a qué vienen en la conversación y una se pone un poco incómoda.

Además, el acoso sexual también puede venir de parte de un docente. El espacio temporal del trabajo de campo y la posición de autoridad y poder de un docente complica el poder accionar ante el acoso. El testimonio de una antropóloga mestiza de 25 años lo confirma:

Incluso te das cuenta de que hay acoso sexual durante el campo, pero nadie te dio las herramientas para decir cómo lidiar con este acoso sexual que estoy viviendo en campo. Pero se complejiza cuando el acoso viene de un docente, entonces es una vivencia que atravesé estando en campo y que fue como “¿a quién le digo si él es el encargado de campo?”. O ni siquiera era como, o sea, a veces eran visitas muy cortas, era poco el tiempo el que estábamos en campo, pero que aun así tenía la potestad de tocarte sin nuestro consentimiento. Entonces es como muy complejo, porque el ser mujer te hace atravesar por acoso sexual.

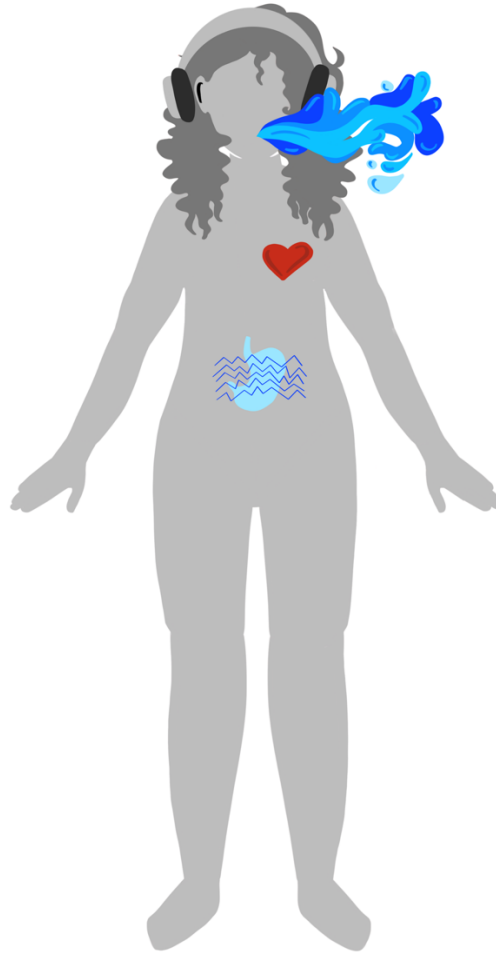
Las antropólogas también experimentan acoso callejero mientras caminan en campo. Una antropóloga mestiza de 26 años relata una vez en que esto le sucedió y se sintió muy enojada al respecto:

En ese trabajo de campo en algún momento íbamos caminando con otra amiga en campo y nos acosaron y nos gritaron algo como de acoso callejero y las dos nos enojamos y los maltratamos. Cuando hacemos antropología y nos toca estar solo mujeres es común experimentar acoso. Porque he estado en otros espacios, un tiempo estuve haciendo campo y trabajaba solo con un equipo de hombres y nunca me acosaron, pero era porque siempre estaba acompañada de ellos. Y era un poco feo, ¿sabes?, porque como que solo me van a respetar si estoy con un hombre. Mientras que cuando he hecho campo solo con mujeres nunca falta que nos acosen.

Esta antropóloga de 26 años también relaciona el acoso con elementos corporales. Para ella su boca y su voz son partes de ella que le permiten afrontar el acoso callejero. En su

cartografía corporal (ver Figura 10), utilizó el color azul para simbolizar el enojo y miedo que salen de su boca cuando no se queda callada ante el acoso callejero.

Figura 10. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 26 años



Nota. Las espirales que salen de su boca representan el enojo y miedo que expulsa de su cuerpo cuando no se queda callada al sufrir acoso callejero mientras realiza investigación.
(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Sin embargo, el permitirse sentir miedo y afirmar que se ha sufrido acoso no se expresa igual para todas. Una antropóloga mestiza de 46 años considera que, debido a la formación que tuvo su generación, a ella le resultaba más difícil poder registrar emociones como miedo e incluso llegar a identificar haber sufrido acoso:

Debido a los sesgos de nuestros procesos formativos y de socialización creo que la gente de mi generación, las mujeres de mi generación, probablemente aplica a otras, no sé, no sé para las nuevas jóvenes, pero la emotividad o la emocionalidad era algo que se contenía y se veía como poco profesional. Entonces, en este ejercicio de qué hacer con lo que uno siente, está atravesado el canon de qué es el sentimiento que sí se tiene que sentir en ese campo. Cuáles son los que sí les damos espacio, cuáles negamos que se sintieron. Entonces, por ejemplo, yo no tengo memoria de sentir miedo en campo, estoy casi segura que lo sentí, pero no lo podía registrar como tal. Ya de grande sí tengo

registro de sentir acoso, pero de antes es como que yo siento que yo bloqueé esa parte. En parte yo simplemente dije: Bueno, esto es algo normal que pasa, ni siquiera merece ser registrado ni anotado.

Así, el acoso no es una realidad improbable cuando se es una antropóloga que realiza investigación. Los testimonios expuestos demuestran que las antropólogas han tenido que afrontar: comentarios fuera de lugar que las hacen sentir incómodas, sucesos de acoso callejero, incluso haber sido tocadas sin su consentimiento mientras realizaban investigación. Todo esto produce emociones como miedo, enojo e incomodidad; aunque el camino para llegar a afirmar y expresar que han sufrido acoso no es el mismo para todas.

5.5.1.2 Cubrir el cuerpo

Hacer investigación también implica repensar cómo una antropóloga se presenta y actúa ante las otras personas. Y parte de esa dinámica incluye cambiar la ropa que cubre sus cuerpos. Porque habitar un cuerpo de mujer implica restricciones, significa pensar dos veces antes de ponerse un atuendo.

Cuatro de las 16 antropólogas hablaron sobre cómo, al ser mujer, tienen que ser cuidadosas con la vestimenta que utilizan mientras realizan investigación. Para estas antropólogas la vestimenta que deciden utilizar transmite mensajes y por lo tanto deben pensar muy bien qué mensajes quieren o no transmitir. Para estas antropólogas el ser cuidadosas con su vestimenta viene del miedo que les produce la posibilidad que les suceda algo, y del deseo de protegerse y proteger su cuerpo. Y, por lo tanto, buscan evitar que sus cuerpos sean sexualizados.

Una antropóloga ladina-mestiza de 24 años reflexiona sobre una vez en la que, mientras se preparaba para ir a campo en Petén, tuvo que replantearse qué tipo de ropa era adecuada para llevar y ponerse:

Por ejemplo, cuando nos fuimos a Petén me sorprendió que nos habían mandado como un código de vestimenta. Porque íbamos a un lugar caliente y uno lo primero que piensa es bueno mi ropa de verano. Pero no, o sea, no necesariamente tu ropa de verano va a ser la mejor ropa para ir a ciertos lugares. También es una cuestión como fuerte cuando uno lo piensa, como tal vez mi camisita con tirantes sobre la que no pensaba nada, ahora sí va a tener una implicación.

Por otro lado, algunas antropólogas buscan esconder su cuerpo femenino para protegerse. Por ejemplo, otra antropóloga, ladina-mestiza de 46 años, habla de la importancia de no dejar que el cuerpo sea llamativo mientras realiza investigación:

Para mí, por ejemplo, vestimenta sobria. Siempre busco no llevar ropa pegada, no llevar nada corto, no nada así pegado, corto, escotado. Nada llamativo que pueda ser tomado como un gesto o símbolo de coquetería. Hay que tener una imagen como super neutral o más neutral, lo menos sexualizada, lo menos fuera de lugar.

Entonces, la forma en la que estas antropólogas presentan su cuerpo ante otras personas no es una casualidad, sino que implica cuidado y reflexión. Implica un deseo por protegerse

a ellas y sus cuerpos de cualquier agresión. Para ellas el cuerpo no es un lugar libre de significado, sino uno que comunica mensajes ante las otras personas que las rodean.

5.5.2 Ser antropóloga joven

Habiendo explorado ya lo que implica ser una antropóloga mujer, podemos también reflexionar sobre el doble desafío que representa ser una mujer adulta joven⁹ haciendo investigación antropológica en un país como Guatemala. Resulta relevante que todas las antropólogas menores de 30 años hablaron sobre cómo su práctica antropológica está atravesada por múltiples expresiones de adultismo¹⁰. Y que, además, las antropólogas adultas, al recordar su juventud, también son capaces de recordar este tipo de incidentes.

Hacerle frente a una sociedad adultocéntrica representa para las antropólogas un desafío emocional y corporal. Ser antropóloga adulta joven se caracteriza por experimentar emociones como inseguridad, miedo y frustración. Así como sensaciones corporales como nervios en los dedos y manos. Comparten el sentimiento de presión que genera tener que demostrar a las personas adultas a su alrededor que saben lo que hacen y que pueden hacerlo bien.

Cuando se es antropóloga joven y mujer, nos encontramos con una suma de opresiones. Una antropóloga mestiza de 28 años lo nombra como tal:

Yo lo intersecto mucho con el hecho de ser mujer joven... O sea, creo que es como un doble desafío, porque claro, llegas a campo como mujer, a tus, no sé, veinte años; entonces, la gente, siento yo, que sí te percibe como que sos una jovencita ¿verdad? Como “¡Qué onda! ¡Cómo viene esta chavita a explicarme a mí ciertas cosas de qué es lo que van a hacer en campo!”. Y así. Y siento que, ajá, entonces se intersecta no solo con el desafío de ser mujer, sino que con el desafío de ser jóvenes. Porque vamos al hecho de que no solo es patriarcal, sino que también es una sociedad y una cultura muy adultocéntrica ¿verdad? Entonces siento que a veces es difícil que la gente te tome en serio, como que tu opinión cuente o que la van a escuchar.

Una antropóloga mestiza de 26 años recuerda claramente un incidente en el que se sintió desvalorada por su edad durante un proceso investigativo. En esta investigación la antropóloga estaba trabajando junto con una compañera que no era cientista social, pero que era más de 10 años mayor que ella. Ambas habían realizado las entrevistas juntas, sin embargo, un día la antropóloga tuvo que realizar una de las entrevistas sola. Algunos días después, durante una reunión con la persona encargada del campo, también años mayor que la antropóloga, esta expresó lo siguiente “Yo solo quiero pedir que la próxima vez vaya un adulto con la antropóloga”. Esto provocó enojo e indignación en la antropóloga.

⁹ Durante este estudio entenderemos como adultas jóvenes a todas aquellas antropólogas menores de 30 años.

¹⁰ El adultismo es una forma de discriminación por edad, que se enmarca dentro la lógica del adultocentrismo (Alexgaia, 2014), la cual está compuesta por “cualquier comportamiento, acción o lenguaje que limita o pone en duda las capacidades de los jóvenes, por el solo hecho de tener menos años de vida” (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia [UNICEF], 2013, p. 19).

El reto de ser antropóloga adulta joven, además, se entrelaza con la expresión emocional. La suma de la condición de género más la edad contribuyen a que las antropólogas reflexionen sobre qué emociones deberían de demostrar ante otras personas y cuáles sería mejor esconder. El testimonio de una antropóloga ladina-mestiza de 24 años nos permite entender que para algunas antropólogas que comienzan a hacer investigación, demostrar emociones como inseguridad, “nervios” y miedo, no es una opción si quieren que ellas y su trabajo sea tomado en serio. Ella relata:

Y también esto de esconder algunas emociones que no quieres que vean, como los nervios, entonces significa estar consciente de que estoy nerviosa, pero al mismo tiempo saber cómo poner esta imagen, hacer este *performance* (actuación) de la investigadora sin miedo. [...] Porque soy joven y estoy empezando, entonces para mí, si muestro estas emociones, soy poco profesional o siento que me van a deslegitimar y van a decir: Ah, es una niña que no sabe qué está haciendo.

Esta misma antropóloga de 24 años ubicó elementos dentro de su cartografía corporal que se relacionan con este doble desafío (ver Figura 11). En su mapa corporal colocó ojos que la observan y cómo la presión que eso genera se transforma en los “nervios” que siente en sus dedos y manos.

Figura 11. Cartografía corporal antropóloga ladina-mestiza de 24 años



Nota. Los ojos de las personas adultas que la observan la hacen sentir bajo presión y produce sensaciones corporales como los “nervios” en sus dedos y manos.

(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Por otro lado, antropólogas con muchos años de trayectoria antropológica también recuerdan cómo, en los inicios de su formación, enfrentaban este tipo de desafíos, los cuales producían emociones no agradables como frustración. Así lo demuestra el siguiente testimonio de una antropóloga ladina-mestiza de 46 años:

La primera vez que tuve como un mal sentimiento fue como cuando mi jefa antropóloga me dijo como que yo no estaba logrando obtener los datos que ella estaba buscando y que seguramente era porque era una mujer muy joven y la gente de la comunidad no me respetaba, no me consideraban como una mujer, pues no estaba casada, no tenía hijos y las comunidades pensaban como “¿Qué hace esta niña aquí preguntándonos sobre la guerra?”. Entonces ella estaba como un poco incómoda, molesta, como “ella no me está sirviendo como ayudante de investigación de campo”. Y yo estoy haciendo todo mi esfuerzo y mi sacrificio y caminando sola y durmiendo en lugares desconocidos. Y bueno, no sé, en ese momento me sentí como utilizada; me utilizaba para hacerle el trabajo de campo que ella no quería hacer o no podía hacer. Y aun así yo no le estaba sirviendo, entonces me frustré.

Durante esta sección nos encontramos con antropólogas adultas jóvenes que enfrentaron retos mientras realizaban investigación debido a su edad y a lo que eso representa en una sociedad adultocéntrica. Esto se refleja en sus emociones, ya que experimentan inseguridad y frustración, y en sus cuerpos por medio de sensaciones corporales en lugares como las manos. Ser antropóloga adulta joven, además, implica afrontar expresiones de adultismo mientras se realiza investigación, lo cual resulta en emociones como enojo.

5.5.3 Ser antropóloga maya

Las antropólogas mayas hacen antropología en contextos no solo patriarcales y adultocéntricos sino también racistas. Los testimonios de las mujeres mayas que formaron parte de este estudio revelan esta realidad y las violencias que ejerce sobre ellas. Es importante reconocer, además, que las antropólogas mayas que participaron de esta investigación fueron solamente tres de las 16 antropólogas entrevistadas. Por lo que es importante y necesario seguir estudiando aún más la realidad y percepciones de estas antropólogas.

Ser antropóloga maya implica tener que soportar violencias racistas mientras se realiza investigación. El racismo se inscribe en el cuerpo, así lo relata una antropóloga maya kaqchikel de 51 años:

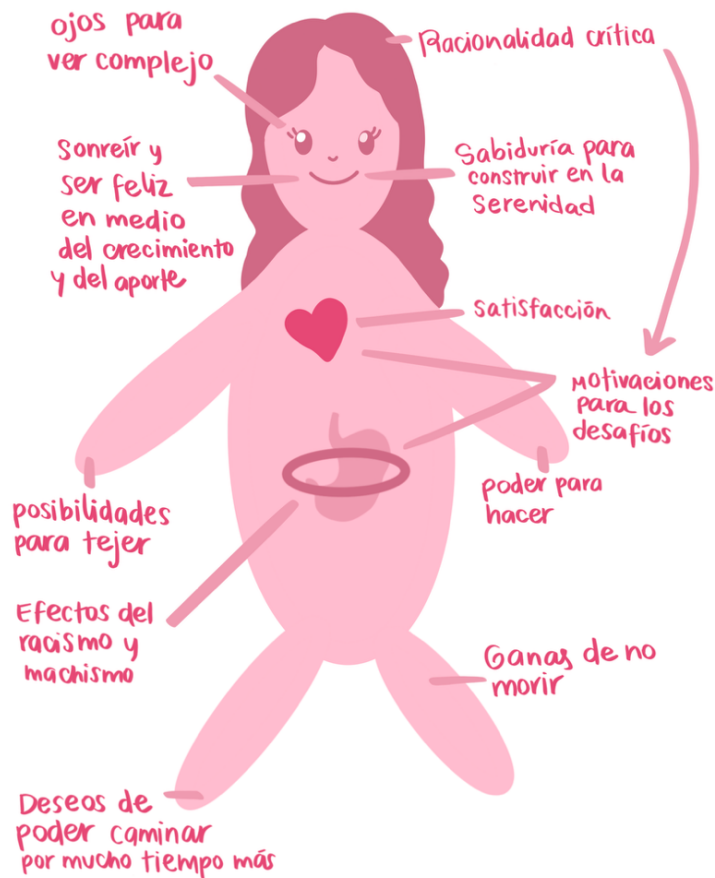
Nunca es lo mismo, porque la corporalidad, el racismo, inscribe la autoridad en los cuerpos y ha sido así siempre. [...] Eso se siente. Se siente cuando uno está enfrente de un grupo, cuando estamos enfrente de los tribunales, porque a mí me ha tocado. Estoy frente a los tribunales y se cierran, “Qué sabrá esta de lo que nosotros estamos discutiendo”. Inmediatamente hay una gran presión que nos recuerda, y yo digo que eso es lo que pasa, que nos recuerda que somos inferiores y entonces a veces yo siento eso sobre mí.

Cuando los cuerpos de las antropólogas mayas reciben la discriminación experimentan sensaciones y dolores corporales. Para esta misma antropóloga maya kaqchikel de 51 años

el racismo mientras hace antropología se siente en su estómago (ver Figura 12) y lo describe de la siguiente forma:

Las vivencias con el cuerpo tienen que ver con otras cosas, por ejemplo, el racismo. Yo recuerdo antes, cada vez que yo enfrentaba un evento racista, me dolía el estómago, así de mi lado izquierdo me dolía y a veces me producía llorar, otras veces me enojaba mucho. Pero, después, con el paso del tiempo, aprendí a no ser indiferente a ese problema, sino que a que no me doliera, pero eso implicaba un proceso de pensar cómo respondo ante esto, qué es lo que debo hacer y cómo convertir más bien en acción política este tipo de cosas antes que en las punzadas que mi cuerpo está recibiendo.

Figura 12. Cartografía corporal: antropóloga maya kaqchikel de 51 años



Nota. En el estómago residen los efectos del racismo y del machismo, pero se conecta con la racionalidad crítica y la satisfacción para poder enfrentar los desafíos.
(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Sin embargo, ser una antropóloga maya también representa aspectos agradables. Por ejemplo, una antropóloga maya kaqchikel de 62 años a llegado a sentirse maravillada por la energía de los cerros y por poder conectar con sus abuelos mientras hace investigación, lo cual le produce alegría. Así lo demuestra su testimonio:

Hay otra parte bonita. Me tocó hacer un estudio sobre lugares sagrados. Ahí era otra cosa. La parte como muy especial es ese asombro y es esa como maravilla de escuchar

a los ancianos de las comunidades que prácticamente es como escuchar narrar el Popol Vuh. [...] Y, bueno, en nuestras aulas, ahora creo que ya en alguna medida se ha superado esa idea de que los mayas existieron, pero ahora los que hay son indígenas. Y pues ahí está, hay un conocimiento que, a pesar de los 500 años de sometimiento, está vivo. Está en su espiritualidad, esa es su ciencia. Y eso fue una maravilla. Era una maravilla, era como decir “Ay, no me quiero ir de aquí” Y bueno aquello de sentir las energías de los cerros, de las veredas. Como dirían los abuelos “Las montañas hablan, solo escucha”. Y entonces ahí yo entendí cuando mi abuela paterna me mandaba a decir “Ve a escuchar qué dice el valle”. [...] Y entonces fue como una de las experiencias así como maravillosas y de visitar los cerros, los lugares sagrados, sentir ese bosque y sentirse uno así como de aquí soy; alegría.

Por otro lado, también se debe reconocer que existe un triple desafío cuando se es una antropóloga mujer maya adulta joven. En el testimonio de una antropóloga maya kaqchikel de 51 años, ella relata cómo, en los inicios de su trayectoria antropológica, se le trataba casi como si fuese una sirvienta. Mientras trabajaba en un proyecto de investigación vivió la siguiente experiencia:

Cuando yo empecé a participar en ese proyecto a mí nadie me veía, ni los mayas me veían. Entonces yo era un cero a la izquierda, o sea, me trataban si mucho como si fuera la secretaria del investigador principal. Como si fuera la sirvienta de él. Esto fue un tiempo muy duro para mí, muy duro.

Por lo tanto, las emociones y corporalidades de las antropólogas mayas se ven atravesadas por el racismo. Las violencias de un sistema racista impactan sus emociones y corporalidades. Además, es importante establecer que el racismo se suma a otras violencias relacionadas con contextos patriarcales y adultocéntricos. Sin embargo, esta parte de su identidad también les permite conectar con emociones agradables como alegría y asombro.

5.5.4 Clase social

La clase social también interactúa con la etnia, el género y la edad. Identidades ladinas/mestizas sumadas a una condición de clase que puede permitirse acceder a educación superior se convierten en identidades y cuerpos con más autoridad y privilegio. Esto es algo que reconocen las antropólogas ladinas/mestizas. Por ejemplo, una antropóloga mestiza de 28 años habla sobre cómo, por su etnia y condición de clase, recibe un trato diferencial mientras realiza investigación:

De todas formas, yo creo que, cuando una va a campo, como una mujer blanca, ciudadana, universitaria, creo que tenés un privilegio. O sea, creo que la gente no te percibe necesariamente igual que si fueras, tal vez, una persona de la comunidad, que igual está estudiando en la U, o sea, creo que sí te dan un trato diferencial. Y para mí, a veces, sí es como un poco cuestionar eso. Como, por ejemplo, si te invitan a comer, te van a dar lo mejor que tienen de comida o te dan una pieza de pollo más grande o cosas así.

Sin embargo, también es importante rescatar que aquellas antropólogas ladinas/mestizas que enfrentan dificultades económicas se encuentran con retos en su travesía antropológica. Para ejemplificar este punto exploraremos el testimonio de una antropóloga mestiza de 43

años. Ella, por razones económicas, tardó mucho en graduarse, y esto significó tener que recibir pagos mucho menores por los trabajos que realizaba:

Yo me tardé mucho en graduarme, por cuestiones económicas, entonces dejé mis estudios por un montón de años y yo no quería no graduarme. [...] Eventualmente lo hice, y entonces logré hacer mi tesis y graduarme y todo, pero fue algo que me tomó muchísimos años. Entonces cuando me preguntas si hay mucha diferencia entre cuando yo hacía antropología como estudiante a ahora como profesional, yo siento que a mí me tocó hacer antropología por muchos años en el campo profesional, pero con la etiqueta de estudiante y con todo lo que eso implica, cuestiones económicas. Entonces no sé, siento que la diferencia que veo ahora en mi experiencia personal es que ahora tengo el cartón para negociar que me paguen mejor. Algunas organizaciones con las que trabajé para hacer estudios se agarran de que no tenés el título para pagarte menos, entonces no importa cuánta experiencia tengás, porque yo tenía muchos años de experiencia, había hecho un montón de estudios en un montón de lugares y aun así era: Ah sí, pero no tiene el título, entonces le pagamos como estudiantes. Y ya cuando son muchos años eso sí tiene consecuencias económicas para uno, o sea, adquirir la experiencia es buenísimo, pero yo económicamente lo siento ahora.

También podemos reflexionar sobre cómo la clase se suma a otras identidades como el ser madre soltera. Una antropóloga ladina de 58 años reflexiona sobre lo retador que fue para ella realizar su doctorado con pocos recursos económicos y teniendo que cuidar a la vez de sus hijos:

Yo me fui de doctorado a otro país. Y todos “Ay, se fue tantos años de doctorado a otro país”. Sí, pero me llevaba la chingada, comía comida de mercados que ya estaba fuera del límite, con mis hijos, viviendo en zonas marginales. Me llevaba la diabla. Tenía que ir desde donde estaba en la marginalidad a la escuela, a veces ni llegaba porque los trenes no pasaban. [...] Y entonces decir: sí, yo estoy en el extranjero, pero estuve sufriendo, no es que estaba de juerga. Y además todos mis compañeros tenían 28 años, iban a fiestas, yo tenía diez años más y tenía dos hijos.

Como lo ha demostrado esta sección, es importante pensar en la dimensión de clase social para entender las historias de las antropólogas. La clase social puede contribuir a brindar autoridad y autonomía a la antropóloga mientras realiza investigación, pero también puede representar retos significativos para acceder a mejores salarios y condiciones de vida.

5.5.5 Ser antropóloga activista

Para cuatro de las 16 antropólogas entrevistadas el activismo y la antropología se entrelazan entre sí. Este activismo abarca temas como luchar contra el racismo, por los derechos de las mujeres indígenas, y contra la violencia y el acoso sexual en universidades. Para estas antropólogas sus investigaciones no pueden ser otras que aquellas realizadas desde el compromiso con las causas que son importantes para ellas. Para ellas el ser antropólogas también significa utilizar las herramientas que les provee la disciplina para mejorar realidades y transmitir mensajes contundentes. Comparten un sentido de compromiso profundo que guía y motiva su quehacer investigativo.

Para una antropóloga maya kaqchikel de 62 años su forma de aproximarse a la investigación antropológica se vincula con el sentir una gran responsabilidad y un gran compromiso por visibilizar la lógica del pensar del pueblo maya. En su testimonio habla sobre la necesidad e importancia de que el trabajo antropológico ya no sea extractivo, sino de acompañamiento y realmente comprometido con la gente. Ella relata una ocasión en que su compromiso con lo que estaba haciendo fue tan grande que sintió fuerza suficiente para quedarse haciendo antropología aún en contextos de mucho peligro:

Por ejemplo, iban a asesinar a un líder y nos quedamos a dormir en la casa del líder esa noche. [...] Y nosotras con otra compañera dijimos “No nos vamos, somos la garantía, somos las personas extrañas a la comunidad, aunque somos mayas, pero somos extrañas”. Saben que soy antropóloga, tenemos algún nombre, más de alguna organización hablará por nosotras. Me sentí tan fuerte, con una energía tan fuerte y yo dije “pues no, no va a pasar nada y no me moveré de aquí”. Pero, aún en esos momentos de vida o muerte, yo sentía una fuerza muy grande. Era como una cosa bien, pero bien grande, de decir: yo me quedo aquí, así la comunidad tiene esa esperanza, si algo pasa nos van tocar a nosotras, por lo menos va a salir esto a la luz.

Una antropóloga maya kaqchikel de 51 años habla que para ella el poder contribuir desde la investigación en peritajes ha sido la parte más importante y gratificante de su trayectoria antropológica y que es algo que le hace sentir mucha satisfacción:

Y para la gente maya, yo creo que es el lugar donde he podido aportar más, porque además es lo que yo he querido. Me hace sentir bien, que esa es otra de las cosas. Yo no me sentía útil en la antropología, ni en las ciencias sociales. Y solo me sentía útil cuando lo que hacía era de provecho para para mi propia gente, para las mujeres; y lo llegué a hacer. Y esa es una de las grandes satisfacciones que yo he tenido. A mí me importa muy poco el reconocimiento de si soy académica, me importa mucho más el aporte que yo he hecho y el aporte más grande, más que artículos, más que las tesis, han sido los más de 22 peritajes antropológicos que he hecho para las cortes del país. Esos peritajes son donde yo he aportado definitivamente, lo que me ha hecho sentir útil como antropóloga y me da satisfacción haber aportado en muchos de esos casos.

En otro caso encontramos la historia de una antropóloga mestiza de 28 años cuyo activismo está enfocado a luchar contra el acoso sexual en universidades. Ella habla sobre cómo, cuando la investigación antropológica y el activismo se encuentran, potencian su convicción política. Para ella la investigación es mucho más que algo que solamente produce conocimiento. De hecho, es el activismo lo que le da sentido a su quehacer investigativo:

Usamos la investigación como una herramienta para hacer activismo y para hacer incidencia política. Entonces, como que se van entretejiendo la academia, lo profesional y el activismo; y creo que ese ha sido un poco mi camino. [...] Yo siento que mi experiencia desde el activismo ha sido una de las experiencias más relevantes en mi vida. Es en donde yo encontré un espacio que realmente me permitiera hacer investigación para incidir de una forma más directa en algo que te impacta a ti.

Además, esta antropóloga de 28 años vincula su lucha y resistencia desde la antropología con el hecho de ser mujer y lo ubica en su pecho dentro de su cartografía corporal (ver

Figura 4 en la página 39). Esto se entreteje con su activismo, ya que la rabia y malestar que le producen las deudas que tiene el sistema con las mujeres también la motivan a seguir.

Así, cuando se encuentran la investigación y el activismo en la trayectoria de estas antropólogas se dan como resultado emociones como satisfacción y también el sentir fuerza para afrontar las adversidades. El activismo desde la investigación puede llegar, incluso, a mapearse en el cuerpo, como lo demuestra el último ejemplo.

5.5.5.1 Emociones opuestas que conducen a la acción.

Las antropólogas también tienen posturas políticas. Además de quienes se nombraron activistas, seis de las antropólogas hablaron sobre cómo sus posturas políticas forman parte importante de la forma en la que se aproximan a su quehacer investigativo. Los relatos que hablan sobre su compromiso político apuntan a que, cuando las antropólogas experimentan la suma de una emoción agradable con una emoción no agradable, el resultado se convierte en energía para seguir visibilizando las problemáticas que las mueven y un compromiso aún más grande con las causas que son importantes para ellas.

Por ejemplo, para una antropóloga ladina-mestiza de 46 años que ha trabajado principalmente en temas relacionados a memoria histórica hablaba sobre cómo, a pesar de sentir miedo mientras hacía investigación, esa emoción se encontraba también con la valentía y la suma de ambas se transformaba en compromiso político:

Y sentía miedo de ir a un lugar alejado y donde están sacando gente que la mataron en la guerra, y lo mismo, como he sentido como por años de años de años ese mismo miedo y a la vez valentía de decir “Pero no me importa, tengo miedo, pero es mi compromiso, quiero mantener este objetivo político de dar a conocer lo que pasó”. No es posible que desentierren gente y nadie vaya. No hay prensa, solo había dos personas de la comunidad.

En el caso de una antropóloga mestiza de 25 años trabajar con archivos le permite reafirmar su compromiso político y fortalecer su deseo de contribuir a una transformación. Así, habla sobre trabajar temas de memoria, en dónde ha encontrado que la suma de tristeza y nostalgia la conducen a la acción:

Pensaba un poco en que quizás la nostalgia es la que muchas veces me mueve de la memoria. Es como esa, no sé cómo definirlo, quizás tristeza, el hecho de estar leyendo tanto, estar escuchando tantas historias de la guerra, pero que a la vez también me hace recordar y sentir que puedo transformar esa narrativa del dolor. Justo ahorita estoy analizando esas narrativas dolientes, es que es una historia tan doliente, pero pienso también en cómo las podemos transformar en narrativas, no sé, más esperanzadoras, más sanadoras. Creo que esa emoción como agri dulce me ha hecho impulsar mis pensamientos a poder crear y crear desde la antropología, pero también crear desde el activismo, entonces ya vínculo la antropología y el activismo. Entonces cómo ese sentimiento no se queda ahí, sino que se mueve a la acción.

Cuando una antropóloga *whitemalan* de 51 años recuerda una investigación en la que se enfrentó por primera vez con la muerte por desnutrición, recuerda también cómo el enojo

y la impotencia sumadas a tener conciencia de su privilegio, se transformaron en un compromiso profundo con su trabajo:

Entender la muerte por desnutrición me afectó muchísimo y me enojó ver un montón de otras injusticias. [...] Esa vez lo que hizo fue alimentar el enojo, de cierta forma, ante las injusticias. Y también, cada vez tomando más conciencia de mi privilegio. Y esa tensión nunca me va a abandonar. Mi compromiso siempre en el trabajo implica estar indignada.

Por lo tanto, las antropólogas pueden experimentar emociones opuestas y la combinación de estas parece motivarlas a seguir realizando investigación. El compromiso político que tienen con las causas por las que trabajan surge, en parte, gracias a este choque de emociones que las atraviesan.

5.5.6 Otras identidades

La investigación antropológica se realiza también desde otras identidades. El bagaje cultural de las antropólogas las acompaña en su quehacer investigativo, ese también va empacado en la mochila. Ya que, como nos recuerda una antropóloga mestiza de 26 años, la antropología no es neutral:

Aunque pensamos que la antropología estudia a un “otro”, a veces ese “otro” es uno mismo. Entonces cuando hacés trabajo de campo o cuando estás haciendo antropología o cuando salís a hacer investigación pensás que vas a investigar otra cosa, pero en realidad es muy diferente separarse de uno mismo y tratar de ser neutral y solo pensar en un otro.

Estas identidades van desde ser hijas, madres y amigas, hasta ser antropólogas neurodivergentes y gordas. Son formas de ser y habitar el cuerpo que se relacionan con vivencias emocionales y corporales específicas. El hacer investigación desde estas identidades significa experimentar la investigación desde historias personales que entran en escena. Adentrémonos entonces en esas otras identidades.

Empecemos por el ser hija. Una antropóloga mestiza de 25 años, durante sus primeras investigaciones en la universidad, realizó una autoetnografía para indagar las diferentes violencias que habían atravesado las mujeres en su familia. Por lo cual decidió entrevistar a su mamá. Para ella este proceso investigativo representó un trayecto sumamente desolador en el que quedó destrozada y durante el cual no contó con ningún acompañamiento psicosocial para afrontarlo. Fue, además, un proceso en el que su identidad de hija se coló entre el personaje de antropóloga:

También fue muy difícil para mí separar a mi yo antropóloga de mi yo hija, entonces hacer esa división para mí fue difícil porque estaba escuchando a mi mamá, pero es que yo no estaba en ese rol, pero fue muy difícil y sí sentí que en la entrevista hubo pausas que fue la limitante del ser hija, porque lo sentí, porque dije “Ala gran”, porque sentía el nudo en la garganta, porque sentía que ya se me estaban saliendo las lágrimas. Y después de eso no hubo acompañamiento, yo le dije a mi docente “Me siento muy mal haciendo las entrevistas”. O sea, llegó al punto de que yo, esa, la entrevista de mi mamá, no la quise transcribir, y fue demasiado. Por eso insisto tanto en el acompañamiento dentro del proceso de campo y la carrera, porque no existe un acompañamiento.

Ahora exploremos el ser una madre que enviudó. El testimonio de una antropóloga ladina de 52 años recalca cómo el trabajo de campo puede permitir sanar heridas propias cuando se logra conectar con la historia de las personas con las que se hace antropología:

En una ocasión en especial en mi vida, el trabajo de campo me salvó, me salvó, me salvó, me salvó; salvó mi vida en realidad. Cuando mi esposo falleció, yo empecé ese mismo año el trabajo de campo en la Costa Sur, pero ahí, entre las mujeres que habían vivido desapariciones de sus de sus seres queridos, esposos, hijos, hermanos, etcétera, con ellas la conexión fue tan grande, que con ellas hice yo mi duelo. Y creo que ese trabajo de campo en particular me salvó como persona y entendí con ellas que la vida seguía. Que, a pesar de lo duro, de las experiencias de pérdida en ellas, la vida seguía. Las mujeres de la Costa Sur son una cosa genial, como la risa y la alegría se construía día a día, a pesar de las atrocidades vividas. Y entonces sí, ese trabajo fue una experiencia que me marcó a muchos niveles, y yo me acuerdo que regresaba a la casa con los niños, porque tenía que regresar con mis hijos. Pero a pesar de lo cansada, porque me tocaba caminar un montón, yo regresaba con las baterías cargadas emocionalmente. Y una vez mi hijo me dijo, porque le conté, cuando regresaba les contaba lo que había visto, lo que había aprendido de las entrevistas, de la gente que había conocido, y esa vez estaba tan, como con tanta energía, que me dice mi hijo, y yo estaba hecha lata porque una llega hecha lata del trabajo también, pero me dice “Nunca te he visto tan bonita en mi vida. Nunca te había visto tan bonita, mami”. Entonces yo eso lo guardo todavía, porque entendí lo importante que era para mí el trabajo de campo.

Esta antropóloga de 52 años ubica esta experiencia en su corazón como parte de su cartografía corporal (ver Figura 1 en la página 34). En él ubica a “Alejandra y su rosa de jamaica”, ya que ella fue una de las mujeres con las que pudo trabajar su duelo.

Para otra antropóloga, ladina-mestiza de 55 años, haber perdido a su esposo contribuyó a que sintiera miedo la primera vez que regresó a realizar investigación después de su muerte, ya que le angustiaba que a ella le llegara a pasar algo y que su hija se quedara sola. Por lo tanto, salir a realizar trabajo de campo, específicamente, requirió de mucha valentía:

[...] después muere mi esposo. Y la primera vez que me tocó salir a campo, después de que él muere, yo lloraba, porque me dio un terror. O sea, íbamos en carretera y yo con la angustia de qué pasa si yo me muero ¿verdad? Y mi hija era muy chiquita y en esa época no había celulares con señal tan fácil como hay ahora, entonces sí, fue... pero yo dije: si no lo hago ahorita ya nunca más voy a volver a salir a campo.

Explorando ahora otra identidad, nos encontramos con que las antropólogas hacen investigación desde identidades neurodivergentes. El testimonio de una antropóloga mestiza de 26 años que es autista nos habla sobre cómo esta parte de su identidad no desaparece al investigar y que eso llega a tensar su cuerpo y agotarla:

Para mí hacer campo y estar rodea de más personas es bastante estresante y me provoca un poco de ansiedad. Y justo creo que eso cambió tal vez después de que recibí el

diagnóstico de autismo porque empecé a darme cuenta de que hacía mucho *masking*¹¹. No sé, recuerdo que en un trabajo campo yo estaba dirigiendo un grupo focal y había mucha gente. Y yo como que me esfuerzo mucho en ver a la gente cuando está hablando y que tomar notas y así. Y después un chavo empezó a hablar y él tenía apuntado en su teléfono qué quería decir, entonces empezó a hablar y a leer y dije “Uff, este es el momento donde puedo descansar” y empecé a ver hacia arriba. Y la persona que estaba conmigo me pegó un cuentazo y me dijo “¡Poné atención!”. Entonces como que siento que tengo que cumplir normas sociales que no entiendo del todo y entonces es bastante agotador hacer trabajo en el campo.

Esta antropóloga, además, plasmó en su cartografía corporal su lucha y resistencia desde su quehacer antropológico por medio de los audífonos que utiliza para afrontar su hipersensibilidad auditiva (ver Figura 10 en la página 52).

Por otro lado, las antropólogas también son personas que han crecido en contextos familiares y socioculturales determinados. La siguiente antropóloga, ladina-mestiza de 24 años, relata cómo para ella el hacer investigación antropológica desentona con el contexto en el que creció. Y que, por lo tanto, seguir en la disciplina requiere de mucha valentía, ya que implica alejarse de los contextos y las personas con las que ha crecido:

No lo había mencionado, pero sí creo que para mí hacer antropología también ha implicado distanciarme de alguna forma de mi contexto, digamos, del círculo social donde crecí, de las enseñanzas donde crecí y todas estas cosas, e incluso me pone como en oposición a. O sea, la antropología me dio herramientas para entender cosas sobre mí misma, sobre las personas que me rodean y el contexto donde crecí, que creo que es bastante fuerte a veces, porque como que te das cuenta de cosas con las que ahora estás en desacuerdo, cosas como prácticas horribles y que uno pues creció ahí, ¿verdad? Entonces creo que también eso implica mucha fuerza interna. Y también al mismo tiempo implica mucho trabajo interno, sobre cómo estas cosas con las que crecí me siguen influyendo o cómo lo estoy trabajando, porque tienen implicaciones en mi trabajo. Y ajá, entonces creo que eso requiere como mucha fuerza. Bueno, y no es por tirarme laureles, pero siento que de alguna forma hacer antropología implica ser muy valiente. Especialmente si venís de un contexto en el que todo lo que dice la antropología no necesariamente es muy bien visto.

Además, las antropólogas son amigas que acompañan en contextos patriarcales y violentos. Una antropóloga mestiza de 26 años relata cómo una vez, mientras realizaba trabajo de campo, estuvo pendiente de una amiga que estaba sufriendo acoso y llegó a sentir mucho miedo:

Y justo en esa ocasión, sucedió que le estaba pasando algo a una amiga de mi infancia, que la estaban acosando y la estaban amenazando. Y justo en campo estábamos viendo estos talleres de género y de derechos con las niñas. Y luego cuando terminó el taller yo estaba acompañando a mi amiga, estaba como llevando el registro de todo lo que él estaba publicando de ella. Y me enojé y le respondí y el maje también me respondió y

¹¹ El *masking* es un término utilizado en la comunidad autista para describir lo que sucede cuando las personas autistas tratan de modificar u ocultar su comportamiento para ajustarse a las expectativas sociales, encajar en el espacio que se encuentra y evitar ser juzgadas (Miller *et al.*, 2021).

me amenazó y me dio un chingo de miedo. Y me dio un ataque de pánico. Esa noche no dormí nada y yo pensaba que fijo él iba a mandar a alguien y que me iban a encontrar en el hotel. Y fue horrible y creo que es algo que no se habla mucho, como de pensar que a veces cuando estamos haciendo trabajo de campo, trabajo antropológico, también nos pueden pasar cosas como eso y que nunca nadie sabe cómo responder.

Por otro lado, las antropólogas hacen investigación desde cuerpo gordos. Es importante reconocer que esto representa un desafío en una sociedad gordofóbica. La experiencia de una antropóloga mestiza de 25 años lo nombra de esta forma:

También, a mí, al tener un cuerpo gordo, y quizás esto era algo que no había nombrado antes, pero en algún momento estuvimos en campo rural y tuvimos que atravesar algunos cerros y eso. Yo siempre intentaba acomodar lo máximo de mí para que no se me fuera a juzgar por tener un cuerpo gordo y no poder subir un cerro, entonces siempre era en mi mente esta constante de “tenés que aguantar porque si no aguantás van a decir que es porque estás gorda”. Entonces fue como muy complejo para mí porque físicamente ya estaba siendo complejo subir el cerro, pero emocionalmente también porque decía “no me puedo quedar atrás porque si no van a hablar de mí”. [...] Justo el hecho de tener un cuerpo gordo en esta sociedad gordofóbica se vuelve super complejo.

Además, como parte de su cartografía corporal, esta misma antropóloga de 25 años, colocó en su vientre el dolor que le genera sentir que no cumple con los estándares de imagen corporal que la sociedad impone desde un modelo de belleza occidental (ver Figura 13). El dolor, además, se extiende del estómago al resto de su cuerpo. Ella menciona:

[...] muchas me creí esa idea de para llegar al campo tienes que estar delgada. Como, por ejemplo, esa belleza occidental, que siento que es bien complejo, que no se ha abordado, pero a veces pasa que si sos bonita tienes más chance de entrar a diferentes campos o como que hay más apertura.

Figura 13. Cartografía corporal: antropóloga mestiza de 25 años



Nota. El hoyo en el vientre representa el dolor de no encajar con los estándares de imagen corporal occidental, las líneas rojas que se expanden del hoyo representan cómo ese dolor se esparce por el resto de su cuerpo.

(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Esta sección ha permitido dimensionar que las múltiples identidades que pueden conformar a las antropólogas interactúan con sus emociones y corporalidades. Es decir, no solo el contexto y el tipo de investigación son elementos que se relacionan con las experiencias de las antropólogas, sino que quiénes son ellas, sus identidades, también lo hacen. Su historia personal no desaparece mientras realizan investigación, más bien dialoga y se encuentra con las historias de las otras personas.

Así, las antropólogas son, por ejemplo, hijas que acompañan el dolor de sus madres; son madres que enviudaron, pero que pudieron trabajar su duelo con otras mujeres mientras realizaban investigación; son mujeres neurodivergentes que, a pesar de no entender por completo las reglas del sistema, les hacen frente con rebeldía; son amigas que acompañan a otras mujeres; son antropólogas gordas que, a pesar del dolor emocional y físico, siguen haciendo investigación. Las antropólogas son mucho más que antropólogas y lo que son no

las abandona mientras realizan investigación. Más bien, dialoga con sus emociones y corporalidades.

5.6 El callo antropológico

Habiendo explorado ya las formas en las que la identidad se relaciona con el quehacer antropológico de las antropólogas podemos pensar en qué pasa después de que la experiencia antropológica se va acumulando. Ya que, las investigaciones que realizan las antropólogas van creando un “callo” antropológico. El término “callo” fue utilizado por cinco de las 16 antropólogas, mientras que el resto se refirió a esto como aprendizajes, lecciones aprendidas y experiencia acumulada. El “callo” antropológico es el cúmulo de emocionalidades atravesadas y de cuerpos informados por la experiencia. El miedo y los “nervios” que experimentaban en las primeras investigaciones se transforman al tener la oportunidad de confiar en sus habilidades y conocimientos, porque ya se han demostrado a sí mismas que pueden hacer antropología.

Esta fue una dimensión abordada por todas las antropólogas. La experiencia del “callo” antropológico es una en la que las antropólogas cada vez adquieren más experiencia y aprendizajes por haber realizado investigación antropológica en el pasado. El “callo” se convierte en evidencia que les recuerda que pueden realizar antropología y que, gracias a las experiencias pasadas, pueden continuar haciendo investigación con más conocimiento y confianza en sus habilidades.

En palabras de una antropóloga ladina de 52 años, mientras más se ejerce la antropología, se comienza a tener *“un poco más de nariz para saber por dónde ir”*. Ese poco “más de nariz” permite navegar el camino de la investigación con más de seguridad. Esta misma antropóloga describe el “callo” de la siguiente forma:

Sí creo que la experiencia va creando huella en una. Uno tiene como ya esa experiencia que está detrás, como bagaje que ya te va informando qué es que lo tienes que ver o para dónde. Antes, tal vez para mí era una casualidad llegar a ciertas cosas, pero ahora ya sé que si veo esto tengo que ver esto, tengo que preguntar esto, o sea, vas creando callo.

Además, si las antropólogas llegan al “callo” es gracias a lo que atravesaron antes de llegar a él. Es decir, no podría haber “callo”, sin investigaciones pasadas que les hayan dejado enseñanzas. Así lo demuestra lo expresado por una antropóloga mestiza de 43 años al recordar las lecciones que le dejó su primera investigación con comadronas. Ahora, analizándolo en retrospectiva, lo relata de la siguiente forma:

Lo que quiero decir es que muchas de las cosas que a mí me sirven ahora para entender este tipo de temas se empezaron a construir aquí, como que aquí empezó. Un poco esa es mi cajita de herramientas a la que ahora puedo recurrir, puedo recurrir a esas cosas que ya sé porque ya las tengo ahí y entonces me puedo enfocar en aprender otras cosas.

La cartografía corporal de una antropóloga maya mam de 50 años permite visualizar cómo el “callo” antropológico se inscribe en el cuerpo, ya que su silueta está cubierta de colores que representan las diferentes investigaciones que la han marcado (ver Figura 14). Dentro de su mapa corporal la antropóloga coloca tres experiencias concretas: (1) en la

cabeza su trabajo con las mujeres de Sepur Zarco y del caso del Hogar Seguro Virgen de la Asunción, ya que es algo que no sale de su cabeza; (2) en su corazón está el trabajo de campo que realizó en Zacualpa, ya que le regaló muchos afectos; (3) y en sus piernas su experiencia en Nebaj, ya que le da fuerza. Al terminar de trazar su cartografía esta antropóloga expresó el deseo de pintar toda su cartografía con esos colores, y explicó que [...] las experiencias e investigación de alguna manera son como cuando pasas sobre el agua, tú pasas y pues quedas mojada. Te secas después, pero quedas marcada. Lo que quiero decir es que sí, que los procesos te marcan. Yo siento mucha gratitud porque han sido como escuelas de aprendizaje las investigaciones.

Figura 14. Cartografía corporal: antropóloga maya mam de 50 años



Nota. Los colores de las investigaciones que ha realizado la pintan completa, todo su cuerpo está cubierto por su quehacer investigativo.

(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

Además, el “callo” ayuda a encontrar resolución, aunque sea de una forma momentánea, a las crisis antropológicas. Para una antropóloga ladina-mestiza de 46 años poder pasar de estar peleada con el trabajo campo a reconciliarse con él fue posible gracias a la edad y el cúmulo de experiencia que viene con ella. Además, sus emociones, en este caso, están influenciadas no solo por el cúmulo de experiencia, sino por lo frustrante que puede llegar a ser la realidad de un país en el que los cambios son tan difíciles de alcanzar:

Pienso que ya el hacer campo en los últimos años está acompañado de justo esa madurez de entender que la antropología aparte de ser como una herramienta política es un

trabajo, necesito trabajar. Y que de todas maneras escribir es una vía de crítica política. Y pues sí, ya maduré entre comillas, antes era como mucho más emocional, o sea, tenía una sed de transformación inmediata. Y ya vi como el país ha estado teniendo una gran decadencia y no vamos al mismo ritmo mi cabeza o mis posiciones políticas con el conservadurismo del país, entonces como que no hay tanta posibilidad de cambio, entonces como resignación.

Otra antropóloga, *whitemalan* de 51 años, se refiere al “callo” como un “músculo súper poderoso”. Al recordar su tiempo realizando trabajo de campo en Congo, bajo condiciones sumamente difíciles, ella reflexiona sobre ese músculo:

Entonces, muy rápido me di cuenta de que no iba a esperar nada y que iba a aceptar todo. Porque era la única forma como mi cabeza iba a poder seguir trabajando. La única cosa que pensaba era que tenía que tener café en la mañana y que tenía que tener mi lata del Nescafé del instantáneo para sobrevivir. Mi única gratificación física era la cafeína, pero mi cuerpo estaba listo para lo que fuera. Y eso se vuelve un músculo super poderoso. Porque entonces no te vas a preocupar, no vas a perder ni un segundo pensando que estás en un lugar peligroso, que va a colapsar, no, nada. Y esa evolución persiste porque cuando estuve en La Técnica, que hacía tanto calor, o sea, el mismo concepto: esta es mi realidad, esto es lo que va a pasar, vamos a estar bien.

La forma en la que se experimenta el cuerpo también cambia con el tiempo y la experiencia acumulada. Por ejemplo, para una antropóloga ladina-mestiza de 46 años, los ataques de pánico que experimentaba al inicio de su caminar antropológico cada vez ocurren menos:

Antes, tal vez hace 15 años, todavía tenía ataques de pánico. Tal vez hace 10 años cuando hacía campo sobre cuestiones violentas, sí tenía como sensaciones de asfixia, de pánico, como pensando que me están siguiendo o que me van a seguir, que me van a perseguir y así. Pero creo que últimamente estoy como mucho más dura, lo cual no quiere decir que ya sea algo así, porque podría volver, pienso, pero los últimos años he estado mejor.

Esta sección apunta a que el paso del tiempo y el cúmulo de experiencias interactúan con vivencia de las emociones y corporalidades de las antropólogas mientras realizan investigación. Así, lo que en los inicios de su trayectoria antropológica significó experimentar miedo e inseguridad, ahora se ha transformado en emociones como mayor tranquilidad y seguridad en ellas mismas y sus habilidades investigativas.

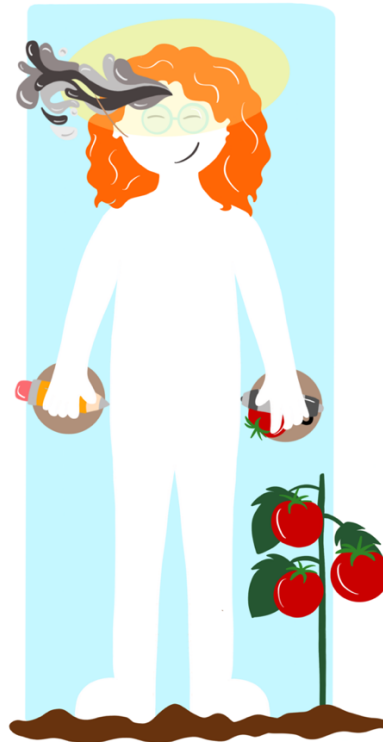
5.7 Una antropología que genera vínculos

Todas las antropólogas que participaron de este estudio mencionaron que una de las razones por las que se sienten agradecidas con la investigación antropológica es porque ésta les permite crear conexiones y vínculos valiosos con otras personas. Y estas conexiones generan emociones agradables en las antropólogas, como felicidad, amor y gratitud. Además, son relaciones que atesoran, recuerdan y que incluso logran ubicar en sus cuerpos. Así, las antropólogas valoran la oportunidad que les da la investigación de crear conexiones humanas con otras personas.

Los vínculos que las antropólogas generan con las personas de los lugares en los que hacen investigación representan un regalo que les entrega esta disciplina. Las personas que entrevistan, con las que viven por un tiempo, aquellas que acompañan, les dan la oportunidad de generar lazos fuertes de afecto. Porque, en palabras de una antropóloga ladina de 52 años: “[...] una de las cosas de la antropología es que es una práctica presente, una ciencia presente. El estar, el acompañar, pero el estar es muy importante”.

Para una antropóloga ladina de 58 años ese acompañar es algo que involucra todo su cuerpo. Dentro de su cartografía corporal ejemplifica esto con los tomates que la rodean (ver Figura 15). En su mano izquierda está sosteniendo un tomate, ya que cuando realizó investigación en Zunil trabajó junto a productores jóvenes que los cosechaban. Aunque está sosteniendo el tomate con una mano, la experiencia de recogerlo la abarcaba completa, por eso sus dos manos están rodeadas de una esfera café y sus pies rodeados de lodo. Ella relata que tanto ella como los productores se sentían acompañados durante esas jornadas.

Figura 15. Cartografía corporal: antropóloga ladina de 58 años



Nota. Los tomates que ayuda a recoger con una de sus manos representan las conexiones que logró generar con los productores jóvenes de Zunil.
(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

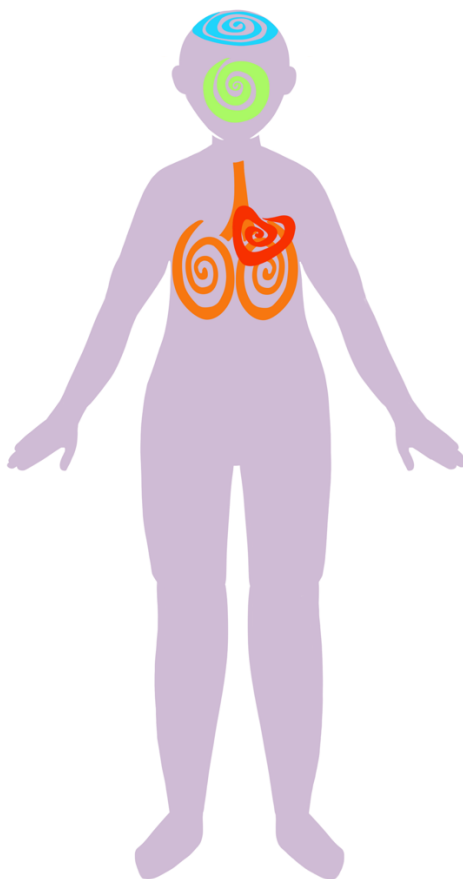
Una antropóloga mestiza de 32 años aún mantiene contacto con la mujer que conoció durante su primera investigación, de hecho, fue su casa en la que durmió durante el mes que duró el trabajo de campo. Ella describe esa conexión de la siguiente manera:

Me encanta poder tener esas conexiones con personas que no conocía a través de campo. Esta señora, que la amo con todo mi corazón, y seguimos siendo amigas y seguimos siendo amigas con su hija que todavía me escribe y con su nieto. Entonces son como

conexiones muy lindas. Que a pesar de que fue hace siete años o más son relaciones que perduran. Hace como dos años me vinieron a visitar y vino toda la familia y estaban en mi casa todos.

Para otra antropóloga, ladina-mestiza de 55 años, los vínculos que genera mientras realiza antropología habitan en su corazón. Dentro de su cartografía corporal coloca estos vínculos como una espiral roja en su corazón, la cual representa la felicidad que le produce poder construir empatía con las personas (ver Figura 16). Por otro lado, también incluye a sus pulmones, ya que desearía poder tener más aire para poder seguir realizando investigación y crear esas conexiones.

Figura 16. Cartografía corporal: antropóloga ladina-mestiza de 55 años



Nota. La espiral roja en el corazón significa la felicidad que le brinda poder conectar con otras personas mientras realiza investigación antropológica.
(Ilustración y digitalización gráfica: Ximena Sarmiento)

En el caso de una antropóloga mestiza de 46 años, los vínculos que genera con personas en campo las lleva en la muñeca izquierda (ver Figura 7 en la página 44). Para ella adquieren la forma de una cadena, pero no una en el sentido de esclavitud, sino una cadena de conexión humana.

Asimismo, estos afectos tienen relación con la capacidad de desarrollar espacios de confianza que luego se transforman en amor por las personas. Este amor se ve reflejado en el siguiente relato de una antropóloga *whitemalan* de 51 años, en el que reflexiona sobre su primer trabajo de campo como estudiante en la Sierra de las Minas durante un proyecto de máquinas de coser:

Regresando a la Sierra de las Minas, el amor por las personas. Y que también uno obviamente es subjetivo, quiere más a unas personas que a otras. Entonces, de mis grupos de costura había dos que los quise un montón, y que ellos me querían a mí. Y que siento un poco traición porque nunca volví a verlos, y ahora los niños son adultos y las personas, tal vez ya se murieron, pero ellos me daban amor. Me llevaban comida, se llegaron a despedir de mí, caminaron muchos kilómetros para despedirse de mí, uno de los grupos. Después conseguimos un molino en nixtamal y caminamos tres horas para la comunidad a la que habían regresado, que era súper pobre, pero igual nos recibieron con felicidad y no tenía nada que ver con las máquinas de coser. Obviamente, no tenía nada que ver con la antropología, sino que tenía que ver con amor. Y con cómo se desarrollan espacios de confianza en donde te cuentan cosas y donde también descubrís cosas de la dinámica de la comunidad.

Como demuestra lo presentado hasta el momento en esta sección, la investigación antropológica tiene el poder de generar vínculos afectivos fuertes. Sin embargo, esa posibilidad de generar vínculos se ve alterada cuando los campos se vuelven cortos. Así lo confirma el siguiente testimonio de una antropóloga mestiza de 46 años:

Hacer antropología produce afiliación a temas y gente, como que después de cierto tiempo ciertos lugares se vuelven sus lugares, cierta gente se vuelve su gente, aunque no haya sido gente conocida antes de empezar campo. También casi todo mi trabajo antropológico han sido cosas que yo quiero hacer, no me ha tocado tanto hacer consultoría, que creo que produciría otras cosas.

En línea con el testimonio anterior otra antropóloga, ladina de 58 años, establece que: “El problema es que cada vez las dinámicas del trabajo de campo son más cortas, entonces no hay tiempo para el desarrollo de las relaciones”.

Así, para estas antropólogas hacer investigación les permite generar vínculos con las personas. Estos vínculos y las emociones y corporalidades asociadas a ellos son posibles gracias a la oportunidad que provee la investigación antropológica de acompañar la vida de otras personas. Sin embargo, parece ser que esa oportunidad se ve alterada cuando las investigaciones no pueden ser de larga duración.

5.7.1 Trabajo colectivo

Hacer investigación con otros y otras colegas se vuelve una oportunidad para generar lazos valiosos y generosos, algo que fue mencionado por 13 de las 16 antropóloga. El trabajo colectivo produce emociones como felicidad y complicidad. Así, las conexiones humanas no solo se generan con las personas de los contextos en lo que se trabaja, sino también con quienes acompañan y experimentan los mismos desafíos que implica realizar investigación.

La antropología cosecha amistades de por vida, así lo confirma el testimonio de una antropóloga mestiza de 50 años mientras recuerda la amistad con una compañera con la que realizó trabajo de campo en la universidad y que, a pesar del tiempo, ha perdurado:

Ella, su primer campo fue conmigo, somos amigas desde hace infinito pues. Es la complicidad, es saber que cuentas con ella, o sea, fuimos al baño juntas porque había que acompañarnos porque estábamos en medio de un cafetal. Ese tipo de cosas te une, se hace un *bonding* (vinculación) importante que es difícil de romper a pesar del tiempo.

Las amistades entre colegas mientras realizan investigación ayudan a afrontar las partes difíciles del quehacer investigativo. Por ejemplo, una antropóloga ladina de 52 años relata cómo una experiencia en la Costa Sur le permitió consolidar su amistad con otra colega. Su testimonio revela cómo el trabajo colectivo le permitió sentirse entendida y acompañada:

En el caso de la Costa Sur, creo que fue muy importante mi relación con otra colega, al mismo tiempo que yo estaba haciendo ese trabajo había otra colega que estaba haciendo un trabajo similar en San Juan Comalapa y con quien trabajamos juntas; esos años nos unieron en amistad. Nos conocíamos desde hace ratos, pero esos años nos unieron, nuestra amistad se consolidó. Justamente yo podía desahogarme con ella y contarle las cosas que habían pasado en el trabajo de campo, mis inquietudes, las cosas buenísimas que habían pasado en el trabajo, pero también las cosas que me tocaban fuerte. El poder tenerla a ella y conversar todos los días con ella, y ella igual a mí, era como, yo no sé qué pasó ahí exactamente, pero para mí fue bien importante tenerla a mi lado en esos años. Contar con ella, contar con su amistad, pero también poder saber que había otra persona que me entendía.

Esta misma antropóloga de 52 años ubicó, dentro de su cartografía corporal, a “Nebaj y Ligia” (ver Figura 1 en la página 34). Este campo habita en su vulva, ya que representa intimidad. Fue un campo en el que la precariedad las rompió, pero en el que también pudieron acompañarse y llorar juntas. En palabras de la antropóloga: “[...] esa intimidad que surgió de esa experiencia que acabábamos de tener me conmovió hasta lo más íntimo”.

Además, la práctica investigativa en sí les permite a las antropólogas generar conexiones con otras colegas, que luego se transforman en complicidades. Para una antropóloga ladina-mestiza de 46 años la investigación le ha permitido crear vínculos interculturales y como resultado de ello experimentar felicidad:

Entonces justo es eso que realmente me produce una felicidad extrema, como unas complicidades que se generan en campo, sobre todo en mi último trabajo de campo que hice unas amigas, sobre todo una amiga kaqchikel joven, hicimos una gran empatía y una, no sé, se generó un sentimiento tan compartido sobre todo con mujeres, que nunca me había pasado, casi siempre había sido con hombres. Pero entonces en ese trabajo de campo, en varios trabajos de campo, he creado unas amistades súper fuertes. Y, por ejemplo, en cuestiones interculturales, como poder hacer una amiga kaqchikel que hace 25 años pensaba yo “es imposible”, por la distancia, por el choque que hay, como es imposible. Y ahora que he hecho amigas kaqchikeles en ese trabajo de campo, que yo ya no trabajo ahí, ya no estoy haciendo eso, pero siguen siendo mis amigas y salimos a tomar una cerveza, se quedan en mi casa a dormir o algo así, es como la felicidad absoluta de “A la gran, gracias al cielo este el campo me ha permitido totalmente hacer amistades que en ninguna otra profesión creo que lo hubiera logrado”. Más que nada

eso, la amistad, la complicidad que genera el sentimiento de compañerismo, otras personas que están en lo mismo y compartir y dialogar sobre eso me da muchísima satisfacción.

Esta sección apunta a que la posibilidad de realizar investigación con otros y otras colegas abre la oportunidad a generar amistades duraderas. Estas amistades les permiten a las antropólogas superar los retos de hacer investigación y sentirse acompañadas durante el proceso. Esta dimensión se ve relacionada tanto con sus emociones como con sus corporalidades, al encontrarse, por ejemplo, felices y vincular estas conexiones con partes de sus cuerpos como su vulva.

5.8 Otros regalos que da la antropología

Como nos lo demostró la sección anterior, la antropología no solo trae consigo cosas difíciles de afrontar, sino que también puede ser generosa. Esa generosidad adopta diferentes formas dependiendo de la antropóloga. Los testimonios de las antropólogas que exploraremos en esta sección tienen que ver con recibir regalos de la antropología como: una mayor oportunidad para la introspección, la posibilidad de entender la realidad de aquello que les enoja y lastima, y la posibilidad de aprender a seguir normas sociales que les parecen extrañas e innecesarias. Seis de las 16 antropólogas abordaron y hablaron de este tipo de regalos y comparten la experiencia de que la investigación antropológica les ha brindado herramientas para navegar el mundo, un mundo que puede enojar o que puede resultar confuso.

Para una antropóloga ladina de 58 años uno de esos regalos fue encontrar tranquilidad. Esa tranquilidad provino de utilizar la investigación para estudiar la realidad en la que no encaja. Hacer antropología le permitió entender por qué no encaja y reafirmar que no tiene intención de encajar, porque:

No comparto esos valores ni juego esos juegos. Entonces soy marginal por eso, porque entiendo el sistema y no voy a cambiar o tratar de incorporarme a él porque no quiero. Pero entonces me da un sentido de tranquilidad, porque entendí.

Además, la investigación les puede dar la oportunidad a las antropólogas de identificar y ponerle más atención a la forma en la que se sienten tanto emocionalmente como corporalmente. Así lo relata una antropóloga ladina-mestiza de 24 años:

En mi vida personal me cuesta mucho identificar las emociones en el cuerpo o las emociones en sí, pero creo que cuando estoy en campo y cuando estoy como que pensando en mi investigación y mi trabajo, de alguna forma las emociones y las cosas que estoy sintiendo son parte de mi trabajo, entonces, como que mi cabeza dice “bueno”, como que es parte de la investigación y del trabajo y de lo que estoy haciendo, las puedo identificar de mejor manera.

Por otro lado, la investigación antropológica también puede dar la oportunidad de funcionar en el mundo. Una antropóloga *whitemalan* de 51 años recuerda cómo, desde pequeña, su forma de pensar y actuar desentonaba con lo que se esperaba de ella socialmente. Sin embargo, la antropología le ha dado “instrucciones” para poder funcionar.

Así, para ella la antropología se ha convertido en algo más que una profesión, es en un estilo de vida:

Cuando era pequeña yo no entendía las normas sociales y las rompía sin querer. Y la reacción de los adultos hacia mi rompimiento de normas, era un *shock* siempre. [...] Entonces, yo creo que me faltaba como un elemento de intuición social y todavía me hace falta y, de nuevo, la antropología me da instrucciones; la antropología me ha permitido entender las instrucciones sociales. La antropología da herramientas. Porque luego, conforme iba avanzado la antropología me dio la receta. Entonces, si lo hago bien, y muchas veces lo hago mal, porque tengo muchos ejemplos de qué mal me relaciono con el mundo, si sigo la receta, tengo éxito. Si no sigo la receta genero caos. Obviamente mis amigas, mi grupo, siempre es la gente que también genera caos a su manera. Entonces está el caos, pero sí quiero funcionar en el mundo, en mi trabajo, en los lugares así, he sido exitosa porque la antropología me ha enseñado a entender la receta. Y entonces también por eso es más una forma de vida que una profesión, más que una profesión es una forma de vida, porque me permite lograr lo que quiero siguiendo las reglas conscientemente. Nunca ciegamente sino conscientemente.

Otro de los regalos puede ser el aprender a enfrentar las emociones no agradables por medio de la investigación. En el caso de otra antropóloga, mestiza de 43 años, la investigación le permitió enfrentar el *bullying* o acoso escolar que sufrió mientras estudiaba en una universidad del extranjero. Para ella convertirse en antropóloga significó tener la oportunidad de entender lo que producía tanto enojo y dolor. De cierta forma la investigación le brindó una resolución a la experiencia difícil que estaba afrontando:

Pero hacer esta investigación me ayudó a entender por qué yo estaba en la situación en la que estaba con ellos y por qué yo estaba experimentando el ostracismo que estaba experimentando. Y entonces ahí descubrí yo que la antropología era algo que yo podía usar para entender todas las cosas que me enojaban y que me dolían de la gente. Entonces, como decir: yo puedo dedicar mi vida a ese enojo y a ese dolor que siento a veces por la gente y sobre por qué tienen que hacer las cosas así. [...] No es que revuelva las cosas, pero sí me permite tener un panorama más amplio de eso y por qué las personas en algunas situaciones o momentos son así. Por lo menos me ayudó a darle estructura y a darle forma a eso que antes era como una nube de enojo y de dolor.

Los testimonios de esta sección nos plantean que el hacer investigación tiene la posibilidad de ayudar a las antropólogas a entender lo que les sucede y les brinda herramientas para afrontarlo. Así, puede ayudarlas a reducir emociones no agradables como enojo y así encontrar tranquilidad, a poder identificar mejor sus emociones, y a poder funcionar en un mundo en el que no encajan. Aquí nos encontramos de nuevo con que las identidades y propias historias de vida de las antropólogas interactúan con sus emociones y corporalidades.

A lo largo de este capítulo hemos hecho un recorrido por las vivencias emocionales y corporales de las antropólogas mientras realizan investigación. Comenzamos explorando sus primeros encuentros con la práctica investigativa, lo cual demostró ser una experiencia retadora, pero también gratificante para ellas. Estos primeros encuentros funcionaron como

contextos que situaron sus emociones y corporalidades. El enfrentar algo nuevo y atravesar cambios en su cotidianidad produjo tanto emociones agradables como no agradables, y sensaciones corporales variadas.

En la sección sobre entrar en personaje conocimos a antropólogas con emociones y corporalidades capaces de adaptarse a las exigencias del entorno en el que realizan investigación. Luego nos adentramos en la “carga” que viene con el hacer investigación, es decir, todo aquel dolor que las antropólogas pueden presenciar en la vida de las personas que conocen y con el que de alguna manera se quedan. Esta sección ayudó a mostrar que lo que escuchan y presencian mientras realizan investigación se queda guardado en sus cuerpos y contribuye a generar emociones en ellas, ya que llegan a experimentar tristeza y frustración, así como también dolor físico o la sensación de peso en múltiples partes del cuerpo como los hombros. Más adelante exploramos las crisis, esos momentos de cuestionamiento profundo sobre el quehacer antropológico y cómo las antropólogas le hacen frente en sus vidas. Aquí la antropología como disciplina y la investigación como práctica informaron las emociones y cuerpos de las antropólogas.

Por otro lado, identificamos las múltiples identidades que conforman a las antropólogas y que se interrelacionan de forma interseccional. Comenzamos por entender que ser una antropóloga mujer puede implicar sentirse constantemente en peligro y que eso contribuye a que sientan miedo constantemente. Además, identificamos que pueden llegar a sufrir acoso sexual y buscan ser cuidadosas con la forma en la que presentan y cubren sus cuerpos, precisamente para evitar ser violentadas. La dimensión de edad se suma a la opresión que sufren por ser mujeres cuando son también adultas jóvenes, ya que experimentan expresiones de adultismo y llegan a sentir inseguridad y “nervios” tanto emocional como corporalmente. Asimismo, la identidad étnica de las antropólogas se posiciona como un tercer desafío en el caso de las antropólogas mayas, ya que afrontan violencias racistas mientras realizan investigación lo que les produce dolor físico y emocional.

Siguiendo con el recorrido por las identidades de las antropólogas, descubrimos que la clase social también da cuenta de sus emociones y corporalidades, al igual que si ellas se autoidentifican como activistas. Otras identidades, como el ser madre o neurodivergente, también contribuyen a entender la forma en la que identidad ayuda a moldear las emociones y cuerpos de las antropólogas. Por otro lado, la experiencia del “callo” antropológico nos ayudó a entender que la temporalidad también produce cambios en las emociones y corporalidades, ya que no experimentan la investigación en los inicios de su formación de la misma forma que después con muchos años de experiencia.

En las partes finales de este capítulo pudimos conocer factores que las antropólogas consideran gratificantes de hacer investigación. Entre ellas estuvo el poder generar vínculos tanto con las personas de los contextos en los que trabajan como con sus colegas. Así, vemos que la interacción con otras personas también contribuye a generar experiencia emocional y corporal, experimentando amor y felicidad que también sienten en el cuerpo. Por último, exploramos las diferentes formas en las que la investigación les da herramientas a las antropólogas para navegar un mundo que les cuesta entender o que las enoja y lastima.

Este capítulo nos ha permitido aproximarnos a trayectorias de antropólogas cuyas emociones y corporalidades se ven afectadas por: el contexto en el que realizan investigación, los tipos de investigaciones que realizan, sus identidades e historias de vida, las épocas o temporalidades en que investigan y las personas con las que se relacionan. Así, conocimos a antropólogas complejas y multidimensionales, que no salen ilesas de los procesos investigativos.

Este capítulo nos ha permitido conocer a profundidad las experiencias e historias de las entrevistadas. Por tanto, en el siguiente capítulo veremos a esas antropólogas a través de lentes teóricos que ayudarán a explicar la profundidad de sus experiencias. Comenzaremos por aproximarnos al convertirse en una antropóloga como un rito de paso, luego exploraremos la multiplicidad de cuerpos implicados en el quehacer investigativo de las entrevistadas, por último, vincularemos a las emociones con las corporalidades, estableciendo a estas como fenómenos socioculturales que deben estudiarse en conjunto.

El poema de la antropóloga que se aferra a los vínculos, la libertad y la alegría

Mis miedos y ansiedades
me pintan de amarillo.

Lo que cuesta
me duele en tonos de rojo.

Las conexiones que genero
con las personas y conmigo
me llenan de verde.

La libertad y el soltar
pintan mi camino de azul.

La alegría de aprender
me envuelve en morado.

Y a pesar del daño que llegan a generar
el color del sol y el fuego;
me sigo aferrando
al color de los valles, del mar y de las uvas.

6. DISCUSIÓN DE RESULTADOS

Las antropólogas llegan a ser antropólogas por caminos diversos y distintos, por razones singulares y atravesadas por sus propias historias de vida. Para algunas llegar a la antropología implicó comenzar a acercarse a realidades distintas a su cotidianidad desde mucho antes de descubrir la antropología como disciplina. Como conversábamos con una antropóloga maya kaqchikel de 62 años, para algunas vino primero la realidad y después la teoría.

Otras llegan a la antropología por casualidad o porque crecieron preguntándose sobre lo que las rodeaba y cuestionando todo lo que las atravesaba. Una antropóloga ladina-mestiza de 46 años recuerda que ella era adolescente cuando asesinaron a Myrna Mack un 11 de septiembre de 1990 y que creció con su ejemplo y su inspiración. Inspiración de la antropóloga comprometida que quería llegar a ser y en la cual se convirtió.

Así, se llega a la antropología por trayectos enredados, no lineales, complejos. Por caminos con quebradas, llenos de lodo, rodeados de verde o incluso desolados. Caminos sobre los que caen gotas de sudor, de llanto y de sangre menstrual. Caminos a veces solitarios, a veces acompañados. Caminos constantes, porque realmente las antropólogas nunca dejan de construirse.

En este capítulo me dedicaré a vincular la teoría con la evidencia. Buscaré brindar un lente para entender esas travesías que atraviesan las antropólogas para convertirse en antropólogas y durante las cuales experimentan las vivencias corporales y emocionales que se presentaron en la sección de resultados. Haré dialogar a los cuerpos y emociones de las antropólogas con autores clásicos de la antropología como Arnold van Gennep y Victor Turner, y con otras más contemporáneas como Catherine Lutz y Lila Abu-Lughod.

El utilizar estos marcos teóricos para enmarcar los hallazgos de mi investigación busca enriquecer el análisis de estos. Más que un intento por hacer encajar los resultados en la teoría, este es un intento de poder re-imaginar conceptos que me permitan explicar la complejidad de las historias de las mujeres que de forma tan generosa y genuina me compartieron su caminar. Así que, te invito a caminar por la aventura que implica convertirse en antropóloga desde identidades diversas y complejas.

6.1 Convertirse en antropóloga como rito de paso

El camino que recorren las antropólogas mientras realizan investigación antropológica puede entenderse como un rito de paso. En los ritos de paso las personas atraviesan un cambio de estatus, es decir, sufren transformaciones; después de pasar por un rito de paso una persona no es la misma persona que era antes del rito (van Gennep, 1960). El convertirse en antropóloga es un rito de paso porque hacer investigación implica atravesar procesos que marcan a las antropólogas y de los cuales no salen siendo las mismas.

Me gustaría proponer que el rito de paso de la antropología, para las mujeres guatemaltecas que la ejercen, se presenta con cada uno de los tres estados propuestos por Arnold van Gennep (1960): estado preliminar, estado liminal y estado postliminal. Entender la práctica antropológica como un rito de paso con estas etapas permitirá contextualizar las emociones y sensaciones corporales que experimentan las antropólogas de este estudio.

Es necesario señalar que en esta investigación entenderemos al rito de paso de convertirse en antropóloga como un evento diacrónico más que sincrónico. Es decir, un evento que abarca un lapso de tiempo largo, en el cual la antropóloga puede pasar mucho tiempo en un solo estado y pasar por los tres estados más de una vez, más no sin culminar siempre siendo transformada. Ya que, como bien señala Bowie (2006), los ritos de paso son procesuales, y no meramente eventos circulares.

Exploremos entonces cada uno de los estados de este rito de paso antropológico.

6.1.1 Estado preliminar

El estado preliminar implica distanciarse o separarse de un estado ya conocido, significa adentrarse a una nueva forma de ser (van Gennep, 1960). Por lo tanto, podemos entender el entrar por primera vez a la investigación antropológica como esa separación. La investigación incluso puede entenderse como el umbral que se atraviesa en el rito de paso. El umbral es un límite que representa un cambio de lugar físico y simbólico (van Gennep, 1960; Bowie, 2006). Así, la investigación representa un nuevo espacio que requiere que las antropólogas se trasladen de un lugar a otro físicamente, pero también de un estado social a otro simbólicamente.

Esta etapa se caracteriza por producir en las antropólogas las emociones y corporalidades exploradas en el apartado de “Los primeros encuentros con la investigación antropológica” en el capítulo de resultados. Así, este espacio nuevo y el adentrarse en algo hasta ahora desconocido contribuye a generar en ellas nervios, inseguridad y miedo. Esto se debe a que la investigación requiere que ellas utilicen por primera vez las herramientas antropológicas que han conocido solo teóricamente. Sin embargo, también les permite experimentar libertad y valentía. Pueden cambiar su rutina y conocerse capaces de hacer investigación. La etapa preliminar implica, además, conocer por primera vez sensaciones corporales como el dolor de pies en campo y las mariposas en el estómago.

Además, la separación que caracteriza a este estado se puede observar claramente en todo lo que implica el quehacer investigativo de las antropólogas. Al hacer investigación deben acudir a espacios diferentes a aquellos que frecuentan en su día a día. Esto requiere que se separen de la familia y de su propia rutina, implica interactuar con personas nuevas, comer comidas distintas, caminar por espacios aún no recorridos. Es decir, la cotidianeidad misma se ve alterada cuando se realiza investigación antropológica. Al entrar en la investigación entran físicamente a otro sitio, porque se trasladan de sus espacios habituales a espacios nuevos, a contextos distintos. Además, cambia la forma en la que se presentan ante las demás personas, porque se convierten en antropólogas haciendo investigación, es decir, investigadoras que visitan otros contextos para escuchar otras historias de vida y entender otras realidades.

En esta etapa aún se está aprendiendo a ser una antropóloga en campo, la identidad de antropóloga haciendo investigación es algo nuevo para ellas. Encontrarse las primeras veces con la investigación es un punto de no retorno, un primer acercamiento a algo trascendental. Implica ver a los ojos directamente a la realidad, y vivirla emocional y corporalmente desde una disciplina sumamente particular. Por lo tanto, el primer encuentro con la investigación les permite a las antropólogas comenzar una transformación de la que no saldrán ilesas. Así, el estado preliminar es el comienzo de un proceso de cambio profundo, en el que encontrarse con la investigación reta a las antropólogas. Veamos, entonces, cuál es el siguiente paso de ese proceso.

6.1.2 Estado liminal

El estado de liminalidad se relaciona con el estar en medio de quien se era antes del rito y la versión que surgirá después, este es un estado de ambigüedad y transformación (van Gennep, 1960; Turner, 1969). Victor Turner (1969) explica la ambigüedad de la liminalidad de la siguiente forma: “esta condición y estas personas eluden o se escapan del sistema de clasificaciones que normalmente establecen las situaciones y posiciones en el espacio cultural. Los entes liminales no están ni en un sitio ni en otro” (p. 102). Por tanto, la liminalidad es una etapa en la que las personas se encuentran en un puente entre su versión pasada y su versión futura, se encuentran en medio de un camino que los conduce al cambio, pero un cambio del que aún no se han adueñado. La liminalidad, además, se relaciona con la ausencia de estatus y la *communitas*, dos elementos que serán abordados a detalle más adelante.

Este estado lo entenderemos como el lapso en el que las antropólogas interactúan con la realidad que investigan, es decir, cuando hacen entrevistas o moderan grupos focales, cuando estudian distintas realidades, cuando escriben sus notas de campo mientras realizan observación participante. Hacer investigación se puede entender como una práctica liminal ya que las antropólogas se encuentran en el medio de dos estados. Mientras escuchan testimonios lo hacen alejadas de su cotidianeidad documentando vidas de otras personas sin haber sido transformadas aún por lo que están escuchando y presenciando, mientras hacen trabajo de archivo se encuentran entre el pasado y el presente. En este tiempo las antropólogas no son quienes eran antes de adentrarse en el umbral, pero tampoco son quienes serán después de culminar su travesía.

En esta etapa que las antropólogas afrontan diferentes experiencias. En primer lugar, entran en personaje, es decir, buscan adaptarse a los contextos en los que investigan. Además, reciben “cargas”, entendidas como las historias de dolor que no les pertenecen, pero que se quedan con ellas. Finalmente, afrontan crisis con la disciplina antropológica, es decir, tienen cuestionamientos profundos sobre si vale la pena o no seguir realizando investigación antropológica debido a los cambios que puede o no generar en las vidas de las personas. Estas experiencias se relacionan fuertemente con la ambigüedad que caracteriza a la liminalidad, así que veamos cómo se expresa en cada una.

Empecemos por la característica de entrar en personaje. Retomando lo propuesto por Erving Goffman (1959) sobre que la interacción social funciona como una obra de teatro,

en la que las personas son actores y actrices, podemos entender a las antropólogas que se encuentran en la etapa de liminalidad como actrices que necesitan encarnar un personaje que les permita hacer antropología. Debido a la ambigüedad que caracteriza a la liminalidad, esta etapa les da la oportunidad de ser flexibles con la forma en la que se presentan ante las otras personas. Lo que signifique para ellas habitar la identidad de una antropóloga no es permanente, sino más bien se adapta al tiempo y al contexto en el que realizan antropología.

Así, podemos entender los testimonios de las antropólogas que hablaron sobre entrar en personaje mientras realizaban investigación como puestas en escena que son posibles gracias a la posición de liminalidad en la que se encuentran. El estar en el medio, el no ser una cosa ni la otra, les da la oportunidad a las antropólogas de jugar con su identidad, de ser creativas para adaptarse a los contextos en los que investigan. Sin embargo, ese juego de identidades requiere energía. Por eso esto les resulta un proceso desafiante y agotador, tanto emocional como físicamente. Aunque también les genera disfrute, porque les permite ser flexibles con cómo se presentan ante otras personas.

Pasemos ahora a ahondar sobre la “carga”. La ambigüedad que caracteriza a la liminalidad también hace vulnerables a las antropólogas. Ruth Behar (1996a) ya había nombrado a las antropólogas como observadoras vulnerables, y los testimonios presentados en la sección de resultados sobre la “carga” lo confirman. Pareciera ser que al estar en liminalidad, mientras se existe de forma difusa, las antropólogas se vuelven más susceptibles a quedarse con “cargas” que no son de ellas. La tristeza, el dolor, el enojo y la frustración que genera presenciar realidades de un país como Guatemala, es decir, un país desigual e injusto, las acompañan en su paso por la liminalidad. Además, durante esta etapa los cuerpos de las antropólogas se vuelven vulnerables también, porque la “carga” se llega a sentir como dolor físico infringido por flechas que atraviesas sus músculos o como un peso que se lleva en la espalda.

Al explorar ahora las crisis podemos recordar lo que mencionó una de las antropólogas sobre que hacer investigación le permite ponerse en duda a sí misma. Si algo es el espacio liminal, es un espacio de dudas más que de certezas. Es por esto por lo que las crisis también suceden en la etapa liminal, ya que esta fase del rito de paso facilita el cuestionamiento. Para las antropólogas de este estudio las crisis en el espacio liminal significaron cuestionar el tipo de antropología que realizan y reflexionar sobre cómo quieren continuar en el camino de la investigación antropológica. Estas son crisis que en la etapa postliminal pueden encontrar resolución, pero mientras se está en este limbo entre ser y no ser se viven de forma latente. Como resultado las antropólogas experimentan emociones como impotencia, dolor y enojo.

Hemos conocido al estado liminal como un estado en que la ambigüedad les permite a las antropólogas habitar un personaje que les permita hacer investigación, que las hace susceptibles a recibir “cargas” por presenciar realidades dolorosas, y que las invita a cuestionar profundamente su quehacer investigativo. Pero ¿en dónde queda la identidad durante la etapa liminal? Como veremos a continuación, esta no desaparece de escena.

6.1.2.1 La identidad se cuele en la liminalidad

Victor Turner (1969) propone que la ambigüedad que caracteriza a la liminalidad puede incluir, en la persona que atraviesa el rito, la ausencia de atributos como sexo, estatus e incluso la situación de parentesco. Esto ocurre debido a que la etapa intermedia del rito de paso se relaciona también con la anti-estructura, es decir, tiene que ver con una forma de ser que no se ajusta a las normas y el estatus establecido (Turner, 1969). De cierta forma, en la liminalidad no se puede tener las mismas características que se tenía antes del rito, porque esta etapa se caracteriza por ser una especie de limbo.

Aunque en las dimensiones anteriores hemos abordado la importancia de la etapa liminal como una etapa caracterizada por la ambigüedad, me gustaría cuestionar el hecho de que la ambigüedad significa ausencia de atributos o características, por lo menos cuando se realiza antropología. Para mí, el entrar en personaje no significa necesariamente borrar por completo la persona que se era antes. Es cierto, hay flexibilidad, pero también hay partes de las antropólogas que no desaparecen. Las antropólogas no son antropólogas completamente diferentes a quienes eran antes, sino antropólogas situadas; las antropólogas no entran al rito de paso como un lienzo en blanco. Más bien, su identidad antes del rito de paso se complementa y complejiza con las nuevas experiencias que atraviesan mientras realizan investigación. Este proceso les permite a ellas existir en sus propios términos, analizar quiénes eran antes y quiénes quieren ser después. Exploremos, entonces, qué elementos de identidad sitúan a estas antropólogas.

Como lo demuestran los resultados, las antropólogas son mujeres que habitan cuerpos sexuados que hay que cubrir para protegerse del peligro inminente de ser violentadas. Son antropólogas, como lo establece Ruth Behar (1996b), con pechos que se convierten en símbolos antes las demás personas; símbolos que delatan que las antropólogas son mujeres. Como afirma Barbara Grabowska (2023) el cuerpo no es un símbolo neutral, sino uno con significado. Y sobre el que se inscriben dinámicas de poder (Grosz, 1990). Para las antropólogas de este estudio habitar un cuerpo de mujer mientras se realiza investigación implica sentir miedo constante a ser violentadas, contar con una carga mental adicional para pensar cómo protegerse, y sentir ese peligro en sus cuerpos, siendo estos últimos algo que buscan proteger todo el tiempo.

Las antropólogas también tienen edad. Los resultados apuntan a que ser una antropóloga adulta joven genera emociones como miedo, inseguridad y frustración, las cuales se sienten en el cuerpo en partes como los dedos y las manos. Estas emociones surgen debido a que las antropólogas se sienten juzgadas por las personas adultas que las rodean y que pueden llegar a cuestionar sus capacidades antropológicas. Además, las antropólogas llegan a sufrir de adultismo mientras realizan investigación.

Asimismo, las antropólogas tienen una etnia o pertenecen a un pueblo determinado. Para entender esta dimensión resulta especialmente importante afirmar que el contexto guatemalteco no solo es patriarcal y adultocéntrico, sino también racista (Chirix, 2012), y que las antropólogas mayas viven las consecuencias de ese racismo mientras realizan investigación. Estas violencias las afrontan en sus cuerpos y contextualizan sus emociones. El racismo produce en ellas dolor físico y emocional. Sin embargo, ser antropóloga maya

también trae consigo alegrías como, por ejemplo, poder conectar con las enseñanzas de sus abuelos y contribuir a la lucha por los derechos de los pueblos originarios.

Las antropólogas son también antropólogas con clase social, con familia y amigas, antropólogas neurodivergentes, con cuerpos gordos, son antropólogas activistas y con convicciones políticas. Como lo nombraría Andrea Aguilar (2022), son antropólogas y algo más, son más que científicas; son humanas complejas con identidades múltiples que no se quedan afuera de la investigación antropológica y que informan por sus experiencias emocionales y corpóreas.

Todas estas identidades se relacionan de forma interseccional. Es decir, no actúan de forma separada en sus historias de vida y sus cuerpos, más bien se suman y acumulan. Por tanto, no será lo mismo ser una antropóloga adulta joven, que una antropóloga adulta. Tampoco será lo mismo ser una antropóloga adulta joven maya, que una antropóloga adulta joven ladina/mestiza. De esta cuenta que los retos que afrontan las antropólogas se relacionan con quiénes son, qué opresiones y privilegios residen en ellas y sus cuerpos. Estas opresiones y privilegios no desaparecen mientras realizan investigación, sin importar que se encuentren en la etapa liminal.

Así, la identidad se cuela entre la liminalidad, forma parte de ella a pesar de la ambigüedad que la caracteriza. Las antropólogas siguen siendo más que solo antropólogas. Habiendo ya entendido el rol de la identidad, exploraremos ahora un concepto que va ligado con la experiencia liminal: la *communitas*. Porque las antropólogas también se acompañan a otras personas y se relacionan con ellas mientras realizan investigación.

6.1.2.2 *Communitas*

Cuando Victor Turner (1969) profundizó en el concepto de liminalidad propuso que durante esta etapa se llega a experimentar la *communitas*. Esta es una forma de relacionarse con las otras personas que permite trascender divisiones impuestas por la estructura social y así generar vínculos fuertes. Los lazos sociales que se generan en la *communitas* implican realmente estar con y acompañar a las otras personas, independientemente de si antes del rito de paso esas relaciones estaban caracterizadas por jerarquías y diferencias de poder. Por tanto, la *communitas* da paso a la generación de lazos de igualdad en el que las personas se relacionan como humanos no diferenciados o separados por las estructuras sociales (Turner, 1969).

Los resultados obtenidos apuntan a que las antropólogas, mientras están en este estado de liminalidad, también llegan a vivir la *communitas*. Esto se logra a partir de la generación de complicidades y afectos importantes tanto con las personas de los contextos en los que realizan investigación como con las y los colegas que las acompañan en el rito de paso. Esto se demuestra a partir de los testimonios planteados en la sección de resultados sobre “Una antropología que genera vínculos” y la subsección sobre “Trabajo colectivo”. Generar amistades que perduran con el tiempo y poder acompañarse entre sí provoca en ellas emociones como felicidad y amor. Y estos vínculos habitan en partes de sus cuerpos como el corazón, la muñeca y las piernas. La *communitas* permite generar amistades sin importar

diferencias étnicas, de clase, de edad, etc. Así, el hacer antropología, permite desafiar las divisiones impuestas por la estructura.

Es importante rescatar, sin embargo, que los resultados apuntan a que la posibilidad de generar vínculos se ve debilitada cuando las investigaciones duran poco tiempo. Esto se puede vincular con lo que Tatiana Paz Lemus (2017) llama la llegada de las consultorías rápidas a Guatemala. Como establece Paz (2017), la llegada del neoliberalismo ha provocado cambios importantes en la forma en la que se hace etnografía en el país. De una antropología académica se ha pasado a una antropología que produce consultorías rápidas, lo cual se relaciona “con la flexibilización laboral y el pobre financiamiento de la investigación científica” (Paz, 2017, p. 292).

El contexto del que habla Tatiana Paz hace eco con las experiencias de las antropólogas que relatan cómo los vínculos fuertes que han generado se han dado en investigaciones de larga duración. Considero, por lo tanto, que este nuevo modelo de producción de conocimiento antropológico cambia la forma en la que las antropólogas se vinculan con la investigación y el tipo de relaciones que logran establecer. Por tanto, también cambia las dinámicas sociales que les permiten llegar a experimentar la *communitas* durante la liminalidad.

Además, según Turner (1969) existe una relación entre la liminalidad, la marginalidad y la *communitas*. Con marginalidad se refiere a personas y principios que tienen un estatus inferior dentro de la estructura, es decir, aquellas que ostentan menos poder u autoridad. Esta relación se debe a que la *communitas*, que surge en la liminalidad, no sería posible sin aquello que caracteriza y diferencia a la anti-estructura de la estructura, es decir, todas las características y personas que se quedan en los márgenes. En palabras de Turner (1969) “la *communitas* se introduce por los intersticios de la estructura en el caso de la liminalidad; por los márgenes, en el de la marginalidad; y por debajo suyo, si se trata de inferioridad” (p. 134). Así, lo marginal en contraposición con la estructura social, hace posible el surgimiento de la *communitas*.

Este último aporte nos permite entender cómo el hacer investigación y alcanzar la *communitas* se convierte también en una forma de resistencia. Esto, ya que la práctica antropológica puede llegar a implicar el contraponerse a la estructura y generar vínculos humanos. Por ejemplo, podemos regresar al testimonio de la antropóloga ladina-mestiza de 46 años que habla sobre el haber podido generar amistades profundas con mujeres mayas kaqchikeles mientras realizaba investigación. Ella pudo generar vínculos interculturales en un país con legados coloniales y racistas que refuerzan la diferenciación y exclusión.

Por tanto, el quehacer investigativo antropológico funciona como un principio de acompañamiento e interacción humana que se contrapone a un *status quo* caracterizado por la separación y la diferenciación. Las antropólogas y su deseo por entender otras realidades e identidades, por contribuir a mejorar los contextos que estudian, se anteponen a una estructura que se beneficia de la indiferencia. Así, la apertura y disposición de estas investigadoras para utilizar la liminalidad como un mecanismo para acercarse a su tema de

estudio, por ponerse en duda a ellas mismas y volverse más vulnerables, es en sí misma una forma de cuestionar y buscar cambiar la estructura social.

Durante este apartado nos hemos encontrado con antropólogas que se atreven a experimentar la liminalidad y que, mientras están en ella, logran desafiar la estructura por medio de generar vínculos sociales con otras personas mientras realizan investigación. Con esto culminamos la exploración de la etapa liminal, la cual da paso a la tercera y última etapa: la postliminal. En ella entenderemos cómo han sido transformadas las antropólogas por su travesía por este rito de paso.

6.1.3 Etapa postliminal

En la etapa postliminal la persona regresa a un espacio o lugar determinado, pero ya transformada (van Gennep, 1960). Porque no es posible salir de la liminalidad y de la *communitas* siendo la misma persona, la anti-estructura cambia a las personas (Turner, 1969). Las antropólogas también viven esta transformación porque después de cada proceso investigativo no son las mismas. Después de realizar investigación, de atravesar el umbral y de vivir la liminalidad, las antropólogas han sido atravesadas por la práctica investigativa; se han convertido en antropólogas.

A esa transformación también podríamos interpretarla como el “callo” antropológico. Cada vez que una antropóloga llega a esta etapa va creando un “callo”, es decir, un cúmulo de lecciones aprendidas, de emocionalidades atravesadas, de un cuerpo informado por la experiencia de hacer investigación antropológica. Así, el estado postliminal da paso a una antropóloga con experiencia antropológica atrás de ella, que le permite tener más seguridad en sí misma e incluso encontrar resolución a las crisis experimentadas durante la liminalidad. Los cuerpos de las antropólogas en esta fase son cuerpos llenos de experiencias vividas.

Por tanto, al llegar al estado postliminal las antropólogas han mejorado lo que una de ellas nombró como su “caja de herramientas”, ya que han aprendido a cómo enfrentar la investigación y qué les puede servir las próximas veces. También implica que ahora sus cuerpos guardan historias de vida de otras personas y afectos hacia ellas y quienes las acompañan en su quehacer investigativo. Estas experiencias pintan y llenan sus cuerpos de colores y simbolismos, como lo demuestra la cartografía corporal de la antropóloga que se ve envuelta completamente por sus experiencias trabajando con mujeres, su experiencia en Zacualpa, y su trabajo en Nebaj. Significa, además, que antes de llegar a esta etapa del rito de paso podían sufrir de mucha inseguridad y “nervios”, incluso de ataques de pánico, pero ahora sienten más confianza en ellas mismas y sus habilidades, y pueden tener un mejor autocontrol de cuerpo. Estas antropólogas que terminan de atravesar el rito han pasado por una travesía que las ha transformado.

Aquí hemos descubierto que cuando culmina el rito de paso las antropólogas no son las mismas que cuando comenzaron este camino. Ahora cerraremos esta sección con una recapitulación de este proceso, sus etapas y lo que representa para las antropólogas.

6.1.4 El rito de paso: una recapitulación

Hemos realizado el recorrido por el rito de paso para convertirse en antropóloga. Un rito de paso que les permite a las antropólogas pasar de un estado a otro y ser transformadas por la experiencia de haber realizado investigación. Este rito las ha cambiado; ahora son antropólogas atravesadas por las experiencias vividas. La Gráfica 2 ilustra y resumen cada una de las etapas de este rito.

Gráfica 2. Etapas del rito de paso para convertirse en antropóloga



La primera etapa está caracterizada por el hecho de que las antropólogas atraviesan una separación o alteración de su cotidianidad, la cual las lleva a experiencias hasta entonces desconocidas. Cambian de espacio físicamente, pero también social y simbólicamente; atraviesan el umbral. La etapa de liminal les permite, gracias a su ambigüedad, entrar en personaje, las vuelve vulnerables a recibir “cargas” que no les pertenecen, y les da la oportunidad de cuestionar su quehacer investigativo. Sin embargo, esta ambigüedad no borra sus identidades, ellas siguen siendo mujeres con edad, etnia, clase, etc. Además, en la liminalidad llegan a experimentar la *communitas*. Es decir, logran generar vínculos sociales estrechos con otras personas a pesar de las diferencias impuestas por la estructura social. Por último, en la etapa postliminal, la experiencia acumulada las ha cambiado; han regresado a la estructura, pero ya no son las mismas, ahora lo que han experimentado mientras realizaban investigación se suma a su identidad.

El rito de paso para convertirse en antropóloga ha demostrado ser un proceso complejo y con matices. Un proceso en que las antropólogas atraviesan experiencias que las cambian. Durante las tres etapas hemos explorado tanto sus emociones como sus cuerpos, sin embargo, las corporalidades de las antropólogas se prestan a análisis aún más profundos. Por tanto, en la siguiente sección ahondaremos en qué significa habitar el cuerpo antropológico.

6.2 El cuerpo antropológico

Inspirada en la propuesta de los tres cuerpos de Nancy Scheper-Hughes y Margaret Lock (1987), me permitiré identificar cada uno de los tres cuerpos (individual, social y político)

en los testimonios de las antropólogas, así como pensar en un cuarto cuerpo: el cuerpo antropológico. El objetivo es contextualizar no solo la experiencia emocional de las antropólogas sino también sus corporalidades.

De acuerdo con Scheper-Hughes y Lock, (1987) el cuerpo individual se refiere al cuerpo que se relaciona con la capacidad de estar conscientes de nuestra propia corporalidad y de poder percibirla. Este cuerpo difiere de la concepción del cuerpo que ha predominado en las ciencias médicas y clínicas de Occidente, las cuales han separado al cuerpo de la mente. Esto ha llevado a que el dolor, por ejemplo, sea biológico o psicosocial, pero no ambos. Scheper-Hughes y Lock proponen, entonces, que el cuerpo y la mente no son entes separados, sino que interactúan entre sí.

Este cuerpo lo encontramos en las antropólogas por medio de sensaciones corporales que experimentan mientras realizan antropología y que les recuerdan que habitan un cuerpo consciente. Estas sensaciones corporales se relacionan, además, con sus emociones. Por tanto, llegan a sentir sus emociones en el cuerpo. Un ejemplo de esto puede ser los “nervios” que llegan sentir en los dedos y manos cuando tienen que realizar una entrevista o liderar un taller participativo. O también la forma en que el llanto se convierte en una expresión corporal que responde a emociones no agradables, como tristeza.

Estas sensaciones corporales les permiten reconocer que tienen un cuerpo individual. Un cuerpo que no está desconectado o que no es indiferente a las experiencias que atraviesan y las emociones que experimentan. Más bien está consciente y reacciona por medio de sensaciones variadas que les recuerdan a las antropólogas que este cuerpo es suyo. Es decir, que quienes están atravesando estas experiencias son ellas y nadie más.

Scheper-Hughes y Lock (1987) proponen, además, que el cuerpo social permite entender al cuerpo de forma simbólica y lo dimensionan como un constructo social. Aquí el cuerpo refleja las relaciones de las personas con la cultura y la sociedad. Por tanto, tiene la capacidad de revelar normas y valores, así como relaciones sociales. Entonces, dependiendo del sistema social en el que se encuentren, ciertos cuerpos serán considerados sanos, bellos, limpios, etc.

El cuerpo social lo encontramos en los cuerpos de las antropólogas que funcionan como símbolos en el orden social en el que están inmersos. Podemos recordar, por ejemplo, el relato de una antropóloga mestiza hablando sobre cómo habitar un cuerpo blanco le otorga cierta autoridad mientras realiza investigación. Y en contraposición cómo los cuerpos de las antropólogas mayas sufren violencias racistas. Aquí se evidencia una jerarquía mediada por los cuerpos. Por otro lado, también podemos pensar en la antropóloga gorda que ubicó un hoyo en su estómago en el que residía el dolor que le produce no encajar con los estándares de belleza occidental.

Este cuerpo también se evidencia en los relatos de las antropólogas referentes a lo que anteriormente establecimos como *communitas*. Aunque lo que proponen Scheper-Hughes y Lock como cuerpo social se relaciona con la estructura social, y la *communitas* se vincula con la anti-estructura, la una no podría existir sin la otra. Por tanto, los vínculos también arrojan información sobre el sistema social en el que se dan. Los lazos sociales que las

antropólogas logran generar mientras realizan investigación se quedan en sus cuerpos. Para algunas habitan en sus corazones, en la muñeca o en las piernas. Entonces, sus cuerpos guardan vínculos, es decir, son símbolos de las conexiones humanas que han logrado establecer mientras realizaban investigación.

Por otro lado, para Scheper-Hughes y Lock (1987), el cuerpo político se entiende como un lugar en el que se aplican diferentes mecanismos de poder y control. En este sentido los cuerpos son sitios en los que las instituciones sociales, políticas y económicas regulan la corporalidad por medio de factores como la enfermedad, la reproducción y la sexualidad. Aquí los cuerpos son objetos y sitios en donde reside el poder.

La sección de resultados sobre “Ser antropóloga mujer” nos permite pensar en las antropólogas como sujetas en un orden social caracterizado por querer controlar el cuerpo de las mujeres. Esto lo demuestra la experiencia que comparten de sentir miedo a ser violentadas por medio de una violación y cómo eso se relaciona con sitios del cuerpo femenino como la vagina. Inclusive, el cuerpo se convierte en una forma de resistir al control, como lo demuestra el testimonio de la antropóloga que resalta cómo utiliza su boca y su voz para responder al acoso callejero.

El cubrir el cuerpo también es parte del cuerpo político. Las antropólogas buscan controlar qué mensajes quieren o no transmitir por medio de su cuerpo en contextos patriarcales. Dentro de este sistema sus cuerpos se sexualizan y se convierten en objetos destinados a proporcionar placer a los hombres. Por tanto, el tener que reflexionar sobre qué ponerse mientras realizan investigación pasa por un sistema de dominación masculina que busca ejercer poder y control sobre sus cuerpos.

El cuerpo antropológico, el cuál propongo como resultado de los testimonios recogidos y su análisis, es un cuerpo que complementa los otros tres cuerpos y que es, además, el cuerpo que alberga la identidad antropológica, es decir, que guarda lo que hace a la antropóloga una antropóloga. Este cuerpo sostiene todo aquello que se relaciona con el quehacer investigativo que hemos explorado a lo largo de este estudio. Se caracteriza por: (1) albergar significados y experiencias relacionadas a las investigaciones, (2) ser un sitio que se construye con el tiempo, (3) relacionarse con los otros tres cuerpos. Exploremos cada una de estas tres características a profundidad.

En los cuerpos de las antropólogas se quedan las experiencias que atravesaron mientras realizaban investigación. Las mariposas en el estómago de una de las antropólogas surgieron gracias a la curiosidad por hacer investigación. El dolor de pies surge por caminar en contextos en los que se investiga, no por caminar en su cuarto o su cocina. Otro ejemplo está en las heridas metafóricas que se producen en la piel y músculos de una antropóloga debido a presenciar y escuchar el dolor de otras personas y que le produce a ella dolor en su propio cuerpo. Además, varias antropólogas relacionaron sus manos con escribir mientras realizan investigación, los cuadernos y bolígrafos que utilizan los vinculan con su corporalidad antropológica. Así, los cuerpos de las antropólogas guardan memorias sobre su trayectoria investigativa.

Los cuerpos de las antropólogas son sitios con significados que cambian con el tiempo. La cartografía corporal de la antropóloga cuya silueta estaba pintada completamente por las investigaciones que había realizado apunta a que la trayectoria de investigación se va acumulando en el cuerpo, lo va llenando de colores y significados. Por otro lado, la “carga” que llegan a sentir en partes como los hombros y la espalda es una sensación que se va almacenando y pesando cada vez más con el tiempo. Mientras más testimonios y vidas se acompaña, con más peso se carga. Asimismo, las cartografías corporales de las antropólogas reflejan sus corporalidades antropológicas al momento en el que se realizó la entrevista. Por tanto, estas cambiarán en el futuro y no hubieran sido las mismas en épocas anteriores de trayectoria.

Finalmente, el cuerpo antropológico interactúa con los demás cuerpos. Este no es un cuerpo aislado del cuerpo individual, social y político, más bien dialoga con los tres. La antropóloga con mariposas en el estómago en su cuerpo antropológico también tiene en su cuerpo social a “Alejandra y su rosa de jamaica”. La antropóloga que siente los efectos del racismo y machismo en su estómago como parte de cuerpo social, logra conectar la satisfacción de hacer investigación que siente en el corazón (cuerpo antropológico) para convertirla en motivaciones para afrontar los desafíos. La antropóloga que llora (cuerpo individual) también lleva la “carga” en su espalda y en su estómago como parte de su cuerpo antropológico. En estos ejemplos los cuatro cuerpos conforman la corporalidad de la antropóloga. Más que cuerpos separados, son cuerpos entrelazados que cuentan una historia: la historia de las antropólogas valientes y resilientes que hemos conocido. La historia de antropólogas que siguen realizando investigación a pesar de las dificultades y el dolor que penetran sus cuerpos en el camino.

Por tanto, el cuerpo antropológico actúa como un puente entre los demás cuerpos. Los cuerpos de las antropólogas son cuerpos consientes que guardan significados y experiencias, son más que solo cuerpos físicos. Habiendo establecido esto, podemos pasar a explorar otras dimensiones importantes que siguen teniendo relación no solo con el cuerpo, sino también con las emociones, como lo es sufrir acoso.

6.3 Antropólogas que sufren acoso

Resulta relevante que cinco de las 16 antropólogas hayan reportado haber sufrido acoso sexual mientras realizaban investigación. Los testimonios de estas antropólogas ponen sobre la mesa una realidad necesaria y urgente de abordar y nombrar. Como plantea Eva Moreno (1995) no podemos seguir separando el ser mujer de ser una profesional, ya que habitar un cuerpo femenino nos hace vulnerables a ser violentadas de diferentes maneras, especialmente cuando se realiza trabajo de campo.

El acoso en universidades sigue sucediendo. Esta es una realidad que ha sido documentada tanto en el *Estudio exploratorio sobre el acoso sexual en la Universidad de San Carlos de Guatemala* elaborado por la Asociación de Estudiantes Universitarios “Oliverio Castañeda de León” y la Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de las Mujeres en 2019, así como también el *Estudio*

exploratorio sobre acoso sexual en las universidades privadas en el área metropolitana en Guatemala realizado por las Red Interuniversitaria Seguras y Educadas (RISE) en 2022.

El estudio exploratorio sobre el acoso sexual en la USAC, contestado mayoritariamente por mujeres (89.3 %), revela que son principalmente los hombres “quienes acosan sexualmente tanto a mujeres (96.6 %) como a otros hombres (68.2 %)” (AEU y ONU Mujeres, 2019, p. 42). Además, establece que para las mujeres encuestadas ese acoso provino de personas de su propia unidad académica quienes eran mayoritariamente profesores o estudiantes. Por su lado, en el estudio exploratorio realizado por RISE en 2022 también fueron las mujeres quienes más reportaron haber sufrido acoso sexual en la encuesta (94.9 %). Asimismo, los agresores fueron identificados en su mayoría como hombres (98.3 %), conocidos (66.7 %) y catedráticos (45.5 %). Los hallazgos de ambos estudios demuestran que las mujeres en las universidades tanto públicas como privadas sufren acoso sexual, el cual proviene principalmente de hombres e incluso profesores.

La realidad evidenciada por estos dos estudios exploratorios hace eco con los testimonios de las antropólogas. Aunque no todos los testimonios de acoso de esta investigación se dieron en contextos universitarios, sí resaltan testimonios como los de la antropóloga que sufrió acoso sexual de parte de un docente mientras realizaba trabajo de campo. Por lo anterior, resulta importante nombrar y resaltar esta problemática.

Por otro lado, me gustaría resaltar el testimonio de la antropóloga de 46 años que expresó que, debido a los procesos de formación y socialización de su generación, le resultaba más difícil poder admitir y registrar que había experimentado emociones como miedo y que había sufrido acoso en campo. Este testimonio nos plantea reflexiones importantes en torno a los procesos de formación que se atraviesan en la antropología y lo que se aprende en ellos. Es posible dilucidar, además, un contraste entre este testimonio y la experiencia de antropólogas adultas jóvenes del estudio, quienes reportaron haber sufrido acoso con mucha más facilidad. De hecho, todas de las antropólogas menores de 30 años hablaron abiertamente sobre acoso durante la entrevista sin necesidad de que el tema fuera abordado directamente en las preguntas. Por tanto, estas experiencias también son generacionales.

Sobre este último punto podemos llegar a pensar incluso en un régimen emocional, concepto propuesto por William Reddy (2004). Los regímenes emocionales son regímenes que dictan el conjunto de emociones normativas en un sistema político, es decir, el conjunto de emociones que se pueden sentir y quiénes tienen derecho de expresarlas y quienes deben reprimirlas (Reddy, 2004). Este concepto nos permite pensar en la posibilidad de entender a la antropología como un sistema con normas, no precisamente explícitas, sobre la dimensión emocional de quienes ejercen esta disciplina.

Estas normas, por lo menos para la generación de la antropóloga de 46 años, incluirían censura de emociones como miedo y temas referentes a acoso sexual. Por ejemplo, en su testimonio habló del acoso como algo “normal” que no valía la pena ser registrado. Además, de las antropólogas adultas con edades entre los 40 y 60 años, cinco no hablaron abiertamente de acoso. Si el tema no era abordado explícitamente en alguna de las preguntas, no lo mencionaban durante la conversación, y cuando sí se mencionaba expresaban que no encontraban relación entre hacer investigación y este tema. Es

importante reconocer que esto último se puede deber a que no hayan sufrido acoso y por eso no hayan sentido la necesidad de incluirlo en sus testimonios. Sin embargo, también existe la posibilidad de que no lo hayan mencionado porque nunca se les motivó o permitió reconocerlo y nombrarlo como tal.

En esta sección identificamos un tema que revela una vulneración de los derechos de las antropólogas. Realidad sobre la que es importante reflexionar. Sin embargo, en sus trayectorias no solo hay opresión y dolor, sino también resistencia y deseos profundos por generar cambios en las vidas de las personas. Como veremos a continuación, las motivaciones por generar transformaciones suceden cuando dos emociones opuestas se encuentran.

6.4 Choques de emociones que producen energía

Una de las razones por las que las antropólogas atraviesan crisis con su práctica investigativa es porque se sienten impotentes ante realidades tan difíciles de afrontar y de cambiar. Sin embargo, lo explorado durante la sección de resultados sobre “Emociones opuestas que conducen a la acción” apunta a que la mezcla de una emoción agradable con una no agradable puede producir energía para seguir luchando desde la antropología. Por ejemplo, para una de las antropólogas la suma de miedo con valentía se transformó en compromiso político. Para otra, el choque de la tristeza con la nostalgia la condujeron a sentirse motivada para seguir accionando en temas referentes a memoria histórica.

Esto es algo que ya ha sido documentado relacionado a la trayectoria de movimientos sociales. James Jasper (2012) denomina este fenómeno como una batería moral, en la que la tensión entre dos emociones opuestas conduce a las personas a la acción política. Tal como en una batería, los opuestos generan energía. Este fenómeno se ve evidenciado en la trayectoria de movimientos sociales como aquellos relacionados a temas de derechos de poblaciones de la diversidad sexual o en pro de los derechos de los animales. Esta propuesta entiende que las emociones pueden sentirse de forma combinada, como se ha observado en la trayectoria de integrantes de movimientos sociales que han experimentado, por ejemplo, miedo y esperanza al mismo tiempo (Flam, 2005).

El efecto de emociones como baterías morales parece presentarse también en la trayectoria de las antropólogas. Los testimonios de las antropólogas evidencian que ellas pueden llegar a encontrarse con dos emociones contradictorias, como miedo y valentía. Cuando esto sucede resulta en motivación para poder seguir haciendo investigación, a pesar de que la realidad del país les resulte dolorosa. Podemos recordar el testimonio de la antropóloga que presencié por primera vez la muerte por desnutrición y que, a pesar de sentir mucho enojo, también experimentó emociones asociadas a su condición de privilegio como la gratitud, lo cual resultó en un mayor compromiso con su quehacer antropológico.

Por tanto, la suma e interacción de emociones se convierte en una especie de combustible que motiva a las antropólogas a seguir contribuyendo a las luchas que son importantes para ellas. A continuación, profundizaremos aún más en la naturaleza social y cultural de las emociones que experimentan las antropólogas mientras investigan.

6.5 Emociones como fenómenos socioculturales

Los resultados de esta investigación permiten entender que las emociones no surgen en un vacío, más bien son fenómenos socioculturales que suceden en contextos y temporalidades específicos. La experiencia sensible y corporal de las antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación: se da en contextos socioculturales determinados, se desenvuelve en diferentes tipos de investigaciones, se da en épocas históricas determinadas, interactúa con sus diferentes identidades, y se da en situaciones en las que se relacionan con otras personas.

Las historias de las antropólogas plantean que las emociones y cuerpos se comienzan a convertir, precisamente, en los fenómenos des-esencializados, relativizados, historizados y contextualizados de los que hablan Catherine Lutz y Lila Abu-Lughod (1990). Para estas autoras, para que la antropología de las emociones avance, es necesario reconocer los siguientes factores. Las emociones no se viven de la misma manera para todas las personas ni grupos culturales, no son un fenómeno uniforme (des-escencialización). Las emociones deben ser entendidas en sus propios términos sin establecer jerarquías (relativización). Además, deben ser estudiadas y analizadas teniendo en cuenta la época histórica en la que ocurren (historización). Por último, se tienen que entender tomando en consideración el contexto (contextualización). Es decir, las emociones deben complejizarse de forma holística y multidimensional.

Todos estos factores que plantean Lutz y Abu-Lughod se pueden identificar en las trayectorias emocionales de las antropólogas. En primer lugar, las emociones en ellas no se presentan como un fenómeno igual para todas; cada antropóloga siente de forma diferente (des-escencialización). Por ejemplo, para algunas, los primeros encuentros con la investigación antropológica produjeron en ellas principalmente miedo e inseguridad, mientras que para otras fue sinónimo de sentir libertad. En segundo lugar, y en línea con el argumento anterior, para poder entender las emociones de las antropólogas es necesario entender sus propias historias de vida, identidades y los contextos de los que vienen. Cada emocionalidad es su propio fenómeno cultural y ninguna es más correcta que otra (relativización). La experiencia emocional no es la misma para una antropóloga maya, que una antropóloga ladina/mestiza.

Por otro lado, las emociones de las antropólogas ocurren en temporalidades específicas y cambian con el tiempo (historización). No será lo mismo ser una antropóloga que se formó entre los años 60 y 80, que una antropóloga más joven. Además, la propia trayectoria va creando experiencia sensible, como el poder sentir más seguridad y confianza en ellas mismas y sus habilidades investigativas. Finalmente, las antropólogas sienten en contextos determinados (contextualización). Estos son contextos socioculturales que informan sus emociones por medio de elementos como la situación de pobreza que puedan o no estar afrontando las personas de los lugares que visitan, cuánto se relacionan con las personas, incluso la temperatura y alimentación del lugar.

Hasta ahora hemos hablado de las emociones como fenómenos socioculturales y también del cuerpo antropológico. Sin embargo, las emociones y los cuerpos no se encuentran separados, más bien interactúan y se moldean mutuamente. La próxima y última sección busca brindar un cierre a todas estas reflexiones y posicionar a las emociones y corporalidades como un conjunto y no como dos esferas separadas.

6.6 Emociones y corporalidades

El análisis presentado durante este capítulo contribuye a mostrar que es necesario entender las emociones y las corporalidades como fenómenos que se relacionan entre sí y que se experimentan de forma simultánea. Nancy Scheper-Hughes y Margaret Lock (1987) establecieron que los tres cuerpos estaban unidos y mediados por las emociones. De hecho, proponen que la antropología del cuerpo necesariamente implica una teoría de las emociones. Por otro lado, Adrián Scribano (2012), desde el Sur Global, propone que no se puede separar al cuerpo de las emociones, ya que una lleva a la otra y viceversa. De hecho, Scribano apunta a que esta separación proviene de una tradición objetivista y empirista en las Ciencias Sociales que demanda categorías rígidas. En esta tradición los fenómenos sociales tienen que ser una cosa o la otra, no hay espacio para matices.

Los dos aportes anteriores posicionan algo que se evidencia a lo largo de este estudio: las emociones de las antropólogas no pueden entenderse sin conectarlas también con sus corporalidades. Las emociones fueron mapeadas en las cartografías corporales, mientras que las cartografías corporales relataban a su vez las vivencias emocionales. Así, hemos descubierto a antropólogas que experimentan emociones como tristeza, miedo, alegría y amor. Emociones que, además, guardan en sus cuerpos. Cuerpos pintados de colores, llenos de formas y símbolos, cubiertos de significado. Los resultados apuntan a que cuando se trata de emociones y corporalidades las categorías rígidas se desmantelan.

Contar las historias de las antropólogas solamente por medio de sus emociones sería contar historias incompletas. Lo mismo que si solo se contaran por medio de sus corporalidades. Aproximarnos a estos dos fenómenos socioculturales como uno mismo complejiza y profundiza las experiencias de estas mujeres. Las emociones y corporalidades tejen historias con dos agujas: una para las emociones y otra para las corporalidades. La una necesita de la otra para formar el tejido. Y son las manos de las antropólogas las que eligen la forma de lo que tejen.

6.7 Antropólogas de carne y hueso

A lo largo de este capítulo hemos descubierto que hacer investigación produce en las antropólogas emociones y sensaciones corporales tanto agradables como no agradables. Así, ellas sienten emociones como alegría, amor y asombro, pero también llegan a sentir miedo, enojo y frustración. Experimentan sensaciones corporales como mariposas en el estómago, pero también pesos en la espalda y dolor en los pies. Por tanto, la investigación antropológica contribuye a producir en ellas emociones y sensaciones corporales difíciles de afrontar, pero también gratificantes.

Asimismo, hemos establecido que las emociones que experimentan las antropólogas mientras realizan investigación son fenómenos socioculturales que se ven moldeados por factores como: el contexto en el que investigan, el tipo de investigación que realizan; la época histórica en la que fueron formadas, así como también en la que realizan investigación; sus múltiples identidades e historias de vida; y sus interacciones con otras personas. Así, sus emociones no surgen en un vacío, más bien son experiencias informadas y situadas que deben ser desencializadas, relativizadas, historizadas y contextualizadas.

Por otro lado, los cuerpos de las antropólogas son mucho más que físicos, son cuerpos individuales, sociales, políticos y también antropológicos. El cuerpo antropológico es un cuerpo que alberga historias y significados, que sostiene y guarda memorias de la práctica investigativa. Es, además, el cuerpo que permite mediar los demás cuerpos. Por tanto, las antropólogas son antropólogas gracias a su cuerpo, el cual está informado por su trayectoria en la disciplina y sin el cual no podrían realizar investigación.

Los aportes teóricos de Arnold van Gennep y Victor Turner aplicados a los hallazgos de esta investigación permiten entender que el convertirse en antropóloga puede considerarse como un rito de paso con sus tres etapas (preliminal, liminal y postliminal). Las antropólogas experimentan una transformación después de haber realizado investigación; pasan de un estado a otro. Estos marcos teóricos permiten contextualizar las emociones y corporalidades de las antropólogas. Es decir, ayudan a identificar los momentos y espacios en los que se produce la experiencia emocional y corpórea que las atraviesa.

Asimismo, la investigación antropológica les permite a las antropólogas generar vínculos fuertes tanto con las personas de los contextos que estudian, como con los y las colegas que las acompañan. El acompañar y acompañarse genera lo que podemos nombrar como *communitas*. Esta es una de las razones por las que se sienten agradecidas con la investigación antropológica y por lo que la continúan realizando.

Por otra parte, las antropólogas son sujetas con historia e identidades que se relacionan y expresan en sus emociones y corporalidades de forma interseccional. La suma de las opresiones y privilegios que las conforman no desaparece mientras realizan investigación. Las antropólogas son mucho más que solo antropólogas y para entender sus trayectorias es necesario aproximarse a ellas como sujetas complejas, multidimensionales y con matices.

Debido a sus identidades, las antropólogas pueden llegar a afrontar diferentes violencias mientras realizan investigación. Su identidad de mujeres se relaciona con vivencias de acoso sexual y sentimientos de miedo constante a ser violentadas. Su identidad de mujeres adultas jóvenes las vuelve vulnerables a sufrir expresiones de adultismo. Su identidad de mujeres mayas en un país racista hace que sufran discriminación.

También se logró identificar que la suma de una emoción agradable con una no agradable les permite a las antropólogas accionar para utilizar la investigación antropológica como herramienta para construir activismo. El choque de emociones opuestas produce energía que genera en ellas un gran compromiso con las personas.

Finalmente, las emociones de las antropólogas no se pueden separar de sus cuerpos. La experiencia emocional y corporal de hacer investigación antropológica son experiencias simultáneas que se relacionan entre sí. Las emociones se sienten en el cuerpo, y el cuerpo informa las emociones. Gracias a ello los procesos investigativos no pasan desapercibidos por ellas, más bien se convierten en experiencias sensibles y corpóreas. Ellas son antropólogas de carne y hueso.

El poema de la antropóloga resiliente con tatuajes que no se borran

Mis tatuajes delinean mi historia.
Presenciaron cuando ella me dijo:
“Que estos pies nunca se cansen
de caminar”.

 Mi sangre menstrual
 también recorre el campo;
soy vulnerable a que violenten
 mi chakra raíz.

 La maraña de ideas
 que intento desenredar
 en mi cabeza
tienen colores y formas diferentes.

 Mi corazón guarda mucho.
 Atesora lo lindo,
pero también está remendado
 porque ha sido amenazado.

 Mi estómago
 me da señales,
me ayuda a descifrar.
Mientras que mi pelo
 guarda energía.

Mis piernas y pies de antropóloga
 soportan cargas.
Mientras que en mi boca habita
la valentía de no quedarme callada.

Y toda yo resisto y soy rebelde,
 porque los colores y formas
 que me conforman
 cuentan la historia
de una antropóloga resiliente.

7. CONCLUSIONES

A lo largo de su historia como disciplina, y gracias sus legados positivistas y evolucionistas, la antropología ha buscado posicionarse como una ciencia objetiva y legítima. Como resultado de esto, la emocionalidad ha sido considerada como algo que contamina el rigor científico y los hallazgos antropológicos. Sin embargo, esta investigación demuestra que no puede haber antropología sin emocionalidad. Las emociones no son elementos aislados del quehacer investigativo de las antropólogas guatemaltecas, más bien forman parte esencial de cómo interpretan las realidades que estudian. Más que ser elementos que perjudican la investigación, son una dimensión desde la cual también se experimenta esta.

Gracias también a los legados anteriormente descritos, la emocionalidad se ha contrapuesto a la racionalidad. Por lo tanto, se la ha asociado con lo femenino. Entonces, hablar y estudiar la emocionalidad es un acto político. Esta investigación, ha permitido des-esencializar esa visión de la emocionalidad. Porque los hallazgos ayudan a dimensionar que las emociones de las antropólogas no son fenómenos fijos en ellas solo por ser mujeres, sino fenómenos socioculturales informados por contextos, temporalidades y dinámicas de poder. Los resultados de este estudio reafirman que las emociones atraviesan el quehacer investigativo de estas mujeres, pero que eso no implica que dejen de ser rigurosas y científicas. Al contrario, la emocionalidad conduce a autocuestionamientos profundos que les permiten estar conscientes de los sesgos.

El reiterar que las emociones no se pueden separar del cuerpo, y que más que categorías separadas y opuestas son complementarias, se convierte también en una forma de refutar los regímenes académicos empiristas. Los cuales han buscado establecer categorías rígidas en las Ciencias Sociales. Las realidades socioculturales son más complejas que marcos conceptuales mutuamente excluyentes. Las experiencias de las antropólogas demuestran, incluso, que la investigación antropológica no solo produce emociones y sensaciones agradables, sino también no agradables. Es decir, las trayectorias emocionales y corporales de las antropólogas son multidimensionales, simultáneas e incluso contradictorias.

Las emociones y corporalidades de las antropólogas guatemaltecas permiten entender que la práctica investigativa no es un proceso estático, sino acumulativo y fluctuante. La experiencia liminal es una constante en el caminar de las antropólogas guatemaltecas, ya que hacer investigación antropológica implica una y otra vez estar entre quién se era antes y quien se será después de investigar. Esta experiencia, además de recurrente, es recursiva e iterativa. Cada vez que se realiza investigación la experiencia liminal se incorpora a la identidad después de salir de ella. Hacer investigación se convierte en un cuaderno de campo sobre el que las antropólogas escriben una y otra vez, cuyas páginas se van llenando de experiencias que las conforman, cuyas letras se escriben a mano, es decir, con el cuerpo.

Los hallazgos de este estudio permiten dimensionar la importancia de que en la enseñanza de la antropología se consideren las emociones y los cuerpos de quienes investigan. Es necesario reconocer que quienes están aprendiendo a hacer investigación

antropológica sienten y experimentan sensaciones corporales mientras lo hacen. Esto ayudaría a garantizar procesos de enseñanza que permitan e incentiven una ética de cuidado en el estudiantado. El objetivo no debe ser que se deje de sentir, sino encontrar mecanismos que permitan afrontar el dolor que se puede llegar a experimentar mientras se realiza investigación. Las emociones forman parte del caminar hacia una antropología comprometida y sensible, sin embargo, no se debe normalizar el sufrimiento que forma parte de esa trayectoria.

La evidencia presentada sobre el cuerpo antropológico, el cual alberga significados, experiencias y memorias relacionadas a las investigaciones, permite reconocer que los procesos investigativos se quedan guardados en el cuerpo. Los cuerpos se convierten en mapas que relatan historias y trayectorias antropológicas. El cuerpo reacciona ante las investigaciones, no es un ente pasivo e indiferente. Sin embargo, resulta necesario reconocer la existencia de este cuerpo para poder cuidarlo. La ética de cuidado, por lo tanto, debe ir enfocada no solo a las emociones sino también al cuerpo y a la forma en la que ambos elementos se relacionan entre sí.

Estudiar lo cercano, en este caso estudiar a otras antropólogas, ha demostrado ser valioso y esclarecedor. Voltar la mirada hacia las mujeres que hacen investigación antropológica, siendo yo misma una antropóloga, aunque retador, también me brindó una ventaja epistémica: conocía de primera mano aquello que me relataron las entrevistadas. Al revisar mis cuadernos de campo encuentro escritos como “estaba nerviosa, me temblaban las manos”, “yo también sentí al contar mi historia”, “Terminamos el día, como siempre, hablando afuera del cuarto y riéndonos con Carmen antes de dormir”. Así, estudiar una realidad que no me resultaba ajena me ayudó a conectar con los testimonios de quienes compartieron su trayectoria conmigo y poder vincularlo con mi propia historia. Ser yo misma una antropóloga de carne y hueso me ayudó a entender la realidad de otras antropólogas.

Decidí realizar esta investigación no solo porque quiero contribuir a la formación de las antropólogas del futuro, sino también porque tenía un deseo por poder encontrarme en las historias de otras y de poder responder inquietudes en torno a mi propia práctica investigativa. El proceso me demostró que conversar y compartir con otras mujeres que han pasado por experiencias similares es sumamente enriquecedor y sanador. De esta investigación aprendí que no hay una sola forma de ser antropóloga ni una sola forma de recorrer el camino de la investigación. Es posible hacer antropología desde quienes fuimos, quiénes somos y quiénes aspiramos a ser.

El poema de la antropóloga en llamas

Mi antropología
es una antropología viva,
en llamas
y que florece.

La memoria
me recorre.

Las constelaciones en mi mente
me permiten conectar.
Mis manos generan y crean,
de ellas crecen vínculos.

Mis pies me sostienen
en el caminar
y con ellos genero red.

Los estándares
de una sociedad hiriente
se enredan en mi vientre
y generan nudos de dolor.

Mis pechos relatan
que soy mujer,
y que mi rabia no se ha ido.

Las antropólogas
tenemos voz,
nombramos y denunciemos.

Mi proceso
también está recorrido
por lágrimas
y la carga en mis hombros.

Mi lucha y rebeldía
rompen con verde;
mi propia existencia
es una transgresión.

Afirmo que sí puedo
generar antropología
y deseo seguir generándola;
eso nadie me lo puede quitar.

8. RECOMENDACIONES

Con base a los hallazgos obtenidos se plantean las siguientes recomendaciones:

8.1 Para las instituciones encargadas de formar a las antropólogas del futuro

- a) Implementar mecanismos de apoyo psicosocial que permitan acompañar a las antropólogas que empiezan a realizar investigación antropológica como parte de su formación. La evidencia apunta a que las primeras investigaciones representan desafíos importantes en la trayectoria de las antropólogas, por lo que contar con un acompañamiento pertinente puede contribuir a abordar y enfrentar emociones como miedo e inseguridad.
- b) Brindar herramientas y estrategias de afrontamiento para los aspectos retadores y difíciles de hacer investigación antropológica. Como se demostró, hacer investigación implica afrontar retos como tener que escuchar testimonios dolorosos, lo cual incluso puede llegar a paralizar a las antropólogas, he ahí la importancia de que ellas puedan tener mecanismos para superar estos desafíos.
- c) Incentivar una ética de cuidado en los procesos de formación para resaltar la importancia de no ignorar la experiencia emocional y corporal que viene con el hacer investigación antropológica. Los resultados demuestran que el quehacer investigativo presenta retos significativos, por lo que es necesario reconocer la importancia del cuidado y generar mecanismo para promoverlo.
- d) Incentivar oportunidades investigativas que permitan el trabajo colectivo. Esto puede permitir a las antropólogas generar vínculos con sus compañeros/as y así afrontar los retos de forma grupal, algo que se demostró como importante y valioso en la trayectoria de las participantes.
- e) Incentivar la creación de grupos de escucha y acompañamiento tanto entre estudiantes como docentes. El poder compartir sus sentires y experiencias con otras personas que entienden lo que significan y los contextos en los que se desarrollan pueden ayudar a aliviar las emociones y sensaciones corporales no agradables.
- f) Evaluar si los procesos de formación incentivan o no el poder expresar, registrar y reportar emociones y sensaciones corporales no agradables durante el trabajo de campo. Esto ayudaría a que las antropólogas se sientan en la libertad de experimentar emociones como, por ejemplo, miedo y las sensaciones corporales asociadas a él.
- g) Evaluar si se cuenta o no con un protocolo pertinente que permita dar seguimiento y acompañamiento a casos de acoso sexual durante procesos investigativos, especialmente trabajos de campo. Esta investigación demuestra que las

antropólogas pueden llegar a sufrir acoso sexual mientras realizan investigación, por lo que es urgente e importante crear mecanismos que permitan, denunciar, acompañar y dar seguimiento a casos.

- h) Implementar procesos de sensibilización dirigidos tanto a personal docente como a estudiantes sobre las violencias que se llegan a experimentar y que se pueden ejercer mientras se realiza investigación antropológica. Como, por ejemplo, acoso sexual, adultismo y racismo. Los resultados demuestran que las antropólogas pueden llegar a sufrir de estas violencias, por lo que es importante que se tenga conocimiento sobre estas dinámicas de poder, cómo se pueden expresar en la trayectoria de las antropólogas y cómo prevenirlas.

8.2 Para futuras investigaciones sobre emociones y corporalidades

- a) Continuar investigando problemáticas relacionadas a emociones y corporalidades no solo en antropólogas mujeres, sino en otras identidades de género, así como también en científicas de otras disciplinas. Es importante seguir produciendo evidencia que permita mejorar procesos de formación y acompañamiento de científicas sociales.
- b) Ahondar en la investigación y análisis de la experiencia de antropólogas mayas en Guatemala. Los resultados apuntan a que ellas experimentan retos y violencias profundas que es necesario visibilizar. Aunque en esta investigación se logró obtener el testimonio de tres mujeres mayas, es necesario escuchar más testimonios y profundizar en el análisis de sus experiencias.
- c) Continuar utilizando y desarrollando metodologías como las cartografías corporales. Esta metodología demostró tener el poder de generar una aproximación mediada a las experiencias de las antropólogas y enriqueció el análisis de estas. Por lo tanto, resultaría valioso hallar otras formas de implementarla, así como otros mecanismos de sistematización y análisis de los resultados obtenidos por medio de ella.

El poema de la antropóloga que hace antropología desde la valentía

Las ruedas de engranaje
se mueven
y mueven
en mi cabeza.

En mi corazón
habita un fueguito
que se aviva con la fortaleza
de las personas.

Cuando los ojos me observan
siento los nervios en mis manos.

La presión y responsabilidad
me pesa en los hombros,
pero cuando logró superarlas
el peso cae
como las hojas de un árbol.

Cuando me doy cuenta
de que soy mujer
siento un vacío en el estómago.

El territorio sobre el que estoy parada
y su carga histórica
la siento también,
ejerce presión hacia arriba de mi ser.

Mi valentía y fuerza
son una catarata llena de agua
que inunda mi pecho.

Me siento agradecida por las
mentoras que pude tener;
anhelo algún día serlo para otras.

9. REFERENCIAS

- Abu-Lughod, L. (1986). *Veiled Sentiments: Honor and Poetry in a Bedouin Society*. University of California Press.
- Abu-Lughod, L. (1996). Writing Against Culture. En R. G. Fox (Ed.), *Recapturing Anthropology: Working in the Present* (pp. 137-162). School of American Research Press.
- Asociación de Estudiantes Universitarios “Oliverio Castañeda de León” [AEU] y Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de las Mujeres [ONU Mujeres]. (2019). *Estudio exploratorio sobre el acoso sexual en la Universidad de San Carlos de Guatemala*. AEU y ONU Mujeres.
- Aguilar, A. (2022). Científicas (y más que eso): reflexiones sobre autocuidado, emociones, ética, agencia y poder en la investigación feminista. *Revista Uruguaya de Antropolgía y Etnología*, 7(1), 77-101. <https://doi.org/10.29112/ruae.v7i1.1495>
- Alexgaia, A. (2014). *El Manifiesto Antiadulista*. Distribuidora Anarquista Polaris
- Alvarado, M., del Cid, P., Rosales, M. (2021). *Construir cuerpos libres: Retos y propuestas en Iximulew*. Asociación La Cuerda.
- Behar, R. (1996a). *The Vulnerable Observer. Anthropology That Breaks Your Heart*. Beacon Press.
- Behar, R. (1996b). Introduction: Out of Exile. En R. Behar y D. Gordon (Eds.), *Women Writing Culture* (pp. 2-29). University of California Press.
- Bernard, H. (2011). *Research Methods in Anthropology: Qualitative And Quantitative Approaches* (5ª ed.). AltaMira Press.
- Bowie, F. (2006). *The Anthropology of Religion: An Introduction* (2ª ed.). Blackwell Publishing.
- Braun, V. y Clarke, V. (2006) Using thematic analysis in psychology. *Qualitative Research in Psychology*, 3(2), 77-101.
<http://dx.doi.org/10.1191/1478088706qp063oa>
- Charmaz, K. (2006). *Constructing Grounded Theory: A Practical Guide Through Qualitative Analysis*. SAGE Publications.
- Chirix, E. (2012). *Dos generaciones de mujeres mayas: Disciplinas corporales en el internado Instituto Indígena Nuestra Señora del Socorro* [Tesis doctoral, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores]. Repositorio Digital CIESAS.
<https://repositorio.ciesas.edu.mx/handle/123456789/58?show=full>
- Clifford, J., y Marcus, G. (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. University of California Press.
- Cornejo, A. (2016). Una relectura feminista de algunas propuestas teóricas del estudio social de las emociones. *Interdisciplina*, 4(8), 89-103.
<https://doi.org/10.22201/ceiich.24485705e.2016.8.54970>
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color. *Stanford Law Review*, 43(6), 1241–1299.
<https://doi.org/10.2307/1229039>
- Creswell, J. W. (2009). *Research design: Qualitative, quantitative, and mixed methods approaches*. SAGE Publications.

- Creswell, J. W. (2013). *Qualitative Inquiry & Research Design: Choosing Among Five Approaches* (3ª ed.). SAGE Publications.
- Cruz, D., Vásquez, E., Ruales, G., Bayón, M., García-Torres, M. (2017). *Mapeando el cuerpo-territorio. Guía metodológica para mujeres que defienden sus territorios*. Diakonía y Misereor - Creative Commons.
- Csordas, T. (1990). Embodiment as a Paradigm for Anthropology. *Ethos*, 8(1), 5-47.
<https://doi.org/10.1525/eth.1990.18.1.02a00010>
- Eriksen, T., y Nielsen, F. (2001). *A History of Anthropology*. Pluto Press.
- Flam, H. (2005). Emotions map: A research agenda. En H. Flam y D. King (Eds.), *Emotions and Social Movements* (pp. 19-40). Routledge.
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia [UNICEF]. (2013). *Superando el adultocentrismo*. UNICEF.
- Goffman, E. (1959). *The Presentation of Self in Everyday Life*. The Overlook Press.
- Grabowska, B. (2023). Perspective Chapter: The Female Body as Sites of Power. En D. S. Erasga y M. E. Labayandoy (Eds.), *Feminism: Corporeality, Materialism, and Beyond* (pp. 1-9). IntechOpen.
- Grosz, E. (1990). Inscriptions and body-maps: representations and the corporeal. En T. Threadgold & A. Cranny-Francis (Eds.), *Feminine/Masculine and Representation* (pp. 62-74). Routledge.
- Haraway, D. (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575-599.
<https://www.jstor.org/stable/3178066>
- Hercus, S. (1999). Identity, emotion, and feminist collective action. *Gender & Society*, 13(1), 34-55. <https://doi.org/10.1177/089124399013001003>
- Hochschild, A. R. (1979). Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure. *American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575. <https://www.jstor.org/stable/2778583>
- Jamshed, S. (2014). Qualitative research method-interviewing and observation. *Journal of basic and clinical pharmacy*, 5(4), 87-88.
- Janowsky, D. (2001). Introversion and extroversion: Implications for depression and suicidality. *Current Psychiatry Reports*, 3, 444-450.
<https://doi.org/10.1007/s11920-001-0037-7>
- Jasper, J. (2012). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, (10), 48-68.
<http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/222>
- Le Breton, D. (2008). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Ediciones Nueva Visión.
- Le Breton, D. (2012). Por una antropología de las emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4(10), 67-77.
<https://www.redalyc.org/pdf/2732/273224904006.pdf>
- Lock, M. y Farquhar, J. (2007). *Beyond the body proper: reading the anthropology of material life*. Duke University Press.
- Lutz, C. (1990). Engendered emotion: gender, power, and the rhetoric of emotional control in American discourse. En C. Lutz y L. Abu-Lughod (Eds.), *Language and the politics of emotion* (pp. 69-91). Cambridge University Press.
- Lutz, C., y Abu-Lughod, L. (1990). *Language and the politics of emotion*. Cambridge University Press.

- Lutz, C., y White, G. (1986). The Anthropology of Emotions. *Annual Review of Anthropology*, 15(1), 405-436.
<https://doi.org/10.1146/annurev.an.15.100186.002201>
- Marcus, G., y Fischer, M. (1986). *Anthropology as cultural critique: An experimental moment in the human sciences*. University of Chicago Press.
- Mauss, M. (1921). La expresión obligatoria de los sentimientos: Un análisis etnográfico de los rituales orales funerarios australianos. *Journal de psychologie*, 18, 1-15.
- Mead, M. (1982). *Sexo y temperamento*. Paidós.
- Mead, M. (1985). *Educación y cultura en Nueva Guinea*. Paidós.
- Miller, D., Rees, J., y Pearson, A. (2021). “Masking Is Life”: Experiences of Masking in Autistic and Nonautistic Adults. *Autism in Adulthood*, 3(4), 330-338.
<https://doi.org/10.1089/aut.2020.0083>
- Moreno, E. (1995). Rape in the Field: Reflections from a Survivor. En D. Kulick y M. Willson (Eds.), *Taboo: Sex, Identity and Erotic Subjectivity in Anthropological Fieldwork* (pp. 219-250). Routledge.
- Organización Internacional del Trabajo [OIT]. (s. f.). *El hostigamiento o acoso sexual*. OIT.
- Ortner, S. (1974). Is female to male as nature is to culture? En M. Z. Rosaldo y L. Lamphere (Eds.), *Woman, culture, and society* (pp. 68-87). Stanford University Press.
- Paz, T. (2015). La etnografía de Guatemala: de la pequeña comunidad a la consultoría rápida. En J. Tocancipá-Falla (Comp.), *Antropologías en América Latina: Prácticas, alcances y retos* (pp. 275-302). Editorial Universidad del Cauca.
- Reddy, W. (2004). *The navigation of feeling: a framework for the history of emotions*. Cambridge University Press.
- Red Interuniversitaria Seguras y Educadas [RISE]. (2022). *Estudio exploratorio sobre acoso sexual en las universidades privadas del área metropolitana de Guatemala*. RISE.
- Rosaldo, M. (1984). Towards an anthropology of self and feeling. En R. Shweder y R. le Vine (Eds.), *Culture Theory: Essays on Mind, Self, and Emotion* (pp. 137-157). Cambridge University Press.
- Ruslin, R., Mashuri, S., Abdul, M., Alhabsyi, F., y Syam H. (2022). Semi-structured Interview: A Methodological Reflection on the Development of a Qualitative Research Instrument in Educational Studies. *Journal of Research & Method in Education*, 12(01), 22-29.
- Scheper-Hughes, N. (1985). Culture, scarcity and maternal thinking: Maternal detachment and infant survival in a Brazilian shantytown. *Ethos*, 4, 291-317.
- Scheper-Hughes, N., y Lock, M. (1987). The Mindful Body: A Prolegomenon to Future Work in Medical Anthropology. *Medical Anthropology Quarterly*, 1(1), 6-41.
<https://doi.org/10.1525/maq.1987.1.1.02a00020>
- Scollon, C., Koh, S., y Au, E. (2011). Cultural differences in the subjective experience of emotion: When and why they occur. *Social and Personality Psychology Compass*, 5(11), 853–864. <https://doi.org/10.1111/j.1751-9004.2011.00391.x>
- Scribano, A. (2012). Sociología de los cuerpos/emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4(10), 91-111.
<https://www.redalyc.org/pdf/2732/273224904008.pdf>

- Settles, I. y Buchanan, N. (2014). Multiples Groups, Multiples Identities, and Intersectionality. En V. Benet-Martínez y Ying-yi Hong (Eds.), *The Oxford Handbook of Multicultural Identity* (pp. 160-180). Oxford Library of Psychology. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199796694.013.017>
- Turner, V. (1969). *El Proceso Ritual: Estructura y Antiestructura*. Taurus.
- Van Gennep, A. (1960). *Los ritos de paso*. Antropología Alianza Editorial.
- Vides, A. (2018). Salud en las intersecciones: un estudio de caso usando el enfoque interseccional. En E. Torres-Rivera (Ed.), *Sexualidad Humana: Una Perspectiva Integral* (pp. 179-203). Editorial de la Universidad del Valle de Guatemala. https://www.uvg.edu.gt/wp-content/uploads/eBook_SexualidadHumana.pdf
- Villanueva, C. L. (2019). Emociones situadas: una perspectiva antropológica. *Ciencias*, 40(133), 35-40. <https://www.revistacienciasunam.com/images/stories/Articles/133/pdf133/133A03.pdf>

10. ANEXOS

10.1 Instrumentos

Cuadro 1. Guía de entrevista semiestructurada

Guía de entrevista semiestructurada con antropólogas guatemaltecas

Sección 1: Perfil personal de la antropóloga

Esta sección está diseñada para establecer ciertos indicadores del perfil de la entrevistada, los cuales también fueron importantes para crear los descriptores en Dedoose.

Preguntas:

1. ¿Cuál es su edad?
2. ¿Cuál es su autoidentificación étnica?
3. ¿Cuál es su último grado académico alcanzado?
4. ¿En qué Universidad(es) obtuvo su título(s)?
5. ¿Hay alguna identidad o identidades tuyas que le gustaría compartir conmigo?

Sección 2: Experiencia en investigación

Esta sección está diseñada para que empiece a conocer a la entrevistada y contextualizar su quehacer antropológico.

Preguntas:

1. ¿Desde hace cuánto realiza investigación antropológica?
2. ¿Sobre qué temas ha realizado investigación antropológica?
3. ¿Cómo describiría su experiencia siendo antropóloga e investigadora?

Sección 3: Emociones y vivencia emocional

Esta sección responde al primer objetivo específico de la investigación: *Documentar las emociones que han experimentado las antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación.*

Preguntas:

1. Por favor, relátame cómo ha cambiado su experiencia haciendo investigación antropológica al inicio de su formación en comparación a tiempo después.
2. ¿Qué emociones agradables ha experimentado durante sus procesos investigativos al hacer antropología?
3. ¿Qué emociones desagradables ha experimentado durante sus procesos investigativos al hacer antropología?
4. ¿Cómo se diferencia la forma en la que siente mientras hace investigación en comparación con la forma en la que siente durante su día a día?

5. ¿Alguna vez ha sentido una emoción agradable y desagradable al mismo tiempo mientras realizaba investigación?
6. ¿Qué implicaciones tiene ser mujer realizando investigación antropológica?

Sección 4: Normas y limitantes en la expresión emocional

Esta sección responde al segundo objetivo específico de la investigación: *Describir las normas y limitantes percibidas alrededor de la expresión emocional de las antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación.*

Preguntas:

1. ¿Alguna vez ha sentido que no puede o debería expresar alguna emoción específica mientras hace investigación?
 - a. Si sí lo ha experimentado, ¿en qué ocasiones sucedió y por qué se sintió de esa manera?
2. ¿Alguna vez ha recibido comentarios de terceros/as en torno a la forma en la que expresas sus emociones mientras hace investigación?
 - a. Si sí lo ha experimentado, ¿cuáles fueron esos comentarios y en qué contexto se dieron?

Sección 5: Corporalidad

Esta sección responde al segundo tercer específico de la investigación: *Identificar la forma en la que la experiencia subjetiva emocional de las antropólogas guatemaltecas se encarna en sus cuerpos.*

Preguntas:

1. ¿Cómo reacciona su cuerpo a hacer investigación antropológica?
2. ¿Cómo reaccionan otras personas a su cuerpo mientras realiza investigación?

Sección 6: Cierre

Esta sección busca plantear preguntas reflexivas para culminar la entrevista.

Preguntas:

1. Si pudiera hablar con la versión de sí misma que empezaba a incursionar en la antropología, ¿qué le diría?, ¿qué le hubiera gustado escuchar?
2. Si pudiera aconsejar a las antropólogas del futuro, ¿qué les diría?
3. ¿Hay algo más que quisiera agregar antes de culminar o que le gustaría preguntarme a mí?

Cuadro 2. Guía para cartografías corporales

Guía para realizar las cartografías corporales con antropólogas guatemaltecas

La siguiente metodología responde al tercer objetivo específico de la investigación: *Identificar la forma en la que la experiencia subjetiva emocional de las antropólogas guatemaltecas se encarna en sus cuerpos.*

Instrucciones:

1. Comenzaremos por trazar su silueta en un papelógrafo, tenemos dos opciones para hacerlo. Usted se puede acostar en el papelógrafo para que yo trace su silueta en este o bien puede dibujar usted misma su silueta. Ninguna de las dos opciones es mejor que la otra, lo importante es que usted se sienta cómoda y que podamos trazar la silueta de su cuerpo de pies a cabeza.
2. Ahora le voy a pedir que trate de identificar si las vivencias que ha tenido al realizar investigación antropológica, y de las cuales hablamos durante la entrevista, habitan en algún lugar de su cuerpo.
 - a. Una vez las halla identificado, por favor dibújelas en su cuerpo. El dibujo puede ser abstracto como una espiral, algo más concreto como una flor o también una palabra o frase. Puede escribir, por ejemplo, “trabajo de campo en Sololá” en la cabeza, o también dibujar un árbol en alguna parte de su cuerpo como el corazón.
 - b. Puede ir contándome qué significa cada elemento que está ubicando en su cuerpo mientras dibuja o al final cuando ya haya terminado. Necesito que me explique qué ubicó en su cuerpo, por qué lo ubicó ahí y el significado de cada dibujo.
3. Ahora, por favor, ubice y dibuje en su cuerpo, en caso de que aún no lo haya hecho, aquello que represente su lucha y rebeldía desde su quehacer antropológico. De nuevo, el dibujo puede ser un lugar, una palabra, un color, etc.
4. En caso de que no lo haya hecho mientras dibujaba: hágame un recorrido por el mapa de su cuerpo que acaba de crear.
5. ¿Qué le genera ver su cartografía corporal?

10.2 Consentimiento informado

Cuadro 3. Consentimiento informado

Título de la investigación: Antropólogas de carne y hueso: emociones y corporalidades en procesos investigativos

Consentimiento informado para participación de antropólogas en entrevistas semiestructuradas

Este consentimiento informado está diseñado para que usted pueda evaluar si desea participar o no en el siguiente estudio. La investigadora se asegurará de responder cualquier pregunta que pueda surgir sobre el contenido de este. Al terminar de leer y evaluar el consentimiento y que todas sus dudas hayan sido resueltas la investigadora le preguntará si desea participar y firmarlo. No se procederá a iniciar la entrevista sin su firma y autorización para hacerlo.

Contexto de la investigación

La siguiente entrevista forma parte de una investigación sobre emociones y corporalidades en antropólogas guatemaltecas realizada como proyecto de tesis para optar al grado de Licenciatura en Antropología por parte de la estudiante Marcia Palacios Porras de la Universidad del Valle de Guatemala (UVG). El objetivo general de la investigación es conocer la experiencia subjetiva emocional de las antropólogas guatemaltecas cuando realizan investigación.

Durante la entrevista se abordarán los siguientes temas:

- a. Experiencias personales al realizar investigación
- b. Vivencias emocionales al realizar investigación
- c. Limitaciones en la expresión emocional al realizar investigación
- d. Corporalidad al hacer investigación

Participación en la entrevista

Durante la entrevista se le pedirá que conteste preguntas sobre el tema de investigación, además de participar en otras dos metodologías durante el contexto de la entrevista: un ejercicio de foto voz y una cartografía corporal. La entrevista durará 90 minutos aproximadamente.

Se le solicitará su autorización para grabar el audio de la entrevista, así como el poder tomar fotografías de los dibujos realizados durante el ejercicio de la cartografía corporal. El objetivo de grabar la entrevista es poder transcribirla posteriormente para analizar los datos con mayor rigor. Las fotografías de los dibujos también ayudarán a sistematizar los datos obtenidos de estos. Ninguna de estas dos acciones se realizará si usted no está de acuerdo con ello.

Es importante recalcar que su participación en la entrevista es completamente voluntaria, es decir, usted no está obligada a acceder a participar. Además, si llegara a acceder a participar tampoco estará obligada a contestar todas las preguntas y podrá retirarse de la entrevista en cualquier momento sin ningún tipo de consecuencia.

Riesgos y beneficios

Su participación en esta investigación no representa ningún beneficio directo para usted. Además, al evaluarse los riesgos de la investigación, se identificó un riesgo potencial: es posible que su participación en esta investigación le produzca malestar emocional. Este riesgo se debe a que la entrevista requerirá que usted recuerde y hable sobre sus experiencias personales al realizar investigación, por lo que existe el riesgo de que salgan a relucir temas y vivencias sensibles sobre el tema.

Para minimizar este riesgo se tomarán las siguientes dos medidas:

- a. Se detendrá la entrevista y no se insistirá en ninguna de las preguntas o ejercicios en caso de que usted no se sienta en capacidad de continuar.
- b. Si usted llegara a experimentar demasiado malestar se le contactará con una organización que le permitirá recibir apoyo psicológico directo y gratuito.

Confidencialidad

Si llegara a acceder a participar en la investigación todos los datos que comparta durante la entrevista serán confidenciales. Por lo tanto, no se compartirán detalles o información que permitan identificarla personalmente.

Información de contacto

Si llegara a tener alguna duda sobre la investigación o quisiera algún tipo de seguimiento adicional puede contactar a:

- Marcia Palacios (Investigadora)
 - Teléfono: 5817-7667
 - Correo electrónico: pal19271@uvg.edu.gt
- Departamento de Antropología de la UVG
 - M.A. Isolda Fortín (Directora del Departamento)
 - Teléfono: 2507-1500 (Ext. 21042)
 - Correo electrónico: iafortin@uvg.edu.gt
 - María Fernanda Rodríguez (Asistente del Departamento):
 - Teléfono: 2507-1500 (Ext. 21667)
 - Correo electrónico: mfrodriguez@uvg.edu.gt

Confirmando que he sido informada sobre la investigación y sus objetivos. Comprendo que en cualquier momento puedo contactar a la investigadora para solucionar cualquier duda o exponer alguna inquietud. Comprendo, además, los riesgos y beneficios de esta, así como el hecho de que mi participación es voluntaria y que me puedo retirar en cualquier momento. Entiendo también que mi información será completamente confidencial. Autorizo, entonces, a la investigadora grabar el audio de la entrevista y tomar algunas

fotografías de los dibujos realizados durante esta para los fines del proyecto que se han descrito en el consentimiento informado.

Atendiendo a todo lo anterior, yo _____
accedo a participar en la investigación.

Firma _____ Fecha _____

Yo, Marcia Palacios Porras, como investigadora de este estudio, me comprometo a mantener todo lo enunciado en el consentimiento informado y asumo mi responsabilidad en este proceso de investigación.

Firma _____ Fecha _____